TERESA DONOSO LOERO

LA EPOPEYA DE LAS OLLAS VACIAS

GABRIELA MISTRAL

DEDICATORIA

A la mujer chilena desconocida
que combatió en las calles
de su país
por darle la libertad

INDICE

ONCE DE SEPTIEMBRE DE 1541

Santiago del Nuevo Extremo.

Domingo 11 de septiembre de 1541.
4 a. m.
Michimalongo a la vista.

Alonso de Monroy, sus 32 jinetes y 18 arcabuceros creen soñar.

Santiago —de barro, paja y palo— arde por sus cuatro costados.

Doce horas de combate a lanza y sable.

Contra flechas, piedras, incendio y salvajes siempre multiplicados.

"Ya sólo cabe vender cara la vida" (Francisco Antonio Encina).

Pero hay en Santiago una mujer. . .
Y también siete caciques.

(Pedro Mariño de Lobera) "...comenzaron los siete caciques a dar voces a los suyos para que los socorriesen libertándoles de la prisión en que estaban. Oyó estas voces doña Inés Juárez. . . y tomando una espada en las manos se fue determinadamente para ellos y dijo a los dos hombres que los guardaban, llamados Francisco Rubio y Hernando de la Torre, que matasen luego a los caciques. . . Y diciéndole Hernando de la Torre, más cortado de terror que con bríos para cortar cabezas:

"—Señora, ¿de qué manera los tengo yo que matar?

"Respondió ella:

"—Desta manera.

"Y desenvainando la espada los mató a todos con tan varonil ánimo como si fuera un Roldán o Cid Ruy Díaz".

Inés de Suárez ordena lanzar las cabezas sobre los asaltantes.

Michimalongo y sus indios ponen los pies en polvorosa.

Los sitiados salen a liquidarlos.

Santiago del Nuevo Extremo se salva, por manos de una mujer.

Era el amanecer del 11 de septiembre de 1541.

Aquí sólo cabe preguntarse hasta qué punto en la Historia rige la ley de las coincidencias. Por qué

Chile, concretamente, gana sus batallas entre un septiembre y el otro, incluyendo la primavera de su Independencia.

Y qué tienen que ver las mujeres en el parto ininterrumpido de la liberación de los pueblos.

Aquí se pretende plantear interrogantes: ¿Por qué la mujer chilena peleó en primera línea de combate para zafar a su país del marxismo? ¿Por qué logró así hacer de catapulta del hombre ("catapulta" en su doble acepción, antigua y moderna: máquina militar para arrojar piedras o saetas; mecanismo lanzador de aviones para facilitar su despegue en plataforma u otros espacios reducidos)?

Cuatro días antes del pronunciamiento militar, representantes del movimiento nacional de Mujeres Gremialistas entregaron a los "señores senadores de la oposición" una carta-ultimátum que amenazaba diciendo:

"En consecuencia, declaramos que si en el plazo de una semana el Congreso Nacional no ha usado la última arma legal que le queda al país (declaración de la inhabilidad del Presidente de la República), nos veremos en la necesidad de golpear las puertas de los cuarteles de las Fuerzas Armadas, para rogarles que salven a la Patria..."

No tuvieron obligación ni tiempo de hacerlo, pues habían cumplido ya con frutos su tarea de *alertar*: alertaban desde el 5 de septiembre de 1970. Sus voces habían sido escuchadas con creces y todos los hombres democráticos del país se hallaban de pie. Chile estaba paralizado, con un millón de trabajadores en huelga. Culminaba esta nuestra honrosa Resistencia Civil.

Y, por si quedara el resquicio de una duda, lo acaba de confesar el General Augusto Pinochet: "Las mujeres de Chile, con esa intuición tan propia de ellas, fueron las primeras en dar el grito de alarma para detener la vorágine que nos llevaba al desastre total del país, logrando despertar en los corazones de los soldados la certeza de que era nècesario tomar una decisión, por lealtad a la Patria".

Los soldados accedieron a la voluntad de las mayorías ciudadanas, remecidas por las mujeres y convocadas a un plebiscito tácito, ya que Salvador Allende les cerró toda oportunidad de plebiscito constitucional.

Y la maternidad remota, genuina y paciente del 11 de septiembre pertenece, por derecho propio, a las mujeres chilenas. Ellas deberán responder ante el mundo —cuando el mundo juzgue sin prejuicios, cuando madure su juicio—, deberán responder por una de las páginas más limpias, más consecuentes, de la Historia de un pueblo libertario.

Mientras tanto..., ¿por qué la mujer? ¿Acaso las chilenas son diferentes, superiores a sus hombres? Inés de Suárez, la española, ¿tuvo ancestro femenino en su osadía? ¿Hubo en Arauco, primera cuna de la raza de esta tierra, otras mujeres que justifiquen la gesta matriarcal recién acontecida?

Preguntas... Los periodistas no son filósofos ni sacan conclusiones. Simplemente informan y, de refilón, dejan el planeta sembrado de preguntas.

Judith para el Nuevo Mundo fue Inés de Suárez. La trayectoria patriótica de ambas mujeres —una

bíblica y la otra soldado del amanecer de Iberoamérica— parece dibujada por un solo puño y letra (siempre que se le perdone a doña Inés su desliz con el Conquistador Valdivia; pecado que absuelven, según Jaime Eyzaguirre, "su extraordinario temple, solicitud y universal caridad").

Salvado el escollo, vale la pena recordar cómo se estilaban las cosas allá por el Antiguo Testamento. Y descubrir, quizás, que el eterno femenino, en su rol de aguijón de la conciencia heroica del hombre, tiene muchos más siglos de vida y actuación que los que aparenta.

La crónica de Judith (fechada en Palestina a fines del siglo II antes de Cristo y escrita por un redactor despreocupado de la rigidez histórica y geográfica) consigna:

El año 18 de su reinado —el 22 del primer mes—, Nabucodonosor, rey de los asirios, montó en cólera y decidió destruir toda la tierra, empresa que confió al general en jefe de sus ejércitos: Holofernes.

A Betulia, villa de los hebreos, también le llegó su turno. Sufrió asedio implacable por 34 días, hasta el punto de vaciarse las cisternas: "Desmayaban las mujeres y los niños; los jóvenes desfallecían de sed y caían sin fuerzas en las calles de la ciudad y en el umbral de las puertas".

El pueblo se amotinó. Exigió a Ocías, Carmis y Abris, sus jefes, la inmediata rendición. Estos transaron, pidiendo cinco días de plazo, por ver si llovía. . .

Judith (viuda, "bella de formas y de muy agraciada presencia") se indigna. Deja luto y ayuno. Manda a llamar a Ocías, Carmis y Abris. "No es acertado lo que hoy habéis dicho al pueblo", censura. Y punto. Después confidencia:

"Yo me propongo realizar una hazaña que se re-

cordará de generación en generación entre los hijos de nuestra raza... Estaos esta noche a la puerta (de Betulia)..., no tratéis de averiguar mis planes..."

Nada más. Judith, la israelita, reza: "Señor, quebranta su arrogancia por mano de una mujer... Dame a mí, pobre viuda, fuerza para ejecutar lo que he premeditado". Se acicala para quedar resplandeciente, y con otra mujer (su esclava) por toda escolta, se hunde en la oscuridad.

Judith engatusó a Holofernes a punta de astucia y encanto femenino. Y al cuarto día del plazo de Betulia, le cortó la cabeza.

"¿Quién osará despreciar a este pueblo que tales mujeres tiene?", habían murmurado los asirios al ver llegar a Judith.

Y así fue, más allá de la hermosura. Cuando encontraron al jefe supremo degollado, "todos a una se dispersaron, huyendo por los caminos del llano y la montaña...; entonces los hijos de Israel, todos sus guerreros, se lanzaron sobre ellos".

La destrucción de la tierra decretada por Nabucodonosor, conoció su primero y último fracaso: una mujer le salió al camino.

Judith e Inés de Suárez utilizaron el mismo expediente: primero, echarles en cara a los hombres una cobardía; segundo, cortar cabezas; tercero, embarcarse con la tropa, una vez despierta su bravura militar (la viuda del último bastión de América del Sur participó en la persecución de Michimalongo, vistiendo cota de malla...); cuarto, replegarse a sus cuarteles de invierno.

Pero no es privativo de la tradición judeo-cristiana este truco de sus mujeres...

"Montado en un caballo blanco y dando al viento una capa roja que apenas ocultaba sus hombros atléticos, Caupolicán, cacique de Pilmaiquén. . ." Al indio invicto y hermoso lo apresaron cuando apenas lograba despabilar una borrachera.

Por más endiosamiento que don Alonso de Ercilla le pusiese al cacique en su *Araucana*, no pudo callar ese paréntesis vergonzoso. Y vemos al que se pavoneó de haber hecho pedazos el corazón de Valdivia en Tucapel cómo estira sus manos para que le amarren la cuerda del prisionero.

Caupolicán capitula y suplica con tal de salvar el pellejo. Y en ese mismo momento, entre todos triste de la epopeya de Arauco, cruza como relámpago la noche del "pajizo gran bohío" una mujer.

". . .llevaba un mal envuelto niño al pecho. . .", y venía a poner las cosas en su lugar. Fresia se abre paso, sin temerle a nada ni nadie. Y delante del cacique maniatado arroja la criatura que cargaba. Se arranca de raíz el propio instinto y graba, para la Historia, palabras duras de soportar:

> "Toma, toma tu hijo, que era el nudo
> con que el lícito amor me había ligado,
> que el sensible dolor y golpe agudo
> estos fértiles pechos han secado;
> cría, críale tú, que ese membrudo
> cuerpo en sexo de hembra se ha trocado,
> que yo no quiero título de madre
> del hijo infame del infame padre".

Y Fresia se sumerge en la espesura. Nunca más esa tierra oyó su nombre. Quedó insolente, clavada en el alma de un pueblo para acicatearlo en su mo-

mentánea vergüenza. Para prohibir, de raíz, toda flaqueza futura.

Tres mujeres —Judith, Inés de Suárez, Fresia—, tres mujeres tomadas casi al azar. Y las tres muestran que ser "catapulta del hombre" no es atributo de una raza ni privilegio de una época: parece constante quehacer de la mujer.

Las tres certifican que este impulso, bautizado "poder femenino" en Chile, ahora, nació con la alborada del mundo.

Por eso, en este libro casi no hay nombres de mujeres (salvo aquellos que arrancan al anonimato una frase o un gesto). Por eso y porque a Chile lo salvaron TODAS sus mujeres. Porque todas las mujeres democráticas chilenas supieron, desde el hondón de sus almas, jugarse por esta tierra.

Sin suplantar a sus hombres, ni menos a sus soldados: ellas fueron sólo la *antorcha* de la noche y el *clarín* de la batalla.

Hasta que despuntó un amanecer.

Era el amanecer del 11 de septiembre de 1973.

LA MUJER DETONADA

Inés de Suárez, Judith y Fresia, después del exabrupto guerrero, gracias al cual acuñaron sus nombres en la Historia, volvieron a su condición doméstica. Al callar de mujeres comunes y corrientes.

Salvado Santiago del Nuevo Extremo, regresado Valdivia del Cachapoal e inventariado el desastre, doña Inés reaparece cuidando, con modestia, "dos porquezuelas, un cochinillo, una polla y un pollo", único botín salvado del malón de Michimalongo.

Judith se replegó a la viudez que ya llevaba antes de alzarse como heroína cumbre de Israel. Y dice la Biblia que murió a los 105 años, en la misma Betulia que la vio nacer, sin que de ella quedase más que un recuerdo glorioso de los pocos días en que irrumpió en la vida pública de los hebreos.

Fresia, seguramente, halló un nuevo señor al que admirar. Junto a él, seguramente, reanudó la vida diaria de las mujeres de Arauco: trabajo de mujeres y de hombres a la vez, hasta el arar y el ensillar y desensillar cabalgaduras.

El papel de la mujer —¿sexo fuerte o sexo débil?— ha dado pasto a innumerables polémicas. El feminismo es una enfermedad que aún no cesa de cundir. Pero aquí, felizmente, no se trata de solucionar estos conflictos de conciencia (si humilla o enaltece a la mujer corriente su condición de mujer). El proyecto es menos ambicioso: sólo tres años en la vida de un pueblo en plena juventud; tres años de angustiosa crisis de crecimiento. Tres años de noche oscura, y un boquete de luz —una centella— que rompió la tiniebla tremenda.

¿Por qué las mujeres de Chile, las débiles mujeres, tuvieron la misión de iluminar? ¿Por qué la dueña de casa inofensiva y la profesional y la estudiante y la mujer envejecida? ¿Por qué la que hasta entonces tejía, criaba hijos, cosía y guardaba silencio? ¿De cuándo acá la rebelión de las ollas y el batallón de la batería de cocina? . . .

Partiendo de la base orteganiana —"yo soy yo y mi circunstancia"—, y seguros de que la "circunstancia" es el marco histórico en el que a cada cual le corresponde vivir —y habiendo hecho la experiencia personal de no ser uno siempre el mismo, de actuar según el detonante que cada día nos pone por delante—, tenemos entre manos a la mujer transformada, DETONADA, y hasta "carburada", como graficara Silvia Pinto, una de las mujeres más bravas de la lucha que acabamos de vivir.

A raíz de la elección presidencial de Allende, por escuálida mayoría —pasada y sufrida una de las noches de más desconsuelo que recuerda el pueblo chileno—, las mujeres sintieron bullir dentro de sí una nueva, incandescente pasión. Y se atrevieron. . .

Se atrevieron a pensar que en ello, en esta "circunstancia" recién amanecida —nebulosa y pantanosa—, podría írsele al país la vida. La VIDA, sin eufemismos.

Y por lo mismo, porque la VIDA estaba de por medio, se lanzaron, sin titubear, a la mitad de la arena. (Porque ellas son las fabricantes de la vida.)

Mujeres que nunca soñaron con salir por las calles tremolando banderas. Mujeres que jamás habían tenido la intrepidez de alzar la voz más allá de su dominio personal: la casa, el marido, los chiquillos. Mujeres que se ganaban un sueldo de oficinista, habituadas a la mansa disciplina de obedecer órdenes sin discutirlas. Mujeres frívolas. Mujeres tímidas. Mujeres cargadas de años y dolencias. . . De todas ellas brotaba un desconocido estremecimiento: el heroísmo callejero.

Eran otras. Eran ellas. . . , pero MAS el tremendo instante de la Patria. Eran, fundamentalmente, las mujeres DETONADAS por su instinto maternal que VIO el peligro, aun cuando ni los sabios, políticos, científicos, economistas, estadistas, juristas ni catedráticos lo vieran.

Era ella con sus antenas aguzadas. Era ella, como la madre-leona que huele una maldición desde muy lejos. Que no pudiera darle forma a su sospecha, ni menos comunicarla en un discurso, pero la prevé, la palpa, la teme y la rechaza.

La mujer, que nunca se hubiera creído capaz de combatir, convertida en mortero, vomitando la pól-

vora del odio y dispuesta a cualquier cosa. Era la MUJER-MADRE, aunque nunca hubiese probado la dicha-dolor de tener un hijo. Madre por antonomasia. Madre por instinto. Madre porque sus entrañas y su corazón están hechos para engendrar y están, por ello mismo, renegados a todo cuanto traiga bajo el poncho el frío de la muerte.

Por eso la mujer chilena le puso proa al peligro la noche misma del desastre, y se prometió —sin saber ni querer medir las dimensiones de su hazaña—, se juró llegar "hasta las últimas consecuencias". Y aunque la frase fuera transformándose en lugar común a lo largo de tres años en los que todos, de capitán a paje, hicimos declaraciones "intransables", la mujer, en Chile, efectivamente llegó "hasta las últimas consecuencias".

Se le iba en ello su hogar —el último reducto de su intimidad, nunca suficientemente avariciado—; se le iban los hijos (el hambre, la esclavitud de las ideas, la prostitución de sus almas, estaban de por medio); se le iba ese hombre que, cargado de virtudes y defectos, constituía su exclusiva pertenencia, en cuerpo y en espíritu; se le iba esta patria —mezcla de libertad, tierra y cielo—, esta patria que no sabía muy bien definir, pero que le palpitaba en el sentimiento, como una de las cosas más queridas y sagradas: casi como el rostro de Dios sobre este mundo.

La mujer que comenzó a pelear el 4 de septiembre de 1970, desde su enfrentamiento en las urnas, es una mujer como todas las mujeres.

Posee el "sexto sentido" que se encumbra, como un volantín, sobre la pesantez de lo razonable; y que, finalmente —para dicha o desdicha de la humanidad—, acierta. La intuición es una pequeña luz que tienen las madres para ver más allá. . . Las madres que tan-

tas veces no se atreven a dar consejo, temiendo las malas caras, el tajo de los gestos agrios... Las madres que, entonces, se repliegan al tenue mutismo, tragan su llanto y... rezan.

La mujer es la reina de la influencia subterránea. "Se hace insinuante, penetra discretamente... y ejerce su dominio desde dentro." La mujer pudo salvar a Chile cuando nadie, ni siquiera ella, daba un cinco por su vida. Sólo ahora medimos hasta qué punto la mujer había ido corroiendo la buena tierra del corazón del hombre público, del hombre trabajador, del corazón del soldado, para clavarles la espina que fructificó esta flor libertaria que hoy, entre todos, cuidamos.

La mujer en la pelea es inconsciencia pura. Inconsciencia de niño inmaduro lanzándose a las llamas. La hemos visto en el fragor de las calles; en locales repletos donde bastaba una bomba para terminar de una vez con todas las mujeres; en hazañas inverosímiles que pálidamente reflejará este libro.

Este libro que sólo pretende reportear capítulos sueltos de tres años vividos por la mujer chilena. El reportero —eso sí— puede dar fe de que la inconsciencia femenina llegó a límites extremos en Chile; puede certificar que a más peligro, mayor pasión para jugarse por parte de la mujer. Y si les prometieron la muerte, allá las tuvieron a todas, hasta el punto de que les dio temor matarlas...

La mujer llevó a sus batallas contra el marxismo una ingenuidad que desarmaba: no en vano el momento cumbre de la guerra estuvo escrito por cacerolas. En sus motes, las mujeres agredían con candoroso escarnio y —¡tantas veces!— con faltas de ortografía. Ellas enarbolaban como blasones cajas vacías de alimentos, detergentes y productos que la Uni-

dad Popular había hecho desaparecer, para sembrar la nostalgia de tiempos ya idos. Ellas encaraban al Presidente de la República con el cartel del ridículo. En ellas, la ingenuidad y el ingenio se dieron la mano fuertemente y derrotaron la artillería soez de las huestes marxistas, de sus políticos y de sus periodistas.

La mujer, intransigente, sembró el pánico entre los hombres de oposición. Nunca resultaban suficientemente duras sus declaraciones ni suficientemente claros sus planteamientos. La mujer chilena desconoció la diplomacia y dijo las cosas con malicia tal que, más de una vez, hizo temblar al Poder Ejecutivo, y éste dio palos de ciego, pues, en realidad, lo que prometían las mujeres eran represalias imaginarias... pero contundentes.

La mujer que no se anduvo con componendas fue, también y por lo mismo, la mujer desparpajada. La que no le tiene miedo al respeto humano. La que sale por el mapa de Chile a caballo, como un Quijote, para denunciar escándalos que las mayorías se tragan. Es la mujer que se bate a carterazos en lo mejor de la asonada política. Es la mujer insólita que desarma a sus asaltantes miristas, pidiéndoles que "sean buenos" y dejen la metralleta a un lado para darle la mamadera a la guagua que está llorando.

Las mujeres chilenas tuvieron, como todas, dosis masivas de sentido común. Pero también las chilenas, como todas las mujeres, fueron movidas —detonadas— por la exasperación. Desde los albores de la Unidad Popular eran ellas las que cargaban con el mejor papel: colas, desabastecimiento, agresiones, angustia cotidiana frente a la ley de la selva que amenazaba a sus hombres y a sus hijos, incertidumbre del porvenir. . . Este fue su salario.

Hasta que la mujer pasó, violentamente, a la arena de los desesperados.

Entonces la vimos en todas las trincheras: radios, bancos, almacenes, camiones, el Congreso Nacional..., todo se lo "tomaban" como baluarte de protesta. Contra la Escuela Nacional Unificada, por la libertad de expresión, por la libertad de trabajo, por el respeto a las Fuerzas Armadas... Así fueron sus estandartes.

Y si hoy tenemos patria, algo tendrá que ver la resistencia femenina de tres años, y la arremetida final de la mujer.

No en vano, en otras latitudes, dijo Giacomo Leopardi:

—Aún nos queda una esperanza: ¡la indignación de nuestras mujeres!

ESTA TIERRA DE MATRIARCAS . . .

Una huella de carretas hiende el monte. Rasguñada por litres, boldos y arrayanes. Deja muy atrás el caserón del Principal, los adobes de Pirque y el tumulto de Puente Alto. Apunta con insistencia el cerro gris, el cerro calvo, el cerro rapado por el hacha de Manuel Ulloa.

El monte desmelenado. La tierra sin florecer. Aquí donde no hay caminos ni letreros. Aquí donde sólo una bosta, de tanto en tanto, confidencia la existencia de algún animal perdido. Aquí donde los vientos hicieron andrajos del eucalipto y le arrancaron de cuajo su quintral, corazón de mal agüero. Aquí. ¿Quién va a vivir por aquí?

Pero al humo negro ese alguien lo ha puesto a quemar. Alguien aportilló el horno de barro, redondo como sus panes. Alguien anda haciendo carbón por

estos barrios. Alguien viene, de tanto en tanto, con un atado de leña, a callar su soledad.

Cuatro palos y la pelambrera de espinas. Cuatro tejados mal hechos. Los murallones que salpican el sendero. La casa de Eduardo Ulloa. La mujer de Agustín Ulloa. Un pulular de chiquillos: la tribu de Manuel Ulloa. El parrón. La mujer. La mujer de Manuel Ulloa: la madre, la Matriarca.

Aquí las cosas tienen otra manera de ser. Aquí la gente no malgasta sus palabras. Por aquí la cortesía no se ha visto ni de asomo.

Bajo la parra preñada, bajo las uvas de abril, la mujer de Manuel Ulloa —la madre, la Matriarca— despluma una perdiz. De pie. Porque le da la gana. Se diría que no tiene corazón, de tanto disimularlo.

—Ahora le ha dao por parir de a do. . .

(Habla de las ovejas.)

—¡Bájate del árbol, niño!

(Al nieto le vocifera.)

—Oveja vieja no agarra ma qui'uno. Al otro lo dejan botao y hay que criarlo acá. . . ¡Como si hubiera la mar de leche!

Aquí sólo habla la Matriarca. Las nueras, a cumplir su obligación. Los hombres están sentados.

Eduardo Ulloa, el cetrino, tocaba un guitarrón de veinticinco cuerdas. Tocaba. . . El otro, Manuel hijo, se mira las ojotas y escupe. Agustín se va en su yegua, con el potrillo a la rastra.

El viejo Manuel Ulloa baja del cerro cuando lo acicatea el hambre: baja cada vez más a lo lejos. Está, con el hacha en descanso, sobando con la cuchilla un cuero. Fuma debajo del mismo sombrero que le ha servido de alero para todas las lluvias de su vida.

—¡Tráete el agua, niña, y el lavatorio, apuraté! ¡Andale luego con el jabón, ya pue!

"El" se afeitará hoy día. La Matriarca ordena lo que se le ofrece a él.

Pasa un perro. Lo patean al pasar. Don Manuel Ulloa se ríe por dentro. La Matriarca prepara el mate. A la mujer de Eduardo le toca el turno de criar. Un silencio se rompe con otro silencio.

Y con el Clarillo que arrulla a la vera de Manuel Ulloa. Allá en la quebrada misma, donde se pierde la oveja parida. A donde van a parar las gallinas que la madre, la Matriarca, tiene que salir a arriar. Arriando días enteros, furiosa como un volcán, agria con la chancha aquella e indignada con la nuera.

Ni una flor asoma en este terruño tieso. Es la entraña de la tierra. Su raíz. Allí donde las cosas tienen otra razón de ser. Donde vive la Matriarca. Donde se acaba la huella de las carretas.

Extraño destino le han impuesto a Chile sus matriarcas. Vistas en estado puro, son recias para vivir, parir y morir; servidoras reverentes y admiradoras perdidas de "su" hombre: no así de los demás. —"En lo propio no más pega", disculpaba una campesina al marido, después de la paliza de rigor. "Aquí no hay caciques, le advirtió una pobladora al comunista que pretendía mandar; aquí todas tenimos un puro marido no más"—. Implacables con "las" hijas; de blandura enfermiza con "los" hijos.

Y aquí arranca nuestra desdicha de nación: "ellos", los regalones, hacen lo que les da la gana. De por vida.

Al regalón lo hereda —mal que le pese— otra mujer. Y se vuelve matriarca con el correr de los

años, de tanto luchar contra la indolencia. La Matriarca primigenia, pues, acuna mujeres fuertes.

Sin embargo, a éstas no se les ha pasado por la mente hacer un papel masculino. —A la mujer chilena nadie la ha visto exigir por calles y plazas "igualdad", "liberación", "derechos". El feminismo, a Dios gracias, parece haber atracado poco a nuestras costas—. Estas mujeres saben que mandan y reinan en otra forma: haciéndole creer al hombre que quien tiene la última palabra es él. (Cuando siempre son ellas las que la tienen.)

El cetro de tales mujeres es de mansedumbre; resisten hasta las fronteras de lo sobrehumano; y saben empapar de dulzura el duro sino que, por geografía, clima, raza o fatalidad, les fue puesto por delante.

Así era doña Etelvina, la locera de Pomaire. Don Juan Bautista Valdés Martínez, su marido —El—, cantaba ponderaciones "cuando era nuevo" y cargador de puerto en San Antonio. Ahora está "mental" —"jodío de la mentalidade", para el público—. Don Juan Bautista Valdés Martínez, progenitor de ocho hijos (uno que hasta gatea), pasa sus días sentado, dedicado a la conversa.

Doña Etelvina, tan señora, tan maciza, tan tierna para su abrazo. Ella es la que amasa la greda y la que amasa los panes. Ella es la que trajo al mundo la prole. Ella es la que gana los pesos, limpia la casa, sirve a la mesa...

"El amor es tirador como una yunta de bueyes", brinda don Juan Bautista Valdés Martínez, con tinto. Se sienta en la cabecera, rodeado del "personal" —sus visitas—, y come como un hidalgo.

Ella —doña Etelvina— se afana con el caldillo

de congrio (duelo de Viernes Santo). La Matriarca —la señora— le sirve primero a él; los invitados van al segundo plano. Ella en la cocina. El a presidir la mesa. Porque, con mentalidad entera o aportillada, él es eso: EL.

¿Qué de raro, pues, que estas matriarcas salieran de sur a norte a las calles a defender lo suyo? Si los hombres mostraron mayor parsimonia, no tienen la culpa: ellas son tan valientes, tan capaces, tan universales, tan perfectas, tan. . . , que le quitan el entusiasmo a cualquiera.

Las cosas que pasan en Chile no hay que ponérselas sólo al "debe" varonil: el "haber" del matriarcado tiene bastante que ver con los desequilibrios causados en esta balanza de pagos.

LA MARIA LUNA

"El acto se efectuará aunque el tiempo se descomponga", desafió Trivelli, Ministro de Agricultura.

La Reforma Agraria del Presidente Frei fue promulgada en pleno invierno y al aire libre. Era la fiesta de la Virgen del Carmen (16 de julio de 1967), y el Cardenal Arzobispo de Santiago había organizado, días antes, rogativas a la Patrona de Chile, porque, de seguir la sequía en curso, el país amenazaba sufrir hambrunas peores que las del año 24.

La Patrona hizo lloviznar tiernamente sobre las bravatas del Ministro Trivelli.

Se levantó un escenario digno de la solemnidad del acto —el Ministro en cuestión había enunciado que si el cobre es la viga maestra del desarrollo chileno, la reforma agraria constituye la base donde se afirma la viga—. En el proscenio cupieron 600 personajes (diplomáticos, ministros, parlamentarios, etc.).

En la Plaza de la Constitución cabía el resto —el pueblo, campesinos homenajeados inclusive— de pie.

"Tal vez lleguemos a botar alimentos", profetizó finalmente Trivelli.

Esta historia no tiene nada en común con la Reforma Agraria ni con la Democracia Cristiana ni con la Unidad Popular. Esta es la historia de una mujer analfabeta y campesina, sucedida durante la reforma agraria de la democracia cristiana y de la unidad popular.

Es una historia lejana, muy lejana de todos los escenarios para 600 invitados de honor, de todas las leyes y todos los vaticinios. Es la sufrida y modesta historia que se ríe de los contrasentidos de la Historia.

Provincia de O'Higgins. Ramal Las Cabras. Hacienda "El Durazno". Seis mil hectáreas remotas, trozadas por los siglos a la encomienda de doña Inés de Suárez.

Jueves 8 de junio de 1967. "El Durazno" y las 300 familias que contiene pasan a ser propiedad fiscal.

Terral adentro, en "La Llavería", un funcionario de la CORA se ha instalado en la escuela primaria, para empadronar padres de familia.

Frente a la escuela vive Rómulo Droguet. Llegó a esas tierras como carpintero. De filiación comunista. Trabajó con brillo la candidatura de Allende en 1964. Perdió. Se pasó a la Democracia Cristiana. Con asesoría de INDAP formó el sindicato campesino. Por "libre sufragio" se hizo elegir presidente.

Por el camino de "La Llavería" y envuelta en la polvareda, con cinco mujeres más, viene la María Luna. Hija del Taita Alejo, leñador. Líder y analfabeta. Presidenta del Centro de Madres del lugar.

Las mujeres hacen alto, impertinentes, en la escuela donde se juntan los hombres por empadronar. Ellas vienen a otro negocio: han citado a un señor del Ministerio del Interior para que arregle tamaño entuerto: "El Durazno" no puede ni debe convertirse en asentamiento.

Pasa la hora. Por lo visto, el señor del Ministerio del Interior las dejó esperando. Pasa una carretela. Pica el sol de las cinco. Llegan otras mujeres, arremolinadas entre la tierra y la furia.

Los hombres buscan la poca sombra que encuentran. Se afirman en lo que pueden. Con los ojos a medio tapar por el ala del sombrero, miran a sus mujeres. Ellas, de frente, retándolos; ellos, de lado. temiendo. Ellas tienen sus ideas bien claras. Ellos no saben mucho si allí, bajo el techo de la escuela, se juegan, pierden o ganan el pan para los chiquillos.

En todo caso, el presidente Droguet tiene la palabra:

—Hoy es un gran día, porque desde hoy la CORA se hará cargo de la situación.

De nariz ganchuda, ojos vidriosos, aire ciudadano, palabra relamida, el presidente Droguet conoce a fondo el terreno que pisa. Los campesinos asienten. Salvo uno:

—¿Y cómo se trabajará con la CORA? ¿Como propietarios? ¿En comunidad? . . .

Otro más se envalentona:

—¡Eso es lo que hay que preguntar, pue! ¡De eso es lo que hay que asegurarse!

Droguet corta el aire, más veloz que su serrucho:

—Francamente me extraña, compañero, que usted, que hace tanto tiempo forma parte del Sindicato, pueda dudar de estas cosas. . .

Pero el maestro Droguet aún no las tiene todas consigo. De soslayo vigila el parlamentar de las mujeres, mientras sujeta la rienda de sus hombres, que aún tienen aliento para preguntar. Uno se aventura:

—¿Y el asunto de la asignación familiar, del seguro social, de los méicos, ah?

—¡Ya no serán necesarios! —remata Rómulo Droguet.

Las mujeres, como un chiflón, han irrumpido en la escuela. El funcionario, entre pupitres rotos, interrumpe su labor. Los hombres, sentados sobre sacos de maíz, no pueden creer lo que ven. Las mujeres, de brazos en la cintura, increpan al empadronador:

—Nosotra', señor, también tenimo' derecho de saber, porque somo' la' madre' d'este fundo. A nosotra' naiden no' preguntó si queríamo' ser asentá ni si querimo' cambiar de patrón.

Ha dicho la María Luna.

El funcionario la invita a tomar asiento, en consideración a su rango de presidenta del Centro de Madres. El funcionario inicia su clase magistral:

—En primer lugar, desterremos de una vez por todas las palabras "fundo" y "patrones". Este es un "predio agrícola". Ustedes son los dueños y los obreros al mismo tiempo. Porque en la CORA todos somos responsables, y el trabajo de cada uno es el grano de arena que contribuirá a levantar la nueva sociedad.

Los hombres a empadronar escuchan boquiabiertos desde la gradería de maíz. Ellas pasan por alto

el "predio agrícola" y la "nueva sociedad" (amén del grano de arena) y van a lo práctico:

—Mire, caballero, ¿qué habrá de la libreta, la asignación familiar y la jubilación?

—¡Ya no se necesitan, señoras! —triunfa el empadronador.

Luego consulta con "su" público:

—Además, ¿qué prefieren ustedes: la plata en el bolsillo o las famosas libretas?

—¡¡La plata!! —gritan los hombres del maíz.

Ellas los trituran con la mirada.

El funcionario sigue adelante:

—Hasta ahora el sudor del campesino servía para enriquecer a los patrones: ellos tenían lujosas casas en Santiago y en la playa. Se compraban dos autos por falta de uno. Armaban viajecitos para acá y para allá. Mientras tanto, ustedes —compañeros—, ustedes vivían en malas casas y trabajaban sin descanso, a cambio de un salario miserable. Ahora no saldrá un centavo de este predio: todo lo que se produzca se invertirá aquí, en obras de regadío. . .

A estas alturas del discurso la María Luna comprende que ha llegado la hora de llamar a plebiscito. Su pregunta parte por la mitad la cátedra del empadronador:

—Señora', ¿le' gusta la idea del asentamiento?

Las madres de "El Durazno", a voz en cuello y todas a una, responden:

—¡¡No nos gusta nadita!!

Un murmullo de incredulidad brota del maíz. . .

El funcionario se juega la última carta frente al matriarcado del lugar:

—Si se ha podido subsistir más o menos durante ciento cincuenta años bajo régimen patronal, ¿por qué no se va a poder salir adelante ahora que ustedes serán

los dueños? Si no estuviéramos seguros del éxito de la reforma agraria no la habríamos hecho, ¿no les parece?

La María Luna y su milicia, sin decir palabra, dan por terminado el acto. Y desaparecen en la noche del asentamiento.

Correspondencia de una mujer analfabeta.

Estas son las cartas que dictó la María Luna durante los años de la reforma agraria de la Democracia cristiana y la Unidad popular. Utilizó diversos escribas: de ahí la rica variedad de ortografías.

El Durazno 25 de mayo 1968

Señor
Presidente del Asentamiento
Don Segundo Correa
Presente:

Señor Presidente, Usted me perdonará de que yo lo moleste pero me encuentro en la obligación de molestarlo por el motivo de que mi necesidad es grande, no tengo a quien recurrir, antes usted sabe que nadie tenía necesidad de molestar a nadie porque había un "patrón" a quien pedirle prestado en caso de necesidad y pagaba uno con sus cosechas o con los chanchos que uno criaba, ahora no tenemos chacra como usted sabe, los chanchos que uno cría con tanto sacrificio, se los rovan con su apoyo, persiguiendonos a nosotros, ¿cómo dijo que ivamos a estar mejor? ¿a donde esta la mejoría? ¿Usted cree que en el dia de las reuniones echando a la gente para afuera y serrando la puerta, con eso vamos a tener nosotros para su-

fragar los gastos? y para mejor conformidad nos dice que nosotros no tenemos derecho al asentamiento.

Señor Presidente, ya terminó la guelga del profesorado y tengo que ir el lunes al colegio especial de lisiadas a dejar a la niña, ya que ella es enferma, necesito que por favor me preste E° 300, que son los que necesito, si Ustedes no pudieran prestarmelos, agame el favor de decirme: ¿a quién le puedo pedir? o ¿qué puedo hacer en este caso?

Contesteme por escrito por favor. De antemano gracias se despide de Usted y directiva su eterna agradecida. *María Luna.*

19 de Julio de 1968

Sr.

Segundo Correa, Precidente del Asentamiento el Durazno espero que al recivo de la precente se encuentre bién, yo estoy bién pensando en las injusticias y las maneras personalistas alvitrarias umilladoras y atropelladora que Ud. tiene Sr. Precidente.

Cuando nosotras le mandamos pedir plata prestada Ud. se niega de acerlo cuando es la obligación de acerlo Uds. de darle facilidades como préstamo y que uno lo baya pagando mensualmente como Ud. la cobre. No umillando desplotandole las enfermedades a los enfermos para pedir limosna (. . .).

Don Segundo a nosotros no los gustó eso de la colecta porque no queremos limosna teniendo nuestros talajes que Ud. nos quitó.

Don Segundo Ud. nos estafó con nuestro asentamiento disiendo que yo fui la que no quise que mi marido se asentara y Ud. sabe que eso no es verdad y Ud. con mentiras informaba todo al favor de

Uds. pero no se olvide que los pobres tenemos un juez que es nuestro "Señor".

Me despido con todo respeto Sr. Precidente.

María Luna.

El durazno 6 de Agosto de 1969

Señor

Abogado de Cora

Perdoneme que no le ponga su nombre porque no lo se.

Señor Abogado, me aserco a Ud. para darle a conoser mis terribles problemas. tengo mi padre enfermo esta ospitalizado en Peumo. También mis niños estan enfermos. llevé a una a Santiago a ver al Doctor. cuando yo andava allá me fueron a dejar a mi casa de alta a mi padre. como yo no estava me lo dejaron en la casa de un vecino.

Señor Abogado yo no puedo recevir a mi padre en la casa. se fija Ud. Señor que esto es terrible. Primero porque mi casa se llueve toda, (2) estamos cesante, yo no dispongo aveces ni de un pan para mis hijos.

Señor Abogado, todos estos problemas los saben los señores dirigentes del comité de acentamiento y lo unico que hacen es quitarno el derecho para todo. si gallinas uno cria se las roban.

Señor Abogado también estoy en tramites por una yegua que me robaron.

Señor Abogado le pido por fabor si Ud. puede conseguirnos trabajo para arreglar todos estos problemas porque si no yo no puedo tener a mi padre.

Señor Abogado le doy mis más sinceros agrade-

cimiento y espero de todo corazon que Ud. me allude su agradecida

María Luna.

jueves 4 de 1969

Señor
Fiscal de Cora

Respetado señor: Espero que al resivo de la presente se encuentre bien Ud. y los sullos.

Despues de saludarlo, le ponimos en su conosimiento para los días del 18, nosotros el grupo del Comité de Sesantía emos pensado aser una casuela de cordero algunas empanas fritas también unas cuecas chilenas benderemos algunas vevidas también unos jarros de vino a veneficio para poder tener dinero y segir adelante lla que estamos todos sesantes y nadie puede disponer de plata.

Pasando a otra cosa lla no los sentimos como chilenos, emos perdido toda clase de derechos la gente perdió su derecho a trabajar por lo mismo no tienen derecho ni siquiera a entretenerse jugando fútbol porque ellos no tienen para pagar E° 12 que son los que cobran por cuotas. . .

El señor García el que los andava empadronando. Nosotros le contamos todo lo que teniamos conseguido y el estuvo muy contento y los dijo que ivamos a segir mejor porque ellos se ivan a preocupar de los clues y de los sentros de madre pero los mintió porque asta aquí todo lo que tenimos conseguido lo emos perdido. . .

Señor Fiscal le ruego que no se moleste que le allamos puesto en su conosimiento todas las injusticias que an echo con nosotros. Se lo desimos a Ud. porque estamos cansados de reclamarlo a don Sergio

Torre, vamos a reclamar a Rancagua a Cora y los mandan ablar con don Sergio Torre pero ase papeles de sordo siego y mudo. Si Ud. lo duda puede llamarme a mi a su ofisina y a don Sergio tambien que ay se lo combersaría delante de el.

Sin tener mas que desirle me despido con todo respeto

María Luna.

(Timbre) Corp. Ref. Agraria
V Zona
Jefe Area O'Higgins

Sra. María Luna.—

Notifico a Ud. que deberá entregar al asentamiento la posesión que ocupa, antes del 30 de abril.

Peumo (sin fecha)

(Nota redactada por el funcionario Jesús Abelaida en abril de 1970.)

Señor
Jefe de Cora
Don Jesús Abelaida
Presente.—

Desde hace mucho tiempo que hemos tratado de ingresar al asentamiento. Pero nunca tuvimos la suerte de que nos consideraran como obreros de éste.

Tal como le dije en la entrevista que tuvo con Ud. yo deseo que a mi marido lo tomen en cuenta para su ingreso. Hago petición, por estimarla de justicia, ya que yo pertenezco al fundo El Durazno por cuatro generaciones y con mis hijos es la *quinta ge-*

neración que nace en este fundo. Por lo que estimo que tengo *derechos adquiridos* que se me han negado.

Sr. Abelaida yo deseo que Ud. procure que se me dé lugar en el asentamiento ya que es un *derecho* de justicia.

Agradezco sinceramente a Ud. y espero que esta petición tenga acogida favorable y ya no se me pida más el terreno en que habito.

Saluda atentamente a Ud.

María Luna.

Santiago, 21 de Agosto de 1970

Sr. Fiscal
Corporación de la Reforma Agraria
Presente.—

Señor Fiscal:

Una vez más llamo a la bondad que siempre ha tenido con nosotros y le ruego que intervenga en la decisión de la CORA para que nos permitan ser asentados del Asentamiento El Durazno donde vivimos desde hace cuatro generaciones.

Sabemos que no nos tienen buena voluntad los campesinos que ahora mandan allí, pero si no tenemos derecho al asentamiento nos moriremos de hambre, y alguna parte de responsabilidad tendrá la CORA.

A usted que es cristiano y humanitario, le suplico que se acuerde de nosotros.

María Luna.

El Durazno 23 de VIII de 1971

Respetado Sr. Humberto Acuña.

Perdone q'yo le moleste pero me encuentro en la obligación de acerlo; yo pertenesco a un grupo de cesantía, más bien dicho indigente, mi esposo es el presidente del "comité de cesantía", yo fue directora de un "centro de madres" en el cual se icieron muchas injusticias y por lo mismo nosotras los defendimos nosotras y a cualisquera de nuestras compañeras (siempre q'podamos hacerlo) y ahora an decidido con el odio q'se nos tiene de benir a asaltarnos la casa, algunos son asentados y otros hijos de asentados, por eso le mando este reclamo pidiéndole justicia a Ud. Un día domingo de partido de fútbol se dentraron en mi pieza y se robaron cuatro cuicas de Vino que eran del Club. El Domingo 15 del precente intentaron biolarme a mi hija, la cual está en el colegio. El 16 del mismo mes salí a ser una dilegencia, aprobecharon q'mi hijo estaba durmiendo y sacaron una niña q'está en mi casa, forsandola y poniéndole pañuelos en la boca para q'no gritara, pero los gritos se le sintieron en muchas partes, y la llevaron al cerro cerca de mi casa, donde ahi la tubieron hasta la hora q'quiciéron, y no se conformaron ellos no más sinó q'al q'pasaba a esa hora le ablaban.

Todo esto está en el juzgado del crimen de Peumo, le ruego a Ud. pidiendo justicia, y q'informe esto q'está pasando al Sr. fiscal de Cora. de todas maneras si algún dia yo tengo plata iré a Santiago y le pediré audiencia al Sr. fiscal de Cora. No puedo callar todo esto. a estos desgraciados les pondré un parrafo en el Diario y les aré una critica publicamente por la radio. ellos se creen dueños de la tierra y

por eso abusan, porq'nosotros somos sesante. Sin otro particular me despido atte. de Ud.

María Luna.

1972

Señor
Presidente del Asentamiento
"Llaveria el Durazno"
Pte.

Le solisito a Ud. para comunicarle que emos estado muy contento por haver asentado a tres recordados compañeros, pero para el resto de nosotros también teniamos derechos, Por ser Chilenos, por tener hijos, y ser madre de familia...

El, mi marido, cuando salio como Presidente de la Sesantia, lo isimos presente y le pedimos travajo, Ud. era secretario de La Directiva y fue el primero en rechasarlos a que no se le diera travajo, y se atrevio a desir que si le davan travajo Ud. renunciaría de su puesto. Pero una persona esposa como la que habla, para mi fue mucha pena, cosas que nunca se olvidan. Siendo mi marido que no lo podran rechasar ni por flojo, ni ladron, ¡que injusta es la vida!

Sr. Presidente, perdóneme, como es posible que por no ser de su color politico se aga tanta injusticia ¿verdad? Ademas lo único que Ud. a apollado, o sea, La Directiva, es perseguirnos, por una cosa y otra, y ponerlos preso. Por lo mismo pido a Ud. justicia y travajo para tener derecho a talaje para mis animales y no me los sigan maltratando como lo an echo con mis vestias, echandomelas a la calle, amarrandoles tarros con piedras en la cola para que se maltraten, y una de mis vestias anda perdida por havermelas echado a la calle, y no la he podido encontrarla, y

esto es nada mas, por no ser asentado solo por su egoismo.

Saluda atte:

María Luna.

Asentamiento "Llavería" El Durazno
19 de agosto 1972

Señores
Diario "El Mercurio"
Santiago.

Respetados señores:

Perdoneme que me dirija a Uds, pero es tanta mi desesperación que no hallé que hacer. Quiciera saber si alguien de las autoridades que hay en el diario pudiese ayudarme en alguna forma. Soy una campecina que no tengo recursos y soy madre de 4 hijos. A fines del mes de julio del presente año lograron ser asentados 3 compañeros de los tantos cesantes y el resto quedamos no nos tomaron ni en cuenta. Los compañeros en vista que no los tomaron en cuenta se sintieron muy mal y empezaron a conversar con sus esposas y fueron a mi casa a hablar conmigo. Decidimos mandar una solicitud al comité de asentamiento preguntando que en que forma ivamos a quedar nosotros y también fuimos a conversar con el señor Jefe de Area de Cora de Peumo, señor Misael Ramirez. No hubo forma de que nos quiciera atender...

El señor Presidente (del asentamiento) Adrian Salazar llevó la solicitud que nosotros le habiamos enviado a Cora y la única respuesta que trajo fue algo tan humillante para nosotros: dijo que en Cora le habian dicho que en la solicitud aparecían puros

nombres de mujeres y que que trabajo se nos iva a dar, que por que no poniamos una casa de "mujeres" y todos se empezaron a reir. . .

Quisiera yo pedirle que si Ustedes pudiesen hablar con el Presidente del Comité del Partido Comunista y le informaran que si es que el encuentra justo que el señor Jefe de Cora de Peumo Misael Ramirez no nos quiera escuchar y ni siquiera resivirnos ya que el es el encargado de ver y resolver los problemas de los campesinos cesantes. . .

Señores ruego a Dios que mi carta tenga buena acogida y se nos haga justicia ya que si no encuentro apoyo en Ustedes tendré que buscarlo en alguna radio Emisora pues no me puedo quedar así.

De ante mano gracias

María Luna.

El Durazno Marzo del 73

Señorita
Teresa Donoso
Santiago

Estimada señorita:

. . .Yo iva a una reunión y al pasar por las casas que eran del dueño del fundo salieron unos perros y me atajaron a mi perro "Capitan" era tan bueno tan fiel, que andando yo con él no tenía miedo a nada ni a nadie. Han salido unos tipos del asentamiento y me han muerto al perro desde ahí yo no me he sentido bien, he ido a Santiago son tres veces seguida pero no he sido capaz de ir a hablar con usted por que me siento mal, me a afectado enormemente. . .

Señorita Teresa, quisiera que Ud. me dijera si

mi perro tiene justicia o nó aunque tuviera que poner un abogado siempre que este no me cueste muy caro... Quisiera poner demanda por la llegua parida que me robaron y el perro que me mataron.

Sin otro particular y espero su respuesta para tener una conformidad se despide de Ud.

María Luna

Hasta que el 11 de septiembre de 1973 también llegó para la María Luna:

—Yo oí por la radio que algo tan grande pasaba... Y me sentí enferma y me eché a la cama... Ni que fuera comunista... Me pasó eso de pura felicidad.

—Entonce' me puse un poncho del Jaime y una chupalla del Jaime y uno' pantalone' del Jaime. Y levanté Bandera.

—Despué' le dije al niño de salire. El, con una escoba en alto, que quería significare que "aquí quedó la escoba".

—Y por donde pasábamo' estaban lo' "compañero' " mirando. Y decían (con perdón suyo, señorita). Decían: "Vieja 'e mierda".

LOS CINCUENTA DIAS DEL PESO DE LA NOCHE

Diego Portales blandió su legajo frente a La Moneda. Quiso patear, morir, maldecir. Quiso *exigir*, extendiendo el cheque ya firmado de su propia vida. Quiso remecer a este pueblo "del peso de la noche". Quiso. . . Pero él ya no era nadie. Sólo un monumento. De bronce. Y tuvo que tragarse la rabia. El pánico, también. El pánico, de nuevo. Portales se arrebujó en su capa.

Menos mal que le dejaron la capa. En esto el escultor se portó más humano que Florín. "¿Para qué quiere la capa?", vociferó Florín, y le mandó meter seis tiros en el cuerpo helado (sin contar los 35 bayonetazos y el remache a sable limpio).

¿Para qué quieres ahora tu capa, Diego Portales? Ya estamos a lunes 7 de septiembre. Primavera, casi. Ya refresca menos que cuando, al amanecer

de junio, daba bote tu cuerpo en lo alto del Barón sin resignarse a morir. Tu cuerpo de carne y hueso. Entonces sí hacía frío. Helaba tu miedo. Te iba por dentro y por el aire de Valparaíso.

Ya estamos a lunes 7 de septiembre del año 1970. Bien muerto estás, de un siglo a esta parte. Los muertos, Diego Portales, tienen una preocupación menos: la temperatura.

¿Y los vivos? Los vivos... En Chile, los vivos se han puesto a callar. Desde hace tres días guardan silencio. Como si fueran a un funeral.

No es el entierro de Diego Portales, estadista asesinado. Ni el birlocho ni los grillos figuran en este cortejo. La ciudadanía prepara otra inhumación, de mayor vuelo. "Ha dejado de existir... la libertad de Chile."

Menos mal que, para el bronce, te dejaron la capa. Porque hace un frío de pena. La pena de ver a tanta gente haciendo cola en las urnas para clavarle un puñal por la espalda a su propia tierra.

"¡Cosas de Portales!", murmuraban los abúlicos de mil ochocientos y tantos. Igual murmurarían ahora, 7 de septiembre de 1970. Porque a nadie parecía preocuparle mayormente la situación. Y los preocupados masticaban susto y planificaban cómo arrancar de Chile.

La tarde alargó su sombra, con pedestal y todo —"¡Desgraciado país!", repitió el eco de Portales abriéndose paso en la prisión de Quillota—. Pero la sombra de la soledad se alargó también. Sólo él sufría en ese páramo de pueblo.

Dieron las siete. Un taconeo de mujer irrumpió en la Plaza de la Constitución. Otro y otro y otro más.

Decenas, docenas, cientos de mujeres se apretujaron junto a la estatua. Sin decir palabra. Era una cita sobreentendida. El duelo de las mujeres. Un dolor sin previo acuerdo.

La primera mujer de luto abrió un paquete. Y desdobló la bandera. Otra le traía el mástil de coligüe. Y eso bastó.

La mujer de la bandera tenía hecha una manda —"¡Cosas de mujeres!", dirían los abúlidos de 1970, si supieran—. Ella vendría día tras día, para enarbolar el tricolor, en esa misma Plaza, hasta que los políticos, el Congreso, aquellos que podían legalmente, hicieran algo. Así se cayera muerta, la mujer de la bandera, no estaba dispuesta a dejar descansar sus brazos.

Y todas cantaron el Himno Nacional. Luego callaron. Luego marcharon. Siempre dando vueltas alrededor de Portales. Luego hicieron señas con pañuelos blancos, creyendo ver una sombra salvadora en un balcón de La Moneda. Y cantaron aquello de "la tumba serás de los libres". Y callaron. Y mientras seguían el funeral de la patria en subasta, unas lloraban por dentro. Había otras que rezaban.

El Cuerpo de Carabineros, por orden del Intendente de turno, disolvió la manifestación del 7 de septiembre. Portales naufragó en la noche. Se apagaron las luces del Palacio de Gobierno. Y el Gobierno se fue a dormir.

Menos mal que, para el bronce, te dejaron guardar tu capa, Diego Portales. Porque vas a necesitarla para el regateo de cincuenta días. Como ves, aquí, a tu vera, se medirán el valor de las mujeres y el temor de los chilenos. Y lo peor —tú bien lo sabes—, lo peor es que no hay oleaje mar afuera cuando se instala el buen tiempo. Y no hay voces patria

adentro cuando se acoda el letargo; cuando hasta los patriotas duermen siesta. "El peso de la noche"... tú lo conoces. Acá, Diego Portales, no pueden nada las mujeres. Salvo escribir la historia.

Cincuenta días de plazo entre la elección de Allende y la ratificación por el Congreso Pleno... Ningún país ha tenido tanto tiempo para pensar bien las cosas. Y decidirse por la libertad. Pero este pueblo se burló de la intuición de sus mujeres.

Sin otra respuesta que el callar desconcertante de los hombres, políticos, gobernantes y periodistas, las mujeres anónimas de Chile volvieron junto a Portales cada tarde, para gritar con la voz de su silencio desafiante. Casi todas las tardes de los cincuenta días. Con esa paciencia exasperante que sólo la mujer sabe administrar.

Pero las mujeres no pudieron... —En el fondo, ¿qué puede una mujer?—. Y la soledad de ellas sólo podrá compararse a la soledad de Portales cuando bajó, engrillado, para enfrentar la muerte.

Aunque las mujeres y Portales guardaban todavía la débil esperanza de triunfar... Pero ellas seguían su desfile cada vez más tristes. Y él, a cada hora que pasaba, sentía más inútil su calvario de 1837, y apretujaba la capa por si acaso.

Los turistas del Carrera descubrieron que el "Santiago by night" brindaba esta nueva atracción gratuita, sin moverse de la ventana. Los diarios allendistas publicitaban el espectáculo de "las viudas". Los diarios anti-Allende nunca vieron noticia en ese ruego vespertino de las mujeres chilenas.

La mujer de la bandera cumplió su manda, menos cuando la patearon y pisotearon —con tricolor y todo— en Catedral con Morandé, junto al Congreso Nacional.

Y la procesión seguía: silencio, Himno Nacional, silencio, pañuelos blancos golpeando el corazón de La Moneda. Se agregaron unos cuatro carteles mal escritos, en los que más de algo se suplicaba en nombre de "los hijos".

Cuando el Intendente quería irse a su casa y dejar la ciudad en paz, mandaba al Cuerpo de Carabineros. Una mujer en silla de ruedas solía enfrentar el "guanaco", que no podía escupir, de vergüenza.

El funeral del país atrajo cada vez más y más mujeres, para participar; y hombres, para mirar. Las Juventudes Comunistas y otras juventudes, momificadas por la consigna conciliadora de Salvador Allende —"no provocar ni dejarse provocar"—, ocupaban todos los bancos de la Plaza de la Constitución, riéndose por lo bajo para no hacerse notar.

Hasta que las mujeres acordaron pasar la frontera de los dominios de Portales. . .

Fue entonces como una multiplicadora marea de luto que puso en desasosiego la Plaza Bulnes y las calles céntricas. Los carabineros que, por orden del Intendente, consideraron excesiva la rebelión, no pudieron más allá de "persuadir".

Las mujeres iban conociendo, en carne propia, el vigor del enardecimiento. Y partieron al peligro, impávidas, por Ahumada. El tránsito se detuvo, de impresión.

Acordonaron el sector las Juventudes Comunistas y otras juventudes, cayendo por primera vez en las redes de la provocación. Y mientras más silencio, más ira. Pasaba la procesión. El cerco se iba estrechando. El miedo de las mujeres sólo fue parangonable al furor de los retoños marxistas. Pero las mujeres no desertaron, ni del desfile ni del mutismo. En cambio las Juventudes Comunistas y las otras juven-

tudes perdieron los papeles y se mostraron al país como eran en realidad, a rostro descubierto.

Esa tarde fue cuando las mujeres anónimas chilenas se oyeron llamar, por primera vez, "¡prostitutas!" Entonces fue cuando manos varoniles emergieron de la sombra de un farol y abofetearon a mujeres que, en edad y decencia, eran iguales a sus propias madres. Entonces fue cuando la mujer de la bandera cayó pisoteada y escupida en una esquina del Congreso Nacional, sin soltar ese mástil y su emblema que para ella significaban "algo" que casi no sabía deletrear ni menos escribir. Entonces fue cuando la mujer de la bandera cumplió su promesa para costear la libertad del país, comprendiendo de pronto que lo hacía a riesgo de su vida.

Al son de "¡viejas pitucas, se venden por diez lucas!", Portales volvió a sumirse en su personal desconsuelo. Pasaban los transeúntes que no se metían en "política", los que se autoconvencían de que Allende "no puede ser tan malo". —Pasaban las caricaturas de la raza chilena—. Se hundían, tranquilos, en el peso de su noche.

Y así fue como un buen día 24 de octubre remataron al país en el Congreso Nacional.

Menos mal que te dejaron tu capa, Diego Portales, porque vas a tener mucho frío.

LAS PERIODISTAS

El embrutecimiento ambiental del 5 de septiembre (1970) hubiese sido digno de lástima... siempre que este pueblo mediocre —para su victoria a medias, con Allende, y para su derrumbe total, sin nadie—, siempre que este pueblo no hubiera rubricado su hazaña de vulgaridad necesitando que, en las empresas "momias", los patrones o ejecutivos se vieran en la urgencia de tranquilizar a empleados y obreros. Pero "tranquilizar" para el bolsillo, no para la patria.

Hubo que decirles: no les faltarán el sueldo ni la indemnización, si esto se acaba. No tengan miedo —había que repetirles—, porque la fuente de trabajo, las leyes sociales, las jubilaciones, los subsidios... Entonces quedaron en paz y hasta contentos. ¿El país,

la libertad, los principios? En el fondo, el patriotismo es el mito de unos pocos excéntricos.

Y en estos avatares andaba la ciudadanía, entre lerda y reconfortada, en ese primer día de la "vía chilena hacia el socialismo", cuando el mustio auditorio de Radio Cooperativa pegó un salto: "Las mujeres (que) también improvisan" aparecían en el dial, como si tal cosa. Ellas, las que se jugaban el pellejo en la "campaña del terror"; ellas, las que estaban en la mira de todos los ahora triunfadores; ellas, las insolentes, imprudentes, intolerables, intratables... Como si nada. Si ellas esgrimían el micrófono, bien podía andar por las calles el resto de las mujeres.

Y así fue como el primer sábado de Unidad Popular amanecieron a la vida "las periodistas libres". A la nueva vida: la del terror hecho realidad. Ese que había que bombardear y demoler. Ellas no tenían la menor idea: lanzaban al aire el *primer* programa de la resistencia. Comenzaban a hendir sus nombres en la Historia de Chile, en ese corazón chileno que hirieron y fustigaron sin desmayar por tres años consecutivos, para que no se quedara dormido. Se convertían en VOZ de los pocos patriotas que no tenían dónde ni cómo desgarrar su alarido. Eran las capitanas de la mujer chilena desconocida que se dio entera por este país.

Miles y miles de mujeres reconocieron, a partir de ese día, que sus propias gargantas reclamaban, reían y sufrían a todos los vientos. Sí, porque tenían consigo a "sus" cuatro periodistas. Las que "interrogan a los varones sin compasión". Las que dicen las cosas tales cuales son. Las que hacen nacer en el alma el fulgor del optimismo, así como, aunque parezca

mentira, se abre un blancor de flores en lo más engañoso del agua de los pantanos.

Carmen Puelma, el fragor mediterráneo.

Silvia Pinto, el furor criollo.

María Eugenia Oyarzún, el corazón de la mujer...

Patricia Guzmán, su risa...

Pero esta risa, por contagio, se vaciaba entre las cuatro y se transformaba en la natural desaprensión de la mujer. Reían ellas en respuesta a los peores peligros y los insultos más cáusticos.

—¿Se considera usted una periodista valiente? —le preguntaron a Carmen Puelma, el catalizador de las cuatro. Y ella sin titubear:

—No, en absoluto. ¿Qué tengo yo de valiente? Digo lo que pienso con un micrófono en la mano, porque es mi profesión... No podría decir otra cosa. Eso no es valentía.

Silvia Pinto fue diputada, y, entre las verdades que gritó desde la tribuna de la Cámara, figuran:

—El Presidente Allende es un vendepatria.

—Yo no necesito fuero parlamentario para decirles lo que pienso a los grupos de masacradores a sueldo que soltó la Unidad Popular a las calles (el 21 de agosto de 1973) para matar muchachos, muchachos que están dando un ejemplo de hombría a muchos señores que hoy sienten "demasiado" su sacrificio y, llegado el momento, se deshacen en palabras, se diluyen en disculpas e informes, pero no afrontan la realidad como hombres.

María Eugenia Oyarzún, vicepresidenta del Consejo Nacional del Colegio de Periodistas, tuvo que cartearse con el general Carlos Prats, Comandante en Jefe del Ejército, quien quien, por su intermedio, reconvenía al periodismo de oposición que

habría especulado con el llamado a retiro del general Alfredo Canales. María Eugenia Oyarzún confesó y exigió:

—Yo no podría vivir jamás en la hipocresía de saber que, siendo mi deber el informar, me calle para ocultar situaciones que nuestro país conoce... Yo cumplo con mi deber de periodista y con mi condición de mujer. La patria espera que usted cumpla con el suyo.

Patricia Guzmán, en su calidad de vicepresidenta del Colegio Regional Santiago-Colchagua del Colegio de Periodistas, debió hablar sobre un altísimo entarimado en la Marcha Democrática del 10 de octubre de 1972. Lo hizo, además, lisa y llanamente, a nombre de la mujer chilena. Y contó:

—Hace dos años, un puñado de hombres y mujeres iniciamos una tarea cuyo destino era incierto y con escasas posibilidades de éxito: queríamos despertar a Chile, recobrar la fe en nuestros valores, templar el coraje y la decisión. Queríamos plasmar en la conciencia de cada chileno la convicción de que nadie tenía derecho a marginarse en la defensa de la libertad amenazada; que nadie podía ser un espectador de la destrucción de su propio país, ni permanecer neutral cuando se debe decidir entre la democracia y la dictadura, entre la Constitución y el atropello. Entre la dignidad y la humillación.

Apretado inventario para una obra titánica. "Un puñado...; despertar a Chile...; recobrar la fe...; templar el coraje...; nadie tenía derecho a marginarse...; decidir entre la dignidad y la humillación." Por altoparlantes, miles y miles de chilenos, escuchaban el resumen de la más reidora de las cuatro; la más testaruda; la que había tomado esta pelea como una fascinante manera de vivir.

No cabía duda: el personaje más revolucionario que produjo este Chile contemporáneo fue la mujer. Y, desde el periodismo, se disparó lo más granado de la revolución femenina. Y todas las mujeres —vigías de Chile a todo lo largo del letargo de su geografía— se supieron representadas por estas cuatro voces que fueron creciendo en intensidad —que al final parecían pilotos suicidas de la palabra—, que fueron sembrando fecundidad, hasta que un batallón de mujeres periodistas copó la patria y la remeció de norte a sur, en su alma toda, enseñándole la senda de su señorío.

—¿Cómo definiría y qué importancia le da al grupo de mujeres periodistas que usted integra y que hoy están en la primera plana de la lucha? —le preguntaron a Carmen Puelma.

—Distintas entre nosotras, incluso con diferentes credos; ello no importa, porque hoy estamos en la misma lucha por algo muy importante, sin temor a decir la verdad. Y es estimulante pelear en primera fila.

Contestó así. Y se ocupó de otras cosas. Su vida era vertiginosa. Comenzaba cuando aún la ciudad estaba roncando. En Radio Agricultura. Con Luciano Vásquez. Transmitían "Diálogos". Madrugaban a la ciudad, con buenas y malas noticias.

Luego, el turno de *La Tercera* y la política a cargo de María Eugenia Oyarzún.

Después Silvia Pinto, en Cooperativa, brava como una fiera a la que vienen a lacearle las crías.

Y a las dos de la tarde, "Cinco minutos con Patricia Guzmán", peleándose contra todos los gabinetes militares y los jerarcas "populares". Como un niño chico que patea por romper el orden establecido. Rabioso sí, pero dramático no.

"En las manos de estas valientes mujeres se alzan luminosas las antorchas de la libertad de prensa en Chile... Esas mujeres son la honra de su profesión, por su inteligencia, cultura, valentía y conocimiento de la realidad chilena", escribió Alfredo Silva Carvallo, en *La Prensa,* de Buenos Aires.

Mientras tanto, ellas —"adelante, cambio"— seguían riéndose, para con sus risas reflotar a los que caían por el camino. Ellas, sin alarde —como si sólo hubieran hecho eso todos los días de sus vidas—, construyeron la barricada más insobornable de nuestra libertad democrática.

Y cuando el 11 de septiembre de 1973 nos tomó por sorpresa, las cuatro primeras periodistas del país aún estaban en sus puestos de combate.

EL CACEROLAZO. . . ¡VA!

¡Flor de país! El chileno, mientras más aproblemado más jubiloso. —"Parece sentirse más a sus anchas en el infortunio que en la prosperidad", escribió Eyzaguirre—. Por ello, cuando vino la resistencia civil, Chile vivió capítulos de carnaval.

¿Quién iba, por ejemplo, a imaginar que el 1.º de diciembbre de 1971 las mujeres estaban FURIOSAS?

Se juntaban en la Plaza Baquedano para PROTESTAR por: desabastecimiento, carestía de la vida, colas, grupos armados, violencia universitaria. . . Ellas, que, en carne propia o en la carne de sus hijos, sufrían estos atropellos, habían dicho ¡BASTA!

Pero se juntaban a la hora del calor más entusiasta; con la mejor risa y la conversación más fluida;

con vestidos multicolores; con carteles que competían en ironía e ingenio. Y armadas... de cacerolas vacías.

Como buena reunión de mujeres, aquello no tuvo pies ni cabeza, y enfiló la marea por el Parque Forestal sin que ninguna manifestante reconociera su batallón político, de barrio u ocupación.

Las madres anárquicas lograban una masa humana que, andando el tiempo, sacaría del horno el pan de la unidad democrática. Y fue inútil que, de Allende al último gobiernista, se disculparan diciendo que sólo las "viejas del Barrio Alto" fueron a la manifestación, porque allí se codearon la chupalla y la elegancia sin el menor resquemor.

Al pasar por una dependencia de la Escuela de Bellas Artes, tomada por la Ramona Parra, la Elmo Catalán y otras brigadas violentas, los garabatos verbales y manuales de la "pobladora" sólo fueron superados por los de la "señora". Debió el detalle bastar, como advertencia, para quienes aún creían que en esta tierra existen varios tipos de mujeres, divididas en "de la Plaza Baquedano para arriba y de la Plaza Baquedano para abajo".

Al torcer por calle Santa Lucía, la marcha sufrió apretura sin límites, y así, apelmazada, debió recorrer el mismo trecho durante dos horas largas. Las mujeres habían traspapelado su ira, embriagadas como estaban por los aplausos, banderas y papel picado que salían de los balcones. Ellas contestaban con el primer redoble de cacerolas que los chilenos escucharon y que, sin saberlo ni quererlo, se transformó en repique guerrero.

Con el cerro Santa Lucía como murallón al costado izquierdo y uno tras otro edificios levantados a

mano derecha, las mujeres reían y gritaban internándose en el desfiladero.

Nadie que no lo vivió puede imaginar con qué inocencia, con cuánto buen espíritu, con qué perfección democrática en la rebeldía, desembocaban las mujeres de Santiago hacia su circo romano.

Pero ahí estaban las fieras, agazapadas en los peñascos del cerro; disimuladas en ventanales sin ojos; haciéndose las desentendidas por las esquinas. . . La flor y nata de la Unidad Popular —sus hombres jóvenes— surgía en hordas sorpresivas para masacrar mujeres.

Nadie que no lo vivió podrá explicarse cómo un país pudo destilar tanta escasez de hombría. Pero gracias a ello, las ollas de este país ocuparon los teletipos de todas las agencias noticiosas del mundo. Dijeron a los cinco continentes qué raza de mujeres nos gastábamos y qué clase de cobardes se medían con nosotras.

El cacerolazo del 1.º de diciembre de 1971 marcó el comienzo del pausado fin del Gobierno de Allende. Y ahora, que ya las mujeres chilenas pueden cantar victoria, es tiempo de agradecer al marxismo la masacre a que las sometió esa tarde. Porque acertó Vicuña Mackenna cuando dijo: "Las grandes causas no se defienden ni se salvan sólo con héroes; necesitan mártires".

Y no otra cosa que mártires fueron esas manifestantes despreocupadas que volcaban su alegría en el golpeteo de la olla con el tenedor o de la sartén con la cuchara. Porque su indefensión masiva hubiera hecho llorar a cualquier hombre de virilidad bien puesta que las viese asomarse a la Alameda, y, en respuesta de su contento, recibir piedras, tablones

claveteados con las puntas de los clavos al aire, papas rellenas con hojas de afeitar. . .

Ellas corrían por donde podían, pero casi nada pudieron correr, pues el Ministro del Interior había ordenado tapiar todas las calles con carabineros: extraño espectáculo de cascos, escudos, laques, gases nauseabundos y estampidos, consagrados furiosamente a impedir que huyeran simples mujeres presas de espanto.

Cayeron muchas en el deshonroso campo de batalla. Por lo menos de una se sabe que hasta hoy conserva la condecoración de una hemiplejia. Pero esa tarde también floreció un milagro: hubo cientos y cientos de mujeres que aprendieron a no temer; que libraron la lucha cuerpo a cuerpo con los pocos brigadistas que se atrevieron a bajar al llano; que se prometieron iniciar —el 1.º de diciembre— la pelea, y no se les vio jamás ausentes en lo más pavoroso de los enfrentamientos callejeros que, con el tiempo, se volverían entretenimiento diario. Mujeres que, mientras más expectativa de peligro había, se cuadraban con mayor entusiasmo, envueltas en un coraje nacido del furor.

En la epopeya de las ollas vacías cada una vivió su gesta: cada mujer tuvo su esquina, su calle, su calvario. En Lira, junto a la Universidad Calótica, una señora se vino al suelo definitivamente, asfixiada: yo recogí la bandera que soltó al caer. Otra se desmayó, resbalándose por el listón del cartel que apretaba entre las manos: también lo cargué conmigo.

Un extremista, en el fragor de la lucha, embistió a una mujer y, a sus pies, lanzó la bomba vomitiva. Ella lo agarró por las solapas y le gritó en el barullo:

—¡Esta la chupamos los dos, compañero!

Y la chuparon hasta las últimas consecuencias, mientras las uñas de ella se hacían añicos en la chaqueta del agresor.

Era una mezcla de pavor, malestar físico y desesperanza lo que llevábamos a cuestas desandando camino. Y cruzándonos con los últimos escuadrones de la marcha de las cacerolas: mujeres que se reían con la misma risa nuestra, de hacía una hora y media; que iban al martirio con la misma inocencia; que nos miraban mal, como a desertoras; que nos invitaban, con fervor, a repetirnos el plato... Porque no sabían que caminaban hacia la boca del lobo de la infamia.

El cacerolazo sirvió de vara para medir la calidad moral de ciertas personas. Oscar Waiss, director de *La Nación*, órgano oficial del Gobierno, escribió en *Clarín*, tras el seudónimo de Lord Callampa:

"De la más hedionda cloaca reaccionaria brotó este desfile de viejas escleróticas que chillaban histéricamente contra los "rotos". Iban acompañadas de sus niñas de mano, pues las cocineras se quedaron en la casa preparando el festín de la noche. Marcharon hacia el centro en sus Stations o sus Impalas, recogiendo a cuanta tonta suelta caminaba por el barrio alto, y con un criterio muy amplio, pues aceptaban hasta a las chinas..."

Así vio el señor Waiss la Marcha de las Cacerolas Vacías y, para describirla, empleó lo mejor de su estilo literario.

Pero las ollas —mal que le pese a Lord Callampa— habían inaugurado una modalidad guerrera de

factura chilena y renombre mundial. Joseph Novitski, periodista de *The New York Times*, escribió su impresión de Chile (agosto, 1972) al fragor de las cacerolas:

"El ruido empezó a las 22 horas. Durante cuatro noches oí el rítmico batir de miles de ollas vacías de aluminio, golpeadas por las amas de casa de Santiago. El barullo que, durante 15 minutos diarios, se mantiene en la ciudad, es una protesta anónima contra la situación económica generada después de casi dos años de economía marxista".

Y las ollas no acababan nunca de reclamar. En la marcha de su estreno en sociedad tuvieron múltiples usos: la cacerola-casco, para las lluvias de piedras; la cacerola-sombrero, para los rayos del sol, etc. Pero en los días y meses subsiguientes cumplieron un solo irritante cometido: la protesta.

Fue tal el caos generado el 1.° de diciembre que el Gobierno decretó de inmediato Estado de Emergencia. Pero como el redoble seguía, noche a noche, la Jefatura correspondiente, en su bando número cinco, debió recordar viejas ordenanzas: "Sobre ruidos molestos. Para asegurar la mayor normalidad en el orden interior. . ., se efectuará un estricto control sobre el cumplimiento de las disposiciones municipales vigentes sobre ruidos molestos. Se aplicarán las sanciones correspondientes a las infracciones".

Así fue como la modesta cacerola, arrancada a la paz de las cocinas, conoció la fama. Convertida en tambor de las huestes femeninas, se paseaba oronda por el territorio nacional, pese a las condenas que pendían sobre su machucada cabeza. Soñaba, quizás, con ganar un monumento a su memoria. (Y tal vez lo tenga un día.)

Mientras tanto, Luis Corvalán, secretario general

del Partido Comunista de Chile, hacía esfuerzos en Bogotá para mentirle al periódico *El Tiempo*, que lo entrevistaba sobre los diarios cacerolazos chilenos: "En Chile no hay ollas vacías y detrás de las marchas de protesta hay manos extrañas".

El Espectador, también colombiano, creyó en la palabra del diminuto jerarca chileno y editorializó, espantado: "Resulta inexplicable que una gran cantidad de mujeres chilenas, cuya fama de inteligentes y liberadas es lugar común, hubieran organizado un *peligroso movimiento* en medio de la capital chilena para protestar por ollas vacías cuando las tienen llenas".

Y no sólo las "mujeres inteligentes y liberadas" organizaban "peligrosos movimientos" caceroleros. En el concierto nocturno barrio por barrio, le cupo a un hombre —don Enrique Quirós— inaugurar el cacerolazo de Villa Olímpica. A los tres días de repique, dice el periodista que lo entrevistó, "se agitó la bilis del bando contrario y sus integrantes salieron a lanzar gritos".

Don Enrique, desde el decimotercer piso en que vivía, daba la señal de partida. Y a las diez de la noche en punto, las vecinas se ponían manos a la olla. Al terminar el concierto, don Enrique les deseaba las buenas noches.

Y don Enrique añadió: "La protesta de las ollas no es ni una décima parte del ruido que hicieron ayer los contrarios, que se reunieron, más de mil, a los pies de la torre (donde vive). No se puede compara el ruido de las ollas con los gritos e insultos de ellos, que hablan sólo inmundicias. Yo conozco sobre ruidos molestos, porque soy carabinero en retiro. . . Pero hay que rechazar el desabastecimiento".

Hasta que una emisora UP invitó a los fieles

allendistas a que, a la hora de las cacerolas, pusieran a todo volumen música concientizadora, que se transmitiría con la sincronización de rigor.

Pero si el Gobierno de la Unidad Popular seguía impertérrito su curso, bien podían continuarlo también las ollas.

Y a medida que arreciaban la inflación y la escasez, subía de tono el tronar del aluminio. Y los estudiantes, cuando pasaban haciendo añicos las calles, en su rebelión sin fronteras, levantaban la voz hacia los balcones y apelaban:

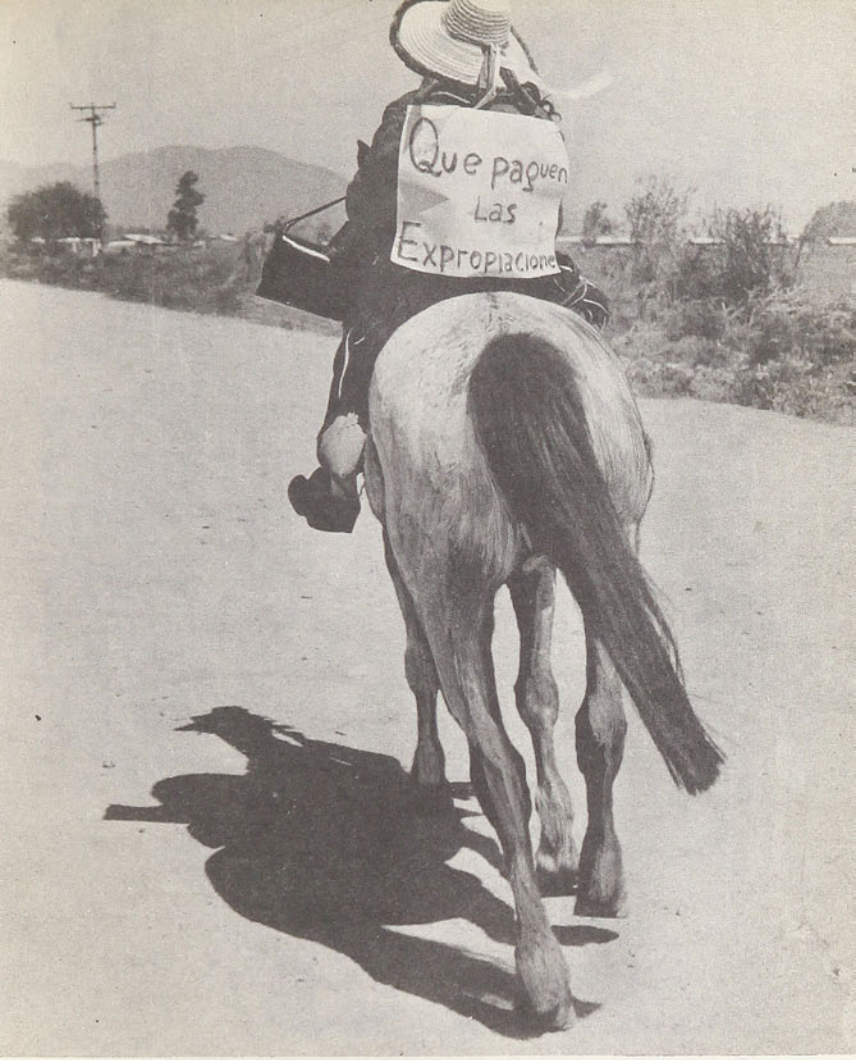
—¡Ahora, señora, saque la cacerola!

Un aplauso metálico multitudinario salía por los balcones. Era el mismo, irritante, ruido que acompañaría al Gobierno Popular durante toda su trayectoria, incluyendo el cementerio, cuando las ollas le rindieron un postrer homenaje, como de coronas de cardas y crisantemos.

A mediados del 72 el cacerolazo hacía su agosto en Rancagua. Decían los despachos del corresponsal: "El redoble de cacerolas se siguió escuchando anoche en varios barrios. . . Fue especialmente notable alrededor del Parque Koke, sector en el que habitan empleados particulares y familias de clase media. Durante una hora, las cacerolas atronaron el lugar, tanto en las casas mismas como en el interior del parque de árboles centenarios".

Luego en Los Andes: "Gigantesca manifestación de protesta, dirigida contra la política económica del Gobierno. . . Alrededor de las 20 horas empezaban a llegar las columnas hasta la Plaza, portando banderas chilenas y las clásicas cacerolas vacías, que los manifestantes hacían sonar estruendosamente".

Rancagua, otra vez: "Centenares de mujeres, especialmente señoras dueñas de casa, llegaron hasta



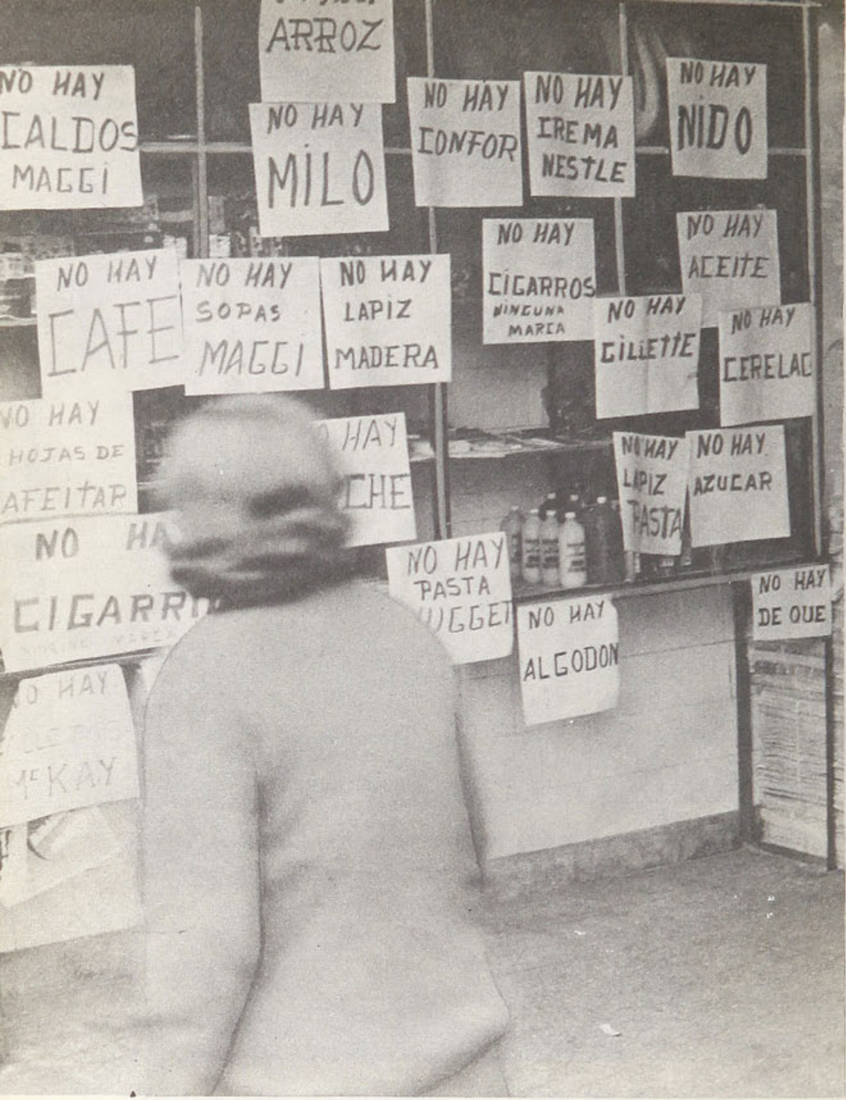
Víctima del despojo de su fundito, la señora Eliana Quezada sale a caballo desde San Fernando para llevar su protesta a Santiago.



En tres años de gobierno marxista no se consiguió resolver el problema del agua potable en las barriadas populares.



Interminables colas en todos los barrios de todas las ciudades y pueblos en busca de un pan, un tarrito de café o un remedio...



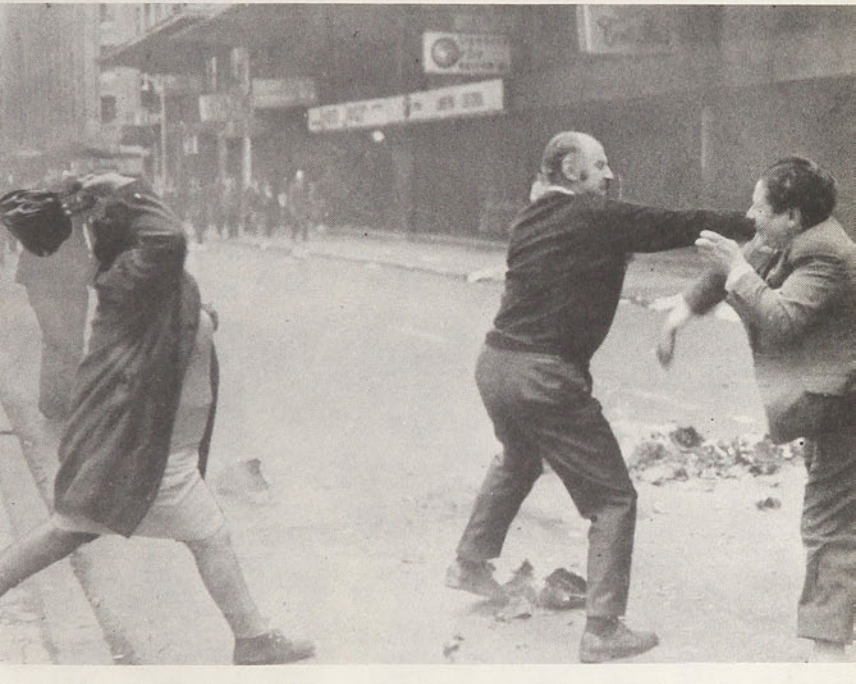
...porque todo faltaba, oculto en el mercado negro, excepto los letreros que adornaban profusamente almacenes y tiendas.



Eliana Vásquez de Rivera, pobladora, madre de diecisiete niños, protestando en la Avenida Grecia ante 800 mil manifestantes.



La esposa e hijos del asesinado trabajador Pedro Opazo en los funerales de su deudo, una de las incontables víctimas del odio fomentado.



Violencia en las calles, a veces por un pollo o un kilo de azúcar. En la foto: intercambio de bofetadas y un inminente carterazo.

Protestas a diario y a todo nivel. En la FESES, como en otros lugares, el sexo débil estaba en mayoría.





La Marcha de las Ollas Vacías, cuya noticia dio la vuelta al mundo, mostró la fuerza del espontáneo Poder Femenino.







Inútilmente los comunistas intentaron amedrentar a las mujeres en su estruendoso desfile...



...pero las ollas vacías siguieron adelante; y cada noche, a las 10 en punto, volvían a resonar en cada barrio.



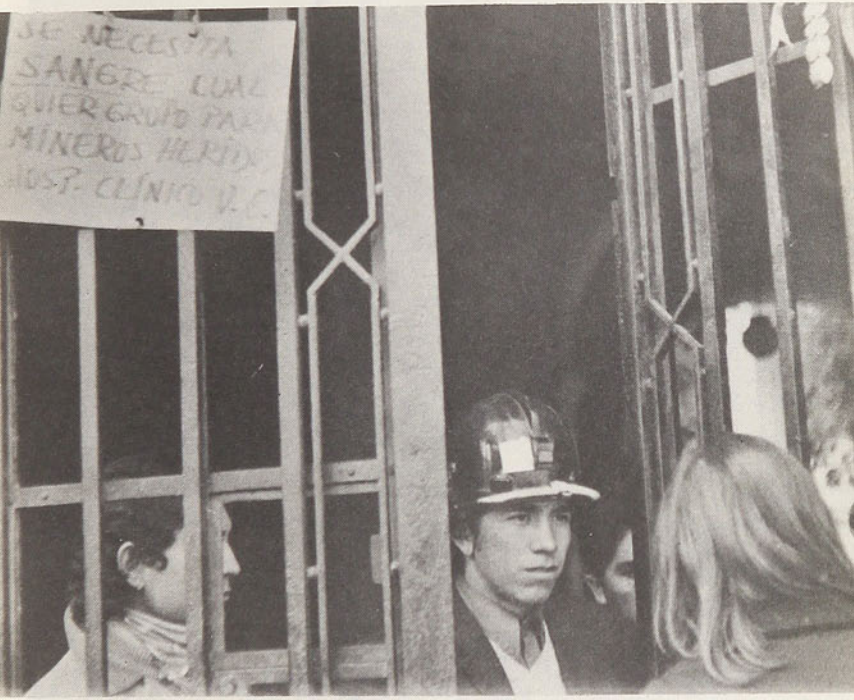
En la elección general de parlamentarios la democracia se jugó entera para derrotar al marxismo, votando hasta los inválidos.



Frente a La Moneda, las muchachas de liceos y colegios hicieron sus rondas de protestas contra la tentativa de marxistizar la educación.



Cuando los 9.000 mineros de El Teniente sostuvieron su heroica huelga, sus esposas e hijas se abrieron paso hasta la capital para apoyarlos.



En la Universidad Católica, refugio de los huelguistas, leíase este letrero: "SE NECESITA SANGRE, CUALQUIER GRUPO, PARA LOS MINEROS HERIDOS..."



Después de recorrer el largo trayecto desde San Fernando, la agricultora Eliana Quezada entra a los suburbios de Santiago aplaudida por el vecindario.

el sitio de la concentración desafiando el intenso frío que reinaba en la ciudad (agosto 29) y las amenazas anónimas de que habían sido objeto... La mayoría de las mujeres portaba cacerolas, ya que éstas se han convertido en símbolo del desabastecimiento y de la protesta contra la política económica del Gobierno... En la parte más alta del escenario una muchacha vestía una bandera chilena y lucía sus brazos atados con una cadena".

Arica: "Más de siete mil mujeres de todos los grupos sociales participaron en una imponente manifestación de protesta, haciendo sonar cacerolas y tarros".

Antofagasta: "Una protesta de cacerolas vacías con insospechada trascendencia, y que repercutió en todos los sectores de la ciudad, comenzó anoche en este puerto a partir de las 21 horas. Los habitantes del sector sur, con sus poblaciones Playa Blanca, Gran Vía, Edificio Curvo y Población de los Municipales, fueron los primeros en salir a ventanas, puertas y patios, iniciando el concierto...

"Los automovilistas saludaban al público haciendo sonar sus bocinas...

"Todo esto motivó un arduo trabajo a dos carabineros de punto, que (para sancionar ruidos molestos frente a la Intendencia) trataban de tomar nota de las patentes, en medio de grupos de jóvenes con tarros, cornetas y tapas de ollas que se habían lanzado a la calle. Este movimiento continuará durante algunos días, según señalaron anoche. Todos los días, a partir de las 21.30 horas..."

Luego hubo una contramanifestación izquierdista que dejó un saldo de nueve heridos: "El concierto había sido programado para diez minutos diarios, pe-

ro el entusiasmo del público logró mantenerlo por espacio de una hora, lo que desesperó a los grupos de choque de la Unidad Popular, que comenzaron a lanzar proyectiles a las viviendas donde aparecían sus moradores haciendo sonar elementos de cocina".

Hasta que le fueron a dar un concierto al propietario de Tomás Moro, y turbas del Partido Socialista debieron salir de sus poblaciones marginales y subir al Barrio Alto para "proteger" a Salvador Allende. Fue una bien intencionada defensa "popular" al agredido por el golpeteo nocturno de cacerolas. Desgraciadamente el defendido había cambiado de mansión —como solía hacerlo para despistar—, y las fuerzas del orden devolvieron a los manifestantes a su mísero lugar de origen, sin que vieran ni siquiera la sombra del Presidente.

Cuando los socialistas mataron al cabo Aroca, en Concepción (1972, septiembre 3), el diputado Gerardo Espinoza disculpó a su colectividad diciendo:

"En el trayecto esta columna (del PS) fue hostilizada con toda clase de provocaciones por elementos emboscados en las casas y edificios de departamentos, en los que se hacía ruidos de ollas vacías... Nuestra juventud, como es natural, detuvo su marcha y realizó actos de repudio"... (En uno de los cuales cayó Exequiel Aroca, cabo de Carabineros, con el cuello perforado por una bala de grueso calibre.)

En San Fernando (4 de septiembre, segundo aniversario de las elecciones presidenciales), dueñas de casa, centros de madres, asentamientos campesinos y centros juveniles, realizaron una multitudinaria manifestación al son de las ollas vacías. "No hay mal que dure cien años ni tonto que lo resiste", sentenció la oradora María Eugenia Morales. "¡Cazuela, asado, es

cosa del pasado!", bramaban las manifestantes, batiendo cacerolas. Y alternaban con un "¡La Izquierda unida, nos tiene sin comida!"

De todo lo cual resulta que, a la caída de Allende, no había ollas en Chile: las fábricas del ramo —estatizadas, tomadas, intervenidas— producían más bien piezas para artillería de arsenal guerrillero. . . Y las dueñas de las cacerolas se habían encargado de aportillarlas.

Estas mujeres chilenas que dieron la cara por su país, le entregaron también sus cacerolas.

ESE PAVOROSO PODER FEMENINO. . .

Fue cuando se callaron los diarios. Fue apenas Allende ganó por primera mayoría relativa, gracias a la primera cola de la esclavitud; la cola que hicieron los vendepatria para votar por él.

Nosotras, las mujeres, ocupábamos el resto del día —cuando no le dábamos vueltas a Portales, con la protesta muda e implorante y el aprendizaje de la no violencia, para tragar las groserías con que nos alfombraban el paso—, nosotras, las mujeres, ocupábamos el resto de los días en una resistencia sumergida.

Hubo de todo en esta inmersión casi pueril, pero no por ello menos patriótica. Se formaron grupos celulares clandestinos, con siglas indescifrables: de cinco en cinco; nadie podía conocer al resto de los integrantes de su organización. Sistemas piramidales, a la

usanza soviética o cubana. Cuadra por cuadra. Manzana por manzana. . . Hubo, sobre todo, sueños (a la patria la vendieron lo mismo).

Fue cuando se callaron los diarios. Entonces echamos mano del volante. Barato, sin pie de imprenta —a partir del 4 de septiembre nadie se atrevió a imprimir nada de nada— y dotado de un efecto sicológico lapidario.

En esta primera batalla de la guerra de los tres años —esta primera batalla que abarcó hasta la Marcha de las Cacerolas Vacías—, mujeres y muchachos trepábamos edificios y, desde arriba, caía la lluvia multicolor de los volantes. Reconfortantes para la oposición que nacía; escalofriantes para la Unidad Popular.

Subir piso tras piso, alternando ascensores y escaleras para sortear al propietario, al arrendatario, al guardián o al carabinero que descubriesen tamaña "violación" de la propiedad privada. Subir, con el credo en la boca y con la conciencia sucia: ese pánico infantil de sentirse en falta, esperando la reprimenda de quienes pudieran verse "comprometidos" sin consulta previa (justo cuando nadie quería llamar la atención por miedo a la represalia marxista). Así pasábamos las horas muchas mujeres, que no éramos capaces de mantenernos tranquilas detrás de un escritorio. Así jugábamos a una ingenua guerrilla subterránea.

Después, cuando el volante inundaba las calles de la ciudad —y las ensuciaba a conciencia—, era un alborozo indescriptible. A veces había que sincronizar: la lluvia de papelitos multicolores con el cañonazo de las doce del Santa Lucía. Y muchos transeúntes, por un segundo, se interrogaban si el fin de la democracia chilena era sólo una pesadilla que

habían soñado, en lo poco que durmieron durante la noche del 4 al 5 de septiembre. A veces uno mismo creía que Chile estaba de fiesta. . .

El volante no decayó nunca en importancia durante los tres años de Allende. Con volantes rosados, salmón y celestes, Patria y Libertad le pavimentó el camino a Fidel Castro, varios días antes de concretar él la desfachatez de su venida: "Señor Fidel Castro: por esto, lo otro y lo de más allá, Ud. no tiene nada que enseñarnos. Quédese en Cuba".

Volantes clamaron durante meses por la salvación de la Papelera. Los universitarios atiborraron el cielo y el suelo de volantes, advirtiendo su generosa decisión de no transar nunca con el marxismo. Y el último volante que levantó la moral del pueblo chileno fue una sentencia de muerte: "Allende frente a dos alternativas: RENUNCIA O SE SUICIDA. Es una orden de Chile".

Pero el más aterrador de todos los volantes cayó a fines de 1971. Protestaba contra este mundo y el otro y firmaba. . . PODER FEMENINO.

Si los simples ciudadanos sentimos intranquilidad frente al impreso cien veces pisoteado y, luego, recogido, huelga imaginar la reacción de las autoridades de Gobierno. Estaban en boga el Poder Popular, el Poder Joven (Silo), el Poder Negro (en Estados Unidos). Nadie negaba la peligrosidad de los tres. Pero se les había visto: tenían cabezas visibles, organización, estandartes, doctrina. En cambio, este Poder Femenino era un fantasma.

De un redoble de aluminios nació el Poder Femenino. Las ollas vacías del 1.° de diciembre y la estúpida represión subsiguiente descubieron a la mujer su

peligrosidad política. La convencieron de que cobijaba, dentro de su aparente fragilidad, una fuerza capaz de torcer los rumbos de la nación. Y, ni corta ni perezosa, se puso a torcérselos.

Sumada una mujer con otra y otra y otra... Eso fue el Poder Femenino. Y por eso no dejó de ser nunca un fantasma: porque cada mujer se transformó en caudal de poderío. Era el poder espiritual que desbarranca —por sorprendimiento — las fallidas armas del materialismo.

La cabeza del Poder Femenino no se vio nunca en público; pero existía. Es que no era una. Era, en medio del más refinado culto a la personalidad de los ambientes políticos, era... el detalle original.

Tampoco se le pudiera llamar gobierno u organismo colegiado. El Poder Femenino tenía 20 cabezas; y a veces tenía más y otras veces menos. Y hasta tal punto nadie ocupaba la presidencia que había turnos para presidir las reuniones: las mujeres —las que nunca se ponen de acuerdo— habían inventado el mando ideal.

Sesionaba la cabeza una vez por semana. Se llamaba Consejo Coordinador, pero muy pocos chilenos estaban en el secreto de sus veinte —más o menos— nombres. Sólo podría decirse del Poder Femenino que había inaugurado, para este Chile roto en mil pedazos, un milagro: alrededor de esa mesa, semana tras semana, se sentaron mujeres independientes, gremialistas, democratacristianas, nacionales, radicales democráticas y piristas. Es decir, allí —allí mismo— nació la Unidad de la oposición. Allí se gestó, con paciencia maternal, el logro, aparentemente imposible, de la Confederación Democrática.

No que las mujeres planificaran el entendimiento de los partidos políticos. No que ellas concretaran

ese lógico frente para golpear de muerte al marxismo; ese batallón libertario que no acababa nunca de nacer por la ceguera de tanta politiquería. El Poder Femenino, una vez más, "se insinuó", actuó "desde dentro". Disimuló su don de mando para evitar ofender a los más fuertes..., pero mandó, venciendo, como siempre, al corazón porfiado pero no invencible de los hombres.

Carlos Correa Iglesias, exiliado de Chuquicamata por el sectarismo en uso y miembro del Partido Nacional, escribía por entonces: "Hasta ahora sólo conozco el sueño de Chile... El dejar pasar, el dejar hacer, el hacerse a un lado... El no comprometerse más allá de lo necesario... El agachar la cabeza... Pero, en el fondo, presiento al hombre corajudo e indomable de mil tradiciones. Y en la mujer veo el valor de la estirpe. Ahí está el rugido. Cuando se escuche, hasta la tierra temblará".

Eran los tiempos del rugido silente. —Si aquí se hablara de credos religiosos, podría decirse que la libertad de Chile se acunaba en cada mujer con una oración callada—. Eran los tiempos del barbecho, el surco y la semilla. Después, en realidad tembló la tierra y se abrió paso la flor de la libertad chilena.

Mientras tanto, había que hacer el duro noviciado de intercambiar ideas muchas veces antagónicas, discutir en buena lid, escuchar a la vecina, colar conceptos, aceptarse mutuamente. En el caos que vivía Chile —por entre su politización patológica— sólo un heroico patriotismo de mujer logró la convivencia del Poder Femenino.

Cuando estas mujeres políticas y apolíticas —cuando estas democratacristianas y nacionales, principalmente— lograron dialogar y cocinar estrategias

comunes, entonces comenzaron su labor docente... Porque, para entonces, predicaban con el ejemplo.

Los más altos personeros de la política chilena —los cerebros de la oposición— desfilaron, invitados, por esa mesa. De a dos en general: uno de cada partido. Y allí recibieron las reprimendas más insólitas de sus vidas. Y allí se pusieron, muchas veces, a pelear. Y luego, bien sermoneados, supieron que las mujeres no tolerarían por más tiempo este infantilismo, jugándose como se jugaba con él la liberación o la esclavitud del país.

Los hombres más importantes dejaban esa mesa con un extraño tambaleo dentro de sus conciencias. el sexo fuerte, ¿para qué?; el machismo, ¿para qué?; los discursos, ¿para qué?; el fogueo en las lides parlamentarias, ¿para qué?... ¿Para qué, si unas cuantas majaderas mujeres les habían dado una lección de civismo? Y partían, con las manos bien aferradas al manubrio de sus autos, tratando de espantar el fantasma del sentido común.

Cuando yo me senté por primera vez en la mesa del Consejo Coordinador del Poder Femenino, me oí preguntar, a boca de jarro:

—¿Quieres formar parte de la "Comisión de Toma del Canal 7"?

Era vox populi que a la Televisión Nacional no entraba momio alguno; que se pedía y retenía el carnet de identidad en la garita del portero; que éste formaba parte del aparato de vigilancia de la UP; que la estación se hallaba férreamente amurallada por sus cuatro puntos cardinales...

Pero ellas, las mujeres, estaban hartas del sectarismo de la emisora y, sin más preámbulo, habían dispuesto ocuparla. Ni la antena del cerro San Cristóbal les parecía imposible de secuestrar.

El proyecto se hizo humo, como muchos, porque siempre la urgencia y la emergencia nos pisaban los talones. Pero el proyecto era bueno: digno de la candorosa irresponsabilidad con que niños y mujeres hacen las revoluciones; candor que les entrega, tarde o temprano, el triunfo.

Y así actuaba el Poder Femenino. Desde la mesa de las 20 cabezas fantasmales partían las consignas: correr tal rumor, emitir este comunicado, asaltar, boicotear, hacerle la vida imposible a. . .

Y las consignas volaban por el país, sin otro medio de comunicación que el "de boca en boca". Pero como entre mujeres, el gobierno fuerte es utopía, muchos poderes femeninos, en Santiago y en provincias, "se arrancaban con los tarros". Iniciativas increíbles hacían noticia de norte a sur: cosas de mujeres; "cosas" que le hicieron hacer agua al barco allendista entre agosto y septiembre de 1973.

Poderes femeninos multiplicados en su activismo fantasmagórico. Tantos como mujeres democráticas había. Un asedio intolerable, con cara de ángel y estratagemas demoníacas. . . Estas malditas mujeres que inventaban sin respiro novísimos sistemas para molestar. . . Era más de lo que Allende había presupuestado.

Sus correligionarios iban poniéndose neuróticos. Carlos Altamirano decía que los votos femeninos eran "de segunda clase": no se lo perdonaron jamás, y la Unidad Popular perdió otra elección.

Doña Carmen Lazo tuvo la peregrina idea de asegurar que las momias recibían sueldo por hacer cola; la Laurita Allende aventuró: "Sólo las mujeres ociosas pueden hacer cola para comprar". . . Ambas señoras, con diferencia de días, sufrieron agresión física por muchedumbres femeninas que, justamente,

hacían cola frente al monopolio indecente de una distribuidora estatal.

Hasta el general Carlos Prats sucumbió presa del pavor que infundía el Poder Femenino: tuvo un incidente grave con Alejandrina Cox, ciudadana que le sacó la lengua; y antes, como Ministro del Interior, debió vérselas frente a frente con la voz anónima del Consejo Coordinador.

Acababa de consumarse el fraude electoral de marzo del 73 —que muchos demócratas pusieron en duda o minimizaron—, y las cabezas del PF eran fieras desatadas. Decidieron redactar un manifiesto de prensa y radio, pues, según ellas, no quedaba esperanza ninguna para Chile. Y entonces, ¿por qué no llamar las cosas por su nombre? Entonces imaginaron lo siguiente —que una de las 20 voces leyó por Radio Agricultura con lirismo y desenfado—:

"¡Alerta, mujer chilena! ¡El Poder Femenino denuncia: CHILE YA NO ES UN PAIS EN LIBERTAD! A partir del cuatro de marzo HEMOS PERDIDO LA FE EN NUESTRA LEGALIDAD. La dictadura marxista manejó las elecciones a su antojo, tal como acostumbra en todos los países dominados por el comunismo internacional. CHILE NO TENDRA MAS ELECCIONES LIBRES. Mujer chilena: tú, que, como nadie, soportaste sacrificios y vejaciones a fin de votar por la democracia, convéncete: TE HAN ESTAFADO. El Poder Femenino te ordena prepararte para cualquier SITUACION DE EMERGENCIA que pueda producirse en las próximas horas. La legalidad ha sido sobrepasada. Nuestra confianza se acabó. ESTE ES UN LLAMADO A NUESTRAS BASES A LO LARGO DE TODO EL TERRITORIO NACIONAL. ¡¡Viva Chile!! Las mujeres asumiremos nuestra responsabilidad."

Quienes oyeron el mensaje se quedaron pasmados. Cosas así no se dicen en un supuesto estado de derecho... Era como una incitación a la guerra civil... Los más sesudos legalistas preguntaron indignados: ¿Qué significa este disparate?

El manifiesto murió luego de salir al aire sólo tres veces. Prats lo tomó tan en serio que amenazó clausurar inmediatamente Radio Sociedad Nacional de Agricultura si seguía con esos "llamados a la sedición". Las demás radioemisoras ni siquiera se atrevieron a darle acogida, pese a que nosotras, las mujeres, firmábamos el texto (cédula de identidad inclusive).

Este pavoroso Poder Femenino... fue también el ingenio de las mujeres para sostener a los que sufren más. En el paro de octubre (1972), en la huelga de los mineros (1973), en los campamentos de los transportistas (1973)..., Los Urbina 146 —sede secreta del poder fantasma— se transformó en la despensa. Ahí llegaban ropa y alimentos y detergentes, cuando en este país ya no había ni alimentos ni detergentes ni ropa. Desde ahí salían autos y camionetas (camiones no, porque se hallaban en vitalicia protesta de brazos caídos). Todos y todas hacían flete con sus vehículos para mantener vivos a los heroicos resistentes del gremialismo.

Desde ese granero, tiernamente avariciado por el pavoroso Poder Femenino, se llenaban, en parte, las ollas comunes y humeaban los porotos para los hombres de Chile que ya estaban dando, con creces, la cara de su hombría.

En esa misma sede sin rostro se acumularon diarios y revistas para la "Operación Papelera". El Po-

der Femenino recogía a domicilio la carne de la libertad de expresión y la acarreaba hasta su lugar de destino.

Allí, en Los Urbina 146 y en el reducto de cada mujer, se escribió un importante capítulo de la lucha de las madres chilenas contra la Escuela Nacional Unificada. Porque ciertas estuvieron ellas, en su infalible intuición, del fin a que llevaban las artimañas marxistas, por mucho maquillaje pluralista que se pusieran encima.

Allí fueron aserruchados varios centímetros del piso de Salvador Allende y de su hipócrita sistema. Y también allí se sabía, de antemano, que nuestra desesperada situación podía, a fuerza de coraje, volverse reversible.

"El Poder Femenino es ya un hecho indiscutible en nuestro país", afirmaba un aviso publicado en los diarios del 22 de marzo de 1972. Y amenazaba: "En defensa de nuestros derechos saldremos a la calle. . ., porque la mujer chilena no conoce el miedo". Como por arte de encantamiento se suprimió la marcha de las mujeres de la Papelera, autorizada para esos días.

Estas malditas mujeres. . . que sembraban histeria colectiva en las más altas cumbres del Gobierno. . . Además, eran impertinentes: "Frente al anuncio de las nuevas medidas económicas (Ministro Fernando Flores, racionamiento de facto, juntas de abastecimiento y precios, comités de vigilancia, etc.). . ., convencidas de que tales propósitos sólo buscan llevar al país a la dictadura marxista, declaramos que: no estamos dispuestas. . ., no aceptaremos. . ., nos negaremos. . . Conscientes de nuestra fuerza, demostrada en las urnas y en manifestaciones callejeras que arrastraron al Gobierno al triste papel de timorato verdugo

de mujeres, daremos una vez más al país ejemplo de entereza" (14-I-1973).

Y lo peor, con las benditas mujeres, lo peor es que no hay cómo liquidarlas: cuando al fin parecen amordazadas, se arrancan por el lirismo.. y hacen llorar a las mismas piedras.

Celebró este nunca bien vituperado Poder Femenino el primer aniversario de la Marcha de las Cacerolas Vacías. Allá se fue a meter al Caupolicán el choclón de pobladoras, junto con las señoras del Barrio Alto (menos mal, para que los periodistas del régimen pudieran desprestigiar su poco). Y llevaron las ollas que ya sólo servían para eso —para protestar —, porque para la cocina... ¡ni hablar!: eran piezas de un museo de abolladuras.

Fueron a rendirle homenaje a la Bandera (que, pese a los muchos esfuerzos de los allendistas por popularizar la hoz y el martillo, seguía siendo chilena). La izaron allí, al medio del Caupolicán, mientras una grabación de diana ponía los corazones en la onda de velorio indispensable. Y después, una voz —femenina, claro está— recitó:

"Manos de mujer bordaron el primer pabellón. Ingenio de mujer diseñó la bandera de la Patria Vieja. En un hogar de mujer desplegó aquella sus colores, al amanecer de la Independencia. (Hablaban de doña Javiera Carrera.) Esa mujer nos precede. Asumió el forcejeo tremendo de un Chile naciente. Nosotros vivimos su agonía. De un extremo al otro de la Historia hemos buscado igual cobijo: una bandera. Ayer por inventarla; hoy para desagraviarla".

Y la voz fantasmal del inasible Poder Femenino enumeró a sus antepasadas, cada una con su hazaña a cuestas: Inés de Suárez, Paula Jaraquemada, Isabel Riquelme, Manuela Rozas (la que se comió una

carta, con tal de no delatar), Cornelia Olivares, Luisa Recabarren, Fresia... Si faltaron muchas a la cita, fueron sólo sus nombres y apellidos los ausentes: allí estaban todas, mano a mano con las herederas del coraje de su especie. Y prosiguió la voz de la mujer chilena:

"Por eso estamos aquí... ¡Libertad! es el grito que taladra la Historia. Lo repetimos, exigimos, actualizamos, enfatizamos las mujeres de 1972. Pues lo gritaron, esgrimieron y legaron las mujeres de 1810. La mujer debió afrontar, con más de siglo y medio de distancia, este nuevo desafío. Y lo hizo... Por eso estamos aquí, convencidas —con una Historia y un año de experiencia— de que nuestras manos frágiles podrán sostener allá en lo alto y para siempre la bandera tricolor. Allá en las cumbres donde nadie pueda siquiera ensombrecer su prestancia. Muy arriba, donde jamás otro símbolo intente reemplazar su estrella solitaria".

Esta es la simple trayectoria del Poder Femenino a la chilena. Esta es la doméstica revelación de su misterio. Fue como un niño digno de la sangre que le corría por las venas: sangre de Arauco y España, sangre de criollas frente a la Independencia, sangre de cantineras... Mucha sangre, sí. Y ellas, las mujeres, estuvieron dispuestas a perderla.

LA PAPELERA. . . ¡NO!

Bastó que doña Ercilia Vega, presidenta del Comité Femenino de Familiares de los Trabajadores de la Papelera, anunciara:

"Marcharemos por la libertad de trabajo, que se ve amagada ante los intentos de estatizar todas las actividades productivas del país. . . Marcharemos en defensa de la libertad de prensa y de la libertad de expresión en general, así como de la libertad de divulgación de la cultura, que se realiza utilizando fundamentalmente el papel. . ."

Bastó que doña Ercilia dijera esto para que Allende y su novel Ministro del Interior, Hernán del Canto, se asustaran.

Lo que pretendió llamarse Marcha de la Libertad y deseó superar la de las ollas vacías, luciéndose por las calles el 24 de marzo de 1972, murió el

21. Las mujeres de la Papelera de Puente Alto, Biobío, Laja, Carena, Bocatoma, Santa Elena y Puntilla venían sesionando y conspirando desde varios días antes, ilusionadas en que la Constitución Política del Estado consagraba el derecho de reunión. . .

Pero eso era antes de que la Unidad Popular se riese a gritos de la Carta Fundamental.

Sin embargo, algo se sospecharon las mujeres. Y doña Ercilia Vega hizo una anotación al margen: estarían permitidas las ollas vacías en el desfile, para protestar por las *pérdidas aceleradas de las libertades en Chile*.

De nada sirvió que las papeleras tuvieran el apoyo del Frente Nacional de Dueñas de Casa (FRENDU), de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica (FEUC), de las mujeres sin membrete conocido y, esta vez, de los hombres democráticos del país. El poder que hacía y deshacía —simulando legalidad escrupulosa— estaba en La Moneda y en sus pasillos.

Hernán del Canto puso toda su diligencia al servicio de la supresión de la marcha. Explicó a la opinión pública, como pudo, que el permiso, ya otorgado, se cancelaba. Y punto. Que las esposas y familiares (femeninos) de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones no podrían desfilar.

Para dar a conocer su heroica decisión utilizó la voz del Subsecretario Daniel Vergara, cuya carencia de fervor humano nadie ponía en duda. Según Del Canto —vía Vergara— se proyectaba utilizar el acto para alterar el orden y hacer peligrar la tranquilidad pública y la seguridad de los habitantes de la ciudad...

El Ministro del Interior expresaba estas cosas luego de sesuda meditación: tales propósitos (alteración, intranquilidad, inseguridad) estaban —lógica-

mente— configurados en las proclamas que difundieran, en la prensa escrita y hablada, las mujeres de la Papelera:

"Mujer, la patria está en peligro. La patria amenazada te llama. Defiéndela. Defiende los sagrados derechos que los Padres de la Patria nos legaron al fundar esta República. Mujer, la patria te llama".

Sedición en marcha. El peligro femenino, como el peligro amarillo, puso nervioso a Del Canto, y lo llevó al paroxismo de asegurar:

"Aparece evidente que se pretende utilizar esta manifestación para repetir los desmanes acaecidos en el mes de diciembre del año pasado (ollas vacías), ocasión en la cual, aprovechándose también de la reunión femenina, se produjeron vandálicos actos de provocación al Gobierno".

Y Del Canto —vía Vergara— advirtió para el futuro: "Se autorizarán los actos, siempre que estén patrocinados o apoyados por personas o entidades responsables y no por anónimos 'Poderes Femeninos' "...

Pero las mujeres papeleras no le tenían miedo a Del Canto —aunque fuese vía Vergara—. Y le pasaron la bandera al Frente Nacional de Actividad Privada (FRENAP). Si los "poderes femeninos" causaban tantos estragos y no eran de confiar, este organismo de gente seria y decente tal vez le doblaría la mano al Ministro.

FRENAP citó a marchar el 28, con gran despliegue publicitario. Y le puso a la manifestación color de matriarcado: "LAS MUJERES NO ESTARAN SOLAS EN LA MARCHA DE LA PATRIA... Acompañemos todos a nuestras madres, esposas, hijas y hermanas, para hacer real nuestra solidaridad en su patriótico afán de preservar nuestras libertades y dere-

chos... ¡¡RINDAMOS UN HOMENAJE A LA MUJER CHILENA!!"

Del Canto pensó seguramente que la cosa iba de mal en peor: las mujeres habían logrado engendrar en los hombres un fervor nuevo; la Marcha de la Libertad se transformaba en Marcha de la Patria; esto ya no era causeo de dueñas de casa, sino clamor ciudadano; el panorama se le ponía color de hormiga a la UP.

El Intendente de Santiago, por entonces Jaime Concha Lois, le echó una manito al Ministro y apretó la marcha a cuatro cuadras, para que se viera menos (Plaza Italia-Parque Bustamente y media vuelta).

Los accionistas de la Papelera, capitaneados también por una mujer, rubricaron su adhesión: "Asistiremos al desfile, ya que nosotros defenderemos los mismos principios que el Comité de Mujeres Gremialistas de la Papelera... Las mujeres no le tememos al Gobierno de Vuskovic (Ministro de Economía); sólo lo miramos como es, desabastecedor y despojador de las libertades, entre ellas la de prensa, que siempre defenderemos".

Y, para despejar dudas de una vez por todas en esto del temer o no temer, una de las dirigentes espetó:

—¡Mi GAP es mi marido!

Poco a poco, todo Chile se iba poniendo de pie, se limpiaba la tierra de las rodillas, y empuñaba la bandera *del papel*. Porque sin ella —lo sabíamos— todo se iba, literalmente, "a las pailas".

Del Canto citó, urgente, a conferencia de prensa. Declaró enfáticamente que: *el Gobierno no le tiene*

miedo a las mujeres; que, por el contrario, las respeta y admira... Pero que... "actuará drásticamente si las mujeres salen a desfilar". Advirtió además que habría querellas surtidas para todas las personas que tengan responsabilidad en cierta campaña "que se ha venido realizando en los últimos días, en relación con una llamada Marcha de la Libertad que *un misterioso organismo femenino* ha estado organizando".

Así las cosas con Del Canto, el Presidente Allende rendía cuentas ante sus hermanos de la Logia Masónica Atenea 67 y, luego de confesarles —sin atenuantes— los desastres producidos por la gestión económica UP, explicó que él, en persona, había hecho suspender "la marcha de protesta organizada por cierta entidad femenina"... El Presidente de la República, en su mea culpa, expuso que el momento era crítico y que *cualquier incidente con las mujeres podría tener consecuencias imprevisibles* (por sedición, imperialismo, empresas transnacionales, etc.).

La oposición parlamentaria gritó a todos los vientos que la supresión de la marcha (versiones una y dos) era "inconstitucional" y configuraba una "transgresión al derecho de reunión". —Durante tres años Chile bebió con fervor expresiones como éstas, pero ellas caían en el canasto de basura del marxismo, quien ya era dueño y señor del territorio nacional—. Las mujeres papeleras, por su parte, advirtieron que insistirían posteriormente, en forma sucesiva, hasta vencer al Gobierno por cansancio.

Y así fue. Poco a poco, gracias a la testarudez de Allende y los suyos, la Marcha de la Libertad se transformó en Marcha de la Patria y ésta en Marcha de Chile por su Democracia. Lo que pudo haber sido un tranquilo despliegue de mujeres, fue tomando cuerpo en el alma de la ciudadanía entera; y

tuvo paternidad en los partidos políticos; y su talla fue desmesurada: las mujeres papeleras habían logrado mover la belicosidad de un pueblo entero.

El 12 de abril la romería de la ciudad llenó a torrentes la Avenida Grecia: hasta allá confinó a la oposición el nuevo Intendente, Alfredo Joignant, para que no desmereciera el paisaje (ese día se iniciaban las sesiones de la UNCTAD III).

No por ello el bosque de antorchas impactó menos a los periodistas venidos a Santiago desde los cinco continentes. Era una rebelión indesmentible. La bandera del papel, pasando de mano en mano, había sido entregada por la mujer (marzo 24) al FRENAP (marzo 28) y por fin a los cuatro partidos políticos que, por entonces, constituían la oposición (abril 12).

Era el momento de gritar: "¿Y qué fue, y qué fue? ¡Aquí estamos otra vez!" Con cuánta franqueza en su sarcasmo podían decirlo las mujeres. Ellas que, a voz en cuello, vociferaban: "¡Las banderas del desfile no son rojas, son de Chile!"

Relegados casi a los extramuros de la capital, los demócratas defendían con brillo su fe. "¡Chile es y será un país en libertad!", rubricaba la turba. Y luego... "¡Plebiscito! ¡Plebiscito! ¡Plebiscito!", exigía.

El Comité Coordinador del Poder Femenino había llamado a sus "bases" a través de la prensa: "Mujer chilena: aún es tiempo de salvar a tu Patria. ¡Todas unidas hoy a la Marcha de Chile por su Democracia!"

El Movimiento de Trabajadores Libres Gremialistas de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones advirtió en su proclama: "Por sobre todo queremos devolver la inspiración de esta marcha, que

promete hacer historia en nuestro país, a quien aparece como el símbolo más señero en la lucha que hoy nos moviliza: la mujer chilena. Ella es quien nos ha marcado el camino y nos ha abierto la esperanza de la victoria... El homenaje y la gratitud hacia ella será, pues, el sentimiento que estará en lo más profundo del corazón de todos los que mañana Marcharemos por Chile".

En esta apoteosis democrática, que cacheteaba las ilusiones dictatoriales de Allende, hubo unas 800 mil personas. Hubo quienes sólo contaban con las banderas chilenas que el FRENAP hizo imprimir en los diarios. Hubo en esa modestia un orgullo de patria por recuperar. Y Salvador Allende Gossens cosechó la pifia más larga de su vida: *un minuto de silbatina*, cuando Patricio Aylwin, Presidente del Senado, pronunció su nombre.

Y esa noche, tachonada de hachones agresivos, una mujer tuvo la última palabra:

—Yo soy Eliana Vásquez. Vivo en Barrancas. Tuve 17 hijos, algunos de los cuales son muertos... Yo vengo a hablar a nombre de las mujeres chilenas. Estamos aquí ante el llamado que la Patria nos hace.

"Hemos venido, como siempre, a cumplir con la tarea de hoy, tal como cumplimos la tarea de cada uno de los días.

"La de hoy es defender el destino de Chile. Defender el futuro de nuestros hijos. Defender la Libertad, defender la Democracia.

"Aquí estamos todo un pueblo: cientos y miles de chilenos, hombres y mujeres, empleados y obreros, dueñas de casa, juventud y campesinos.

"Un pueblo unido por encima de intereses y par-

tidos políticos, y bajo una sola bandera: la bandera de la Patria. . .

"Hace meses atrás, las mujeres demostramos que sabíamos defender la tranquilidad de nuestros hogares y la seguridad de nuestros maridos e hijos. . .

"Los grupos marxistas y el odio sembrado en Chile por el comunismo hizo que fuéramos brutalmente vejadas y golpeadas. Nuestro ejemplo y nuestro sacrificio no fueron en vano. . .

"Hoy, las mujeres no estamos solas. Están con nosotros nuestros maridos, nuestros hermanos y nuestros hijos. Están y estarán junto a nosotros para defender a Chile. . .

Eliana Vásquez, la madre de 17 hijos, la pobladora de Las Barrancas, dijo algo sumamente simple: dijo la verdad.

Y la rebelión de las papeleras —su orden de lucha pasada de mano en mano hasta llegar al pueblo todo— constituyó uno de los trozos más elocuentes de la Historia de Chile. Cuando ésta de los tres años negros se escriba, se escribirá sobre papel.

Caían los bancos en poder de la UP. Las industrias eran estatizadas con resquicios legales. Las fábricas tomadas y convertidas en campamentos guerrilleros. Las tierras arrasadas. Los chilenos perdían vertiginosamente todos sus derechos. . .

Pero ni el comunismo internacional —con ese aparato tan bien montado que conocemos ahora que nos desprestigia a nivel mundial—, ni él se la pudo con la Papelera.

Los accionistas NO vendieron. Los estudiantes

DESFILARON, LUCHARON, CAYERON HERIDOS, FUERON PRESOS, en aras del papel libre, que era nuestra preciada libertad de información. Los diarios arriesgaron el todo por el todo. Y las mujeres, con sus maridos papeleros, estuvieron a la altura del desafío.

Y muy pronto Chile, de norte a sur, fue un solo alarido:

"LA PAPELERA. . . ¡¡NO!!"

LA INCREIBLE CABALGATA DE DOÑA ELIANA QUEZADA

Vestida de rojo entero y con una cinta verde flotándole al viento que le mece la chupalla, cabalga en demanda de Santiago, a la grupa de su yegua, Eliana Quezada Moreno.

Agricultora expropiada (44 años, 5 hijos). Ex mesonera en una fuente de soda (guarda orgullosa su libreta de empleada doméstica). Hermana de Raúl Quezada (8 hijos), el que mataron a palos, puñetazos, patadas y pedradas, a golpes de azadón y hechona (porque sí, porque al Movimiento Campesino Revolucionario le bajó rabia la noche del 14 de enero, allá en "La Rinconada").

Ocho meses más tarde (27 de septiembre del 72) montó doña Eliana su yegua "Punta del Este" y se arrancó al amanecer de Teno. Cuatro días después

desmontaba en La Moneda, desafiando a Salvador Allende: su bitácora sumaba suficientes atropellos como para merecer una audiencia presidencial. En caso negativo: huelga de hambre... a cargo de la jinete y su cabalgadura.

"Punta del Este" partió a dormir al Club Hípico y doña Eliana, luego de hablar a las masas, fue paseada en andas por el centro de Santiago.

En un país enfermo de vergüenza ajena, Eliana Quezada impactó con su protesta impúdica y, al tranco de 5 kilómetros por hora, los pueblos la llenaron de flores; las calles se embanderaron; las mujeres la arengaron: "¡Eliana Quezada, ganaste la parada!"

¿Su historia? Como muchas: en 1968, administración Frei, compró una tierra (1.072 hectáreas; 40 por ciento, cerro). "La Rinconada" de Teno era la cima de sus sueños, el fruto de cuanto ella y su marido sembraron y creyeron. Dos días duró la ilusión: al 11 de junio del 68 propietarios; al 13, expropiados...

En septiembre (1971) Eliana Quezada protestaba por primera vez: paseándose en traje de baño delante del Palacio de los Presidentes de Chile; ninguno de los dos últimos le había pagado un cinco por "La Rinconada".

Se la llevaron presa mientras Daniel Vergara, Subsecretario del Interior, mentía: "Estamos averiguando. Deseamos saber si la señora del traje de baño efectivamente ha sido despojada de su reserva, a la que tiene pleno derecho. En este sentido, el Gobierno tiene una política irreductible. La reserva es algo inviolable". Etcétera.

En Teno, ya el Movimiento Campesino Revolucionario, filial del MIR ("los jóvenes idealistas" de Allende), había hecho su agosto apropiándose de

las 80 hectáreas a que doña Eliana Quezada tenía "pleno derecho". Y no iban a soltar las 80 hectáreas

El administrador de la reserva "inviolable", Raúl Quezada, se fue a su casa con mujer y ocho hijos, falto de trabajo agrícola. Hasta que lo vinieron a rematar en su propia casa, cuatro meses más tarde. Así saldaban la deuda que el Gobierno Popular había contraído con "la señora del traje de baño". Pues ella tuvo la desvergüenza de manifestar con hechos lo que decía en palabras a la prensa: "Así estamos los agricultores gracias a los políticos: PILUCHOS".

Doña Eliana Quezada no se deshizo en lágrimas, ni mucho menos. Absolutamente entera puso proa nuevamente a 200 kilómetros de ruta, por ver si la justicia existía. Porque las cuentas con la CORA seguían pendientes.

"Luego de cabalgar 35 kilómetros —contaba— y antes de llegar a Chimbarongo, me perdí en un camino interior. Afortunadamente unos gentiles jóvenes me ofrecieron en forma espontánea alojamiento en casa de su padre, que era José Lizana, cuidador de una parcela. Seguí al día siguiente viaje hacia Tinguiririca. En este lugar tuve varios contratiempos e incluso al pasar el puente la yegua se asustó, debido a que no estaba acostumbrada a cabalgar en caminos públicos. Luego de solucionar esta impasse, seguí hasta San Fernando".

Pasando por Pelequén le tiraron una camioneta roja encima. Sujetó su cabalgadura e invitó a los atacantes a bajar, "si es que son hombres". Ellos huyeron.

Al llegar a Nos resumió su reciente itinerario: "Anoche alojé en Paine, en casa de una señora que no conocía. Ella me ofreció su hogar, tal como en

días anteriores lo hicieron personas de Rosario. Fue mucha la gente que me llamó para darme alimento en el camino y demostrarme su solidaridad".

Cuando ya apuntaba el San Cristóbal, visto desde la Panamericana Sur, Eliana Quezada Moreno pasaba bajo lluvias de flores y papel picado, que desde ventanas y puentes caían.

Pobladores de San Miguel y Ochagavía salieron a vitorearla. Dos obreros destaparon, sobre el asfalto mismo, una botella de champaña en su honor. Y una mujer se paseaba, enarbolando un paraguas, en el que se leía: "Bienvenida valiente Eliana y su fiel yegüita".

Así entró Eliana Quezada Moreno a Santiago, en triunfo por la calle Dieciocho. Si Salvador Allende le hizo justicia. . . nunca más se supo.

LAS POBLADORAS

"Cuando todo va mal, falta que te patee un burro", filosofó doña Laura Riveros, secretaria de la Unión Comunal de Centros de Madres de Las Condes, sin perder su sorprendente buen humor.

Corría el mes de diciembre de 1972 y las pobladoras estaban hasta la coronilla con Allende. Ya ni siquiera quedaba pan decente: les había bajado por amasar con afrechillo para disimular la escasez de harina.

"Menos mal que no hay mantequilla —ahondó la señora Laura—, porque, si hubiera, se echaría a perder con lo malo del pan"...

La hilaridad cundió. Las socias del Centro "Tencha Bussi" comenzaron su ingestión de té puro en parca camaradería.

Pero había nostalgia... El tecito, antes, con sus entonadores "sanguches" (hasta de ave), con su tomatito, su ajicito verde... en hallulla —o en pan amasado más al campo—; su tortita de vez en cuando, para rifar y recaudar fondos... Otros tiempos.

A este pueblo hay que matarlo por el estómago. Allende y sus teóricos de la revolución lo sabían perfectamente: de ahí las Juntas de Abastecimiento y Precios, la canasta familiar (con su deliciosa ironía), la tarjeta de racionamiento, las colas mañana, tarde y noche, los acaparamientos, el mercado negro.

A la mujer que, con su visión realista y práctica de la vida, echaba por tierra cualquiera divagación marxista, a ésa había que liquidarla de urgencia, asfixiándole sus ilusiones gastronómicas y, por ende, su alegría de vivir.

La dictadura por el estómago también alcanzaba a los Centros de Madres, célula matriarcal intransigente y activísima dentro de la vida comunitaria.

Era cuestión de apretar un poco más la garra por aquí, pegar otros zarpazos por allá y acabar con ese comadreo semanal que mantenía en alto el pabellón del individualismo ciudadano, a nivel de poblaciones obreras. A nivel proletariado, reducto indispensable de esclavizar para cualquier paraíso socialista que se precie.

Las mujeres seguían reuniéndose —pese a la falta de "once"—, y, carentes de trabajo y materiales, ociosas como estaban a la fuerza, perfeccionaban el pelambre. (O la Unidad Popular logra politizar esos Centros de Madres, mediante melosas activistas infiltradas, o los Centros de Madres echan abajo al

Gobierno, dedujo más de un "hombre nuevo" inteligente.)

Ellas se reunían para conjugar, juntas, el verbo de moda: NO HAY. Y para juntar rabia, como resultado de la conjugación:

—El Centro no trabaja prácticamente nada, porque no hay materiales ni hay profesoras. O sea, las profesoras, que, cuando empezó este Gobierno, eran, lo que se dice, ad honorem, ahora cobran. Y, ¿de dónde va a sacar uno plata para pagarlas?

El reclamo número uno viene de una pobladora de Salvador Cruz Gana (Ñuñoa). Sigue otra, con el segundo pie de la cueca:

—Un kilo de lana nos vendieron por ahí por mayo. Desde entonces dejamos de ir al COCEMA, porque no había ni lana, ni crea, ni géneros; menos hilo... ¡Qué va a haber hilo! Cola sí; cola desde las seis de la mañana. Si ese COCEMA está muy malo, oiga...

Una tercera ciudadana profundiza el pensamiento de su predecesora:

—Allá en COCEMA le toman mucho ambiente a la política, sí pue. Con compañerismo, claro. Si usted va a pedir algún favor, tiene que ir al tiro con lo de "compañero". Si no les dice "compañero", la miran en menos... Pero nosotras seremos pobres, pero somos decentes. Y aquí no hemos bajado nunca el moño...

Es decir, dos años de prédica y no asimilaron lo que se llama NADA. Siguen tan unipersonales, tan chúcaras como en los tiempos del mejor imperialismo capitalista.

Lo que más las irrita —aunque también divierte— son las colas. Las 24 horas en la vida de una dueña de casa se viven, ahora, en fila india; salvo

cuando se rompe la disciplina y ruge la ira: mechoneos, imprecaciones, infartos, asfixias y hasta tiros suma el saldo de las colas. Y cada señora incuba su filosofía:

—Lo peor es llegar a la meta y no encontrar nada. ¡Eso sí que es triste!

—Vamos a estar mejor entrenadas que los atletas para los Panamericanos del 75. . .

—El otro día dos señoras se agarraron del pelo y se mechonearon por harina cruda. . . Esto es lo peor, pues, señora: los disgustos entre gente conocida, de tantos años que una tiene amistad, y que se enoja porque una no les avisa que llegaron las papas. ¡Cómo va a andar una por la población gritando: hay papas, hay papas, hay papas!

—Yo, donde veo una cola, me pongo. ¿Dónde sabe si me venden algo? Siempre le pregunto a la señora que va adelante: "¿Para qué es la cola?" Y ella siempre me contesta: "No sé". Y las dos seguimos en fila. . .

Así nació la cola "por siaca".

El sistema indudablemente científico de la cola, para lograr exasperación y luego alienación en el alma popular, no consiguió doblegar a la mujer chilena ni torció su brazo en lo que a vender la libertad concernía. No la vendió ni por un plato de lentejas ni por un puesto en la cola. Pese a las humillaciones:

—Fíjese que había que entrar al almacén manos arriba, como los delincuentes, porque la cola del aceite estaba afuera y así, manos arriba, los vendedores sabían que una no llevaba envase.

Una verdadera psicosis sufría la mujer chilena, de cualquier condición: era incapaz de transmitir en otra onda. Sus penas y alegrías, sus fracasos y triun-

fos estaban condicionados al peor o mejor resultado de la cola.

Bastaba pararse en la Vega: entrada gratis a la batalla campal de la cola de la carne. Vociferaba una opositora, puño en alto:

—¡Por culpa de ustedes, cabezas duras, cabezas de piedra! ¡Mire cómo estamos por culpa de ustedes!

El infiltrado UP optaba por retirarse, mascullando extrañas teorías sobre acaparamientos del momiaje y otros.

En la cola además se ventilaba todo tipo de confidencias. Desde una tierna:

—Yo tengo una gallinita ponedora y la cuido como a hueso santo. . . ; mire que con los huevos que no hay. . ., ¡y tan blancos que están cuando vienen!

Hasta una premonitoria:

—¡Ni muertos! Mire que cuando vendían el chancho chino ése. . ., que después resultó ser uno de los animales de la selva. . . Yo a mis perros los manijo amarrados, por si acaso. . .

Así pasaban las lentas horas de los días y las noches —especialmente las noches frías, a la lumbre de una fogata—; los días y las noches de las chilenas, durante los tres años de la Unidad Popular.

A nivel de conventillo —forado abierto en el corazón respetable de la ciudad y tan antiguo y tan destartalado como ella—, las cosas sucedían lo mismo. Allá en el de la calle Gay hubo una señora Julia muy parada en el hilo:

—Sí pue, sí pue. Nosotra' estamo' limpiando la' cola' de comunista'. Hacimo' hasta 12 hora' de cola,

pero lo' cabro de la derecha cuidan. Y nosotra', como gallina' culeca'. . .

Interviene la vecina que barre la vereda con indignación:

—Lo que es yo. . . , ¡ah!, YO NO VENDO MI CONCIENCIA. Claro que aquí me tienen fichada por momia y los domingos, cuando vienen los comunistas a predicar, me dicen "compañera" (para el puro cateo será). Yo les digo al tiro: "Na que ver con ustedes".

Otra dueña de casa deja la ropa a medio lavar, en el pilón colectivo del conventillo. —Los hombres en zapatillas y camiseta atisban, sospechando que las "viejas" están locas cuando van pensando tan en voz alta sus pensamientos—. La señora que lavaba su ropa grita con destemplanza, para que le oigan bien:

—¡Vayan a mi casa, pué! Vayan a ver lo que acaparan la' momia'. Verán lo' cuatro' cabro' que me dejó mi marío y, cuando lo' haigan visto, le' saco la mugre. . . ¿Andan buscando momio'? ¿Ah? Aquí tienen, pué, el fundo.

La miseria del conventillo "era" la más insoportable. Sin embargo, la Unidad Popular se las ingenió para movilizar proletarios, alentando asaltos de terrenos, y creó un sistema de vivienda que, en crueldad, capaz supere al conventillo: los campamentos.

Había el Fidel-Ernesto, el Luciano Cruz, el Nueva La Habana, el Elmo Catalán, el Asalto al Cuartel Moncada, el Salvador Allende. . . Toda la fauna estaba representada.

Los campamentos eran lodazales en invierno y volanderos terrales en verano (el otoño y la primavera no los conocían, pues árboles no tenían para cambiar las hojas). En todo caso, por muy instalados que

allí estuviesen los proletarios adictos, El Compañero tampoco las tenía todas consigo.

—Buenas tardes, señora —dice la reportera, que, por esta vez, se hace la visitadora social—. ¿Es éste el Angela Davis?

—No, señorita, es el Unidos Venceremos. Los otros se cambiaron más adentro.

Hace un calor incomparable. Y el paisaje sólo semeja un Sahara convertido en basural.

—¿Y las casas que pedían ellos, los del Unidos Venceremos, en la pelotera que armaron en el centro. . . ? —Bajaron hasta el mismo centro de Santiago a reclamar por las mediaguas que les prometiera el Ministro Matte Valdés. Hasta que los sacaron a empellones y bombazos, con un poblador herido. Ellos no entendían nada. . . Ellos creían que el Gobierno era el del Pueblo.

—¿Las casas? Si nosotros también fuimos a pedirlas. Pero aquí nos ve a todos: no ha llegado ni una mejorita.

Cajas de cartón que contenían plátanos importados ahora embalan pobladores chilenos. Quiltros escuálidos lamen los pocos tarros que van quedando, por si tuvieran gusto a recuerdo de algo. Trabajadores de Chile duermen siesta en carpas triangulares y unipersonales, como los pieles rojas. Banderas de hoz y martillo cantan el triunfo de vivir bajo plástico y papel de diario.

—Hace noches que no tenimos luz, por el choque ese que hubo en la esquina —continúa la señora del Unidos Venceremos—. La corriente cada uno la saca del poste como puede, porque aquí, eso sí, vivimos, lo que se dice, colgados. . . El otro día le dije a la comadre: "Oiga, si parece que nos estuviéramos

incendiando. . ." Y así era en efecto. ¡Viera cómo quedaron los cables!

La señora no se ríe, porque los aprendices marxistas son pésimos para el buen humor. Ella no es como las otras mujeres de Chile que, de todas maneras, les sacan un chiste a sus pellejerías. Cuenta que vende jureles. Las moscas de los jureles se juntan con las moscas de las letrinas.

Las vecinas siguen curvadas sobre bateas campestres: quintales de ropa por lavar esperan sus lavazas (cuando hay jabón, que casi no hay nunca), y el acarreo del agua, cosa que toma kilómetros. Si la revolución pasó por aquí, pasó sin dejar vestigios.

Mientras tanto Salvador Allende Gossens, Presidente de la República de Chile, continuaba su gira por las provincias del Sur y, en Concepción, daba clases de cocina a las mujeres de la Unidad Popular:

—En este país hay un tipo especial de conejo, cuya carne es sabrosísima y que acá se come muy poco. La liebre es muy buena y también podría cultivarse. Es un plato de lujo. En Francia la preparan muy bien. Los franceses y los chinos son los que las cocinan mejor. Una liebre mal preparada. . ., ¡es decir!. . ., uno no entra al comedor ni aunque lo lleven preso.

Y mientras Salvador Allende quería compenetrar a las mujeres marxistas de las delicias culinarias francesas, en Temuco pacíficas dueñas de casa —trescientas— asaltaban una bodega de la Distribuidora Nacional. Simplemente porque allí los burócratas del rubro alimenticio acaparaban 10.000 kilos de azúcar. . . "Las mujeres arrasaron con las bolsas de cinco y cuarenta kilos, después de destrozar las cortinas me-

tálicas con grandes tablones", dijo la prensa. Más allá del refinamiento —¡qué liebres ni qué ocho cuartos!— ellas y su gente andaban HAMBREADOS.

Para la mujer, dos más dos son cuatro (aunque no sepa sumar). Y, de un tiempo a esta parte, se venía dando cuenta de que algo raro pasaba en la cola: los activistas de la Unidad Popular la revolvían allí para crear desconsuelo.

Y ellas... "No toqué ni un ave", era el clamor matriarcal.

Lo mismo para la movilización:

—¡Póngase a la cola, pue, señora! Una lleva una hora esperando y ella, mírenla, llega y se sube... ¿Es razón, digo yo?

Así "se compraba los boletos" el Gobierno, enrabiando a las mujeres en todos los frentes. De preferencia, el alimenticio:

—Tenimo' JAP aquí, pero le' venden a lo' puro' que son allendista'. El otro día jui a hacer una cola aquí en Blanco y no alcancé a tocar carne, por razón que la cola estaba muy sumamente larga.

—La niña está enferma de pura mala alimentación. Yo me veo tan confundida, oiga... Si los niños andan con hambre... ¡Viera con la voracidad que comen lo que una puede darles!

—Que diga el Gobierno: los huevos están salvando al pobre... Y ahora nos quita los huevos.

—Nos dieron charlas de nutrición... y nos mostraron las "tablas de calorías indispensables"... Si parece una burla, ¿no?

Luego faltó con qué medicinarse:

—Una no saca na con estar asegurá. Le sacan el puro seguro no ma. No hay ningún remedio: aquí

en la posta le dan la receta y la mandan a la botica..., como si una tuviera plata...

—Yo soy viuda y comprometida a vivir por segundas nupcias, así que estoy esperando otra guagüita. Mi marido es el típico maestro chasquilla. Y él está con "úrsulas" —El se retuerce de dolor de estómago en una banca de la sala de espera—. ¿Y qué vamo' a hacerle, pue, si aónde vamo' a comprar remedio', cuando vivimo' en el Ho Chi-Minh y apena' tenimo' pa' parar la olla? Y por último, si no hay esa custión que le dijo el doctore que tomara, pue.

Además, estaba el desabastecimiento de libertad:

—La gente aguanta su descontento, por temor a las represalias. Si una persona manifiesta abiertamente lo que piensa, le apedrean la casa..., o tantas maneras que tienen "ellos" de provocar.

—El Gobierno va a controlar, a mí por lo menos me da la idea, que va a controlar hasta la gente que entre al Centro de Madres.

—Es tanta la politiquería que hay en la Unión de Centros de Madres de Ñuñoa que una no puede ni decir sus ideas, porque le tapan la boca. Aunque una tenga ganas de decirle' las custiones...

—Yo ya ni duermo. Una no sabe si su marido y sus hijos van a llegar, con esas tremendas peloteras que hay...

Testimonios..., testimonios..., testimonios... Algunos identificados. Otros que callaban su identidad, de puro susto. Pero todos fueron dados por mujeres y reporteados. Con sinceridad. Con la cruda veracidad de los tiempos que corrían.

Pero hubo sectores marginales que sufrieron un desabastecimiento aun más catastrófico: el "no hay

cola". En la Población Isabel Riquelme número dos, abandonada como un estropajo junto a la cloaca de Santiago (el Zanjón de la Aguada), sobrevivían —nadie sabe cómo— unas 500 familias, que, allá por la campaña parlamentaria del 73, no tenían ni plata, ni supermercados, ni mercaderías para darse el lujo de hacer cola.

En este suburbio que soporta la fetidez diurna y nocturna de las aguas servidas —cuyos niños suelen morir ahogados entre las inmundicias que vomita la gran ciudad— todavía le quedaba entusiasmo a la gente para hacer política.

Doña Mónica Céspedes era la campeona de la oposición. Su mejora "de emergencia" durante Frei y de permanencia durante Allende ya no resistía más inviernos ni más veranos: era un hacinamiento de tablas y hoyos sin objeto alguno.

Sin embargo, doña Mónica tapizó el tugurio con afiches y fotos de candidatos que jamás había visto, a quienes nada debía y que, por último, nunca llegarían por esos barrios ni arreglarían su irremediable existencia. Se pavoneaba ella diciendo:

—Yo quería cambiar mi casa pa San Juaquín, pa que too lo' auto' vieran la propaganda. Pero... ¿y la madera y la fonola?... Por eso no ma no la cambié, no porque le tenga miedo a esto' upeliento'. Ello', mirando la fotografía del cartel, me preguntan: "¿Quién es este caballero?" Y yo le' digo: "Es amigo mío"...

Interrumpe un golpe a la puerta. Es la vecina. Doña Mónica, digna y generosa como es en la vida real, siente mucho negarse.

—Eso era ante', que una podía emprestare pan duro. Si ahora no hay ni fresco..., ¡qué va a habere añejo, pue! Por eso yo pienso que a este señor Presi-

dente de La Moneda lo que meno' le interesa es la gente pobre y meno' se va a ocupare de nosotro'. Pa mí que no hay ninguna posibilidade de salir aelante, porque, si no se construye, ¿aónde no' va a llevare?

La pobladora de la Isabel Riquelme número dos, de emergencia permanente, habla por todos sus colegas de infortunio. Ellos, en lo más ardoroso del verano y de la podredumbre del Zanjón, ellos sí que son "los pobres de la ciudad". Con este título de nobleza los pijes del MIR apodaron a quienes manipulaban sólo para surcos de su siembra de odio. Porque las llagas abiertas de "los pobres de la ciudad" —la cesantía, el hambre, la inmundicia— ésas no se las cerraba nadie.

Eran los estafados de todos los períodos presidenciales y de todas las revoluciones —en libertad, con vino tinto, con empanadas, etcétera— que solían sentarse en La Moneda. Ellos eran las flores que los demagogos cultivan y riegan, para dejarlas morir después de las campañas políticas, cuando se van a sus casas, tranquilos, a disfrutar de los triunfos; cuando les baja una amnesia profunda provocada por los vapores del éxito.

Los pobres de la ciudad siguen allí, archivados. Y nadie sabe que doña Mónica Céspedes casi se fue al otro mundo al tener a su sexto hijo, muerto antes de nacer, por desnutrición. En plena vía chilena hacia el socialismo, por desnutrición.

—Mi guagüita murió porque nació pesando muy poco... Ni juerza tenía pa nacer... Estaba raquítica totalmente. Y el doctore me retó..., pero si hay algo pa comer en esta casa es pa lo' niño'; por último, yo tomo agua. Y así, mi guagüita no podía nacer bien...

Un recorrido a vuelo de pájaro confirma el diagnóstico fatal de la Isabel Riquelme número dos. Las mujeres tienen la palabra:

—El Sota ese... La señora e Vicente Sota estuvo aquí el otro día. Vino a echar una' poca'. mentira' aquí aentro e la población tamién. Porque aquí vivimo' de la mentira, pue.

—Yo no tengo con qué lavarle la ropa a él. Hoy día, por ejemplo, él no salió a trabajar porque no tengo con qué lavarle la camisa. Los pañales los lavo con pura agua, porque no hay jabón ni ninguna cosa.

—Nunca un país como Chile había estado tan mal. Este señor que tanto dice ser el Presidente del Pueblo que me mande una listita de los niños que están tan bien... A mí nadie me va a poder sacare nunca de la cabeza de ver que vamo' p'atrá como el camarón.

—Yo soy bien aliñá p'ajuera, pero aquí aentro... si m'estoy muriendo no digo na. No dan ni gana' de seguir viviendo.

Así pasaron los tres años las pobladoras (marginales, periféricas, de campamentos en tránsito, callampas, como quiera llamarlas el sociólogo de turno; todas sufrieron lo mismo).

Así..., no era raro que cuando las invitaban a marchar, a cacerolear, a reclamar, ellas fuesen las primeras, sin importarles para nada el apaleo que las esperaba a la vuelta, de parte de los incondicionales de la Unidad Popular.

Por eso, cuando el régimen tocaba fondo, con un país paralizado, una resistencia civil a todo vapor y una quiebra económica que hizo de Chile el campeón mundial de la inflación, Tila Castillo, presidenta de

pobladores, resumió brillantemente el estado de ánimo de la mujer chilena, gritando su hartazgo en el gimnasio de la Universidad Católica, en una concentración femenina de apoyo a los transportistas (14 de agosto de 1973):

—¡Y si quieren eliminarlo' a una' poca', que empiecen por mí si es para bien de la Patria!

Sin tener idea, la oradora remedaba un lema ubicado sobre el portón del local:

DULCE EST PRO PATRIA MORI.

Ese mismo día, José Castillo, presidente del Comité de Trabajadores Libres Gremialistas de la Papelera de Puente Alto y presidente del Movimiento Nacional de Acción Gremial, inició su discurso diciendo:

—Saludo en primer lugar a las mujeres, sexo fuerte de nuestro país.

SALVADOR ALLENDE GOSSENS... ¡NO PASARAS!

Así habló Salvador Allende: "Ustedes, compañeros, han cometido el error de menospreciar a la mujer, atropellándola, y por eso nos ha dado vuelta la espalda en las elecciones".

Frase para el mármol, pero tardía. La pronunció SAG en vísperas de la elección parlamentaria más crucial de nuestra Historia (marzo, 1973). Elección que, naturalmente, perdió. (Pese al fraude inaudito descubierto después: julio.)

—Todo hace pensar que, de no existir este fraude en enorme escala, la Unidad Popular no habría logrado el tercio del Senado y... el Presidente Allende, sin un tercio en el Senado, se vería obligado a respetar la Constitución y la Ley... —diría entonces el senador nacional Francisco Bulnes.

Y esa elección la perdió Allende pese al ocultamiento sistemático de los resultados de la votación femenina: era la que caía peor.

El Gobierno hizo cuanto pudo para que la mujer no votase: colas interminables en patios a todo sol; locales escolares insalubres, no barridos desde que terminaron las clases, el anterior diciembre; baños en tal estado que allí dentro se desmayaba la gente; ni una gota de agua en todo el día; jornadas de 17 y más horas para vocales y apoderadas: por atochamiento, y éste por mala organización deliberada.

En el edificio de la UNCTAD —lo más funcional para sufragar— se confinó a las mujeres al sótano. Allí votaban las del Primer Distrito; muchas veces en las mesas fundadoras, de cuando la mujer por primera vez salió a votar. Y en ese contingente había veteranas... Entonces, al sótano le cortaron el aire acondicionado...

Una vocal contaba:

—El aire... De repente me di cuenta de que no había aire... Yo tengo asma y capto muy bien el aire. Hasta las comunistas de mi mesa dejaron constancia, por escrito, de que no había aire. Yo salí varias veces porque me ahogaba... Después hubo tales reclamos que dieron el aire acondicionado. Pero lo daban y lo quitaban...

Infamia contra la mujer chilena. Eso fue: una *infamia*. Porque siempre la mujer votaba CONTRA Salvador Allende.

Ahí en la UNCTAD la cola llegaba hasta Portugal, mientras al sótano no entraban mujeres..., porque no las dejaban pasar. Una cola en el fragor del mediodía, con cucuruchos de papel de diario en la cabeza. Así se humillaban las ciudadanas más dignas

del Registro Electoral. De tanto en tanto se desmayaban. . ., pero las demás seguían enquistadas en su demoledora paciencia.

Las viejitas lloraban de impotencia, pero votaban bien. . . Mujeres había traídas en brazos, paralíticas. Mujeres con muletas. . . Los hospitales se quedaron vacíos.

Porque las mujeres votaron, TODAS. Enfermas, lisiadas, viejas, ciegas, embarazadas, TODAS. Una vez más le tomaron el dramático peso a lo que era arriesgar a Chile.

Y así, Salvador Allende masticó su derrota electoral postrera: la de las parlamentarias de marzo del 73.

Antes, en Salta (Argentina), el Presidente de Chile había confesado, chispeante como solía ser: "Las últimas elecciones las perdimos, como siempre, por el voto femenino. Pero yo soy cada vez más partidario de la mujer".

Hablaba de las complementarias de Valparaíso, para diputado (julio, 1971). Hernán del Canto, socialista, perdió frente a Oscar Marín, democratacristiano: por culpa de las mujeres. Era la lucha primeriza de la *oposición unida* y el fiel de la balanza lo inclinaban también las mujeres.

Carlos Morales, presidente del Partido Radical, reconoció: "El sector femenino fue el gran responsable de nuestra derrota". Al viejo tronco de los Matta y los Gallo le temblequeaban las raíces por apegarse al marxismo: a las mujeres nunca les olió bien esa junta.

"Hemos perdido, como siempre. . .", había dicho SAG. El ya estaba acostumbrado. Desde su es-

treno como presidenciable (1952), las mujeres venían haciéndole la desconocida. Cronológicamente sumaron así los cómputos para el candidato vitalicio:

Año	VARONES	MUJERES
1952	38.613	13.735
1958	259.409	97.084
1964	606.359	375.766
1970	631.488	438.846

Razón tenía para preocuparse el Partido Comunista, genuino patrón de la Unidad Popular (Allende inclusive), cuando, en su cónclave-autocrítica de El Arrayán, analizó la elección complementaria de O'Higgins, Colchagua y Linares (16 de enero de 1972): "La pérdida de votación de la Unidad Popular fue particularmente grave entre las mujeres".

Y todo porque, por desgracia para la Unidad Popular, los compañeros tenían costumbre de atropellar a las mujeres, haciendo oídos sordos a la triste experiencia de Salvador Allende.

AQUELLAS QUE SE JUGARON POR EL SUELDO DE CHILE

A las 5.35 de la mañana, en pleno mes de junio, el frío en Rancagua es cosa viva.

Pero ellas, las rancagüinas, ya están curtidas. No hacía ni dos semanas que habían asaltado un camión de DINAC, obligando al conductor a vender esa misma azúcar por culpa de la cual hacían cola, noche tras noche, desde mucho antes del amanecer. Y el camión del Gobierno incapaz todavía se atreve a pasar por la Alameda. . ., junto a la cola. . . "¡Las patitas!", suspiró la señora de la frazada gris.

Además ahora eran doblemente capaces de aguantar cualquier frío, porque llegaba el momento de tomar la sartén por el mango, tal como se aprobara en la asamblea del lunes 25 (junio, 1973):

"Reunidas todas las esposas de los trabajadores de

El Teniente y las mujeres que trabajamos en la empresa, acordamos:

"1. Marchar sobre Santiago mañana a las 8 desde Radio Rancagua, para exigir pronta solución a este justo movimiento que hoy cumplió 68 días.

"2. Colocar nuevo nombre al puente Maipo, bautizándolo como "Puente El Minero", en homenaje a nuestros heroicos hombres, que, pese a la brutal represión policial de Carabineros, motoniveladoras y tanquetas, ordenada por el "Gobierno de los Trabajadores", llegaron a Santiago.

"3. Declaramos que no nos asustan ni todos los carabineros, ni todos los gobiernos represivos del mundo, que estamos firmes en la lucha junto a nuestros hombres y que llegaremos a la capital.

"4. Pretendemos dialogar con el Presidente Allende. . .

"5. Le pediremos que acepte venir a una asamblea. . . en la medialuna de Rancagua. . .

"6. También exigiremos que se reponga a los 67 despedidos. . .

"7. . . .no nos importa pasar privaciones, hambre y frío. . ."

Así, amenadoras, se juntaron en la radio. Esta, a su vez, seguía en poder de las mujeres de El Teniente, quienes, en realidad, se habían tomado la ciudad entera.

"A los hombres se les dispersa con un par de bombas, pero a la mujer, ni a cañonazos", advirtió Gloria Medina, hija del líder gremialista del mineral.

Y muchas, mientras gritaban slogans para entrar en calor —"¡Mujeres unidas, jamás serán vencidas!"—,

se recordaron de cómo doña Rita Rojas contó a los diarios la estrategia que se usa para asaltar una radio:

—Tomé una decisión bastante peligrosa. Partí con cinco mujeres sin decirles a lo que iba; que me siguieran, nada más... A la subida de la escala empecé a dividir a las señoras: una se haría cargo de las perillas; yo con otra del micrófono... Como en realidad soy bastante preguntona, averiguaba. Y mi marido me dijo que había perillas y capté la idea... Entonces salimos al aire diciendo: "CC 151, aquí las esposas de los trabajadores de El Teniente". Y después cantamos el Himno Nacional.

Mientras tiritaban, las mujeres del mineral también le echaban carbón al furor propio. Diez días antes habían largado a sus maridos para la capital; de a pie. Cuando partieron de la misma esquina, dijeron:

—Vamos para que al fin puedan escucharnos en este Gobierno de sordos... El Presidente ha dicho repetidas veces que está abierto al diálogo... No creemos que llegue a la vergüenza de mandarnos el Grupo Móvil para que nos lance bombas o nos ametralle.

Estos hombres..., siempre tan simplones —"¡Allende, escucha, mujeres somos muchas!", gritaron las huelguistas en tono que nada bueno presagiaba—. Los hombres... Y claro, a las cinco de la tarde del mismo día de las ilusiones, Julio Stuardo en persona, Intendente de Santiago, estaba parapetado en el puente Maipo. Y a esa hora, personalmente, dio la orden de avanzar...

Así también quedaron los hombres —los mineros que iban donde el Primer Compañero de la República para pedirle sólo el 41 por ciento de reajuste

legal (conquista de los trabajadores)— cuando se les vinieron encima las tanquetas, las motoniveladoras de Vialidad y los carabineros de a pie. Hasta tuvieron que vadear el río.

Ellos, los hombres que arengaban al partir: "En octubre de 1814 el General Bernardo O'Higgins, con el resto de las fuerzas patriotas, rompió el cerco realista que sitiaba Rancagua y tomó rumbo a Santiago. Hoy, los mineros de El Teniente vamos a romper el cerco rojo de la insensibilidad y del sectarismo. . ."

Ellas, las mujeres, con menor solemnidad y más sentido práctico, le van a poner las peras a cuatro al caballero de La Moneda. Y, sin decir, ni pensar, ni recordar más, se las echaron.

Primera escala: el famoso puente. Declaraciones a la prensa capitalina: "Queremos que nos reciba el Presidente y nos dé una solución. No queremos que nos tramite como a nuestros hombres. Es la primera vez que las mujeres de los mineros salen a la calle. Y lo hacemos porque también es la primera vez que nos toca un gobierno como éste".

Dos mil mujeres rumbo a Santiago y más de diez mil mineros en huelga: el sillón del Primer Mandatario comenzaba a terremotear. (Le quedaba sólo un mes y medio de equilibrio.) Y "él" lo presentía: había comenzado a tenerles miedo a las mujeres del país.

Como botón de muestra —en el cobre, "sueldo de Chile", según propia presidencial definición—, le bastaba el incidente de La Exótica. Ya en octubre del 72 ese mineral paralizó en un ciento por ciento, por culpa de las mujeres. Ellas se tomaron los buses, en Calama, y ahí quedaron anclados 83 supervisores, 212 empleados y 110 obreros. . . Ningún chiste. Y todo

por hambre, por el majadero reclamo del hambre. Ya les dio a las mujeres con el hambre de la Unidad Popular.

De manera que Salvador Allende, esta vez sí que las dejó pasar por el puente —suprimió la impaciencia de Stuardo y otros próceres—, y les pavimentó el sendero hasta Santiago y las recibió apenas llegaron.

"El cumple con su deber al recibirnos", dijo una mal agradecida.

Santiago entero se volcó a las calles; en trance. Estudiantes, mineros, el Poder Femenino en masa, los políticos, los gremialistas, los transeúntes... Toda la ciudad bramaba: "¡Teniente unido jamás será vencido!" Y las banderas chilenas, y el papel picado, y la "V" de la victoria, y el ulular de la multitud...

Las mujeres parlamentaron con Allende. Este transó una fórmula de arreglo (que las mujeres callaron con el sigilo sacramental que "él" les había pedido).

Y las mujeres recogieron a sus hombres, para volver con ellos a Rancagua: ellos habían soportado represión, balazos a mansalva, palos y atropellos de todo tipo desde su histórico viaje (junio 14). Ellas pensaban que ellos no tenían por qué seguir soportando más.

Así fue como las mujeres del mineral volvieron con una promesa y con sus mineros propios, que, a su vez, regresaban "confiados en que las mujeres lograrían hacer cumplir las promesas del Presidente".

Así, con ese tierno sentido matriarcal de la existencia, se arreglaban en Chile las pocas cosas que aún tenían arreglo.

LAS MUJERES TRANSPORTISTAS

Los periodistas de balcón prepararon sus máquinas fotográficas, sus lápices de pasta y las carillas correspondientes. Comenzaba el boche del día 21 de agosto de 1973. —*El Mercurio*, dada su óptima ubicación, permite ver, vivir y olfatear los más importantes acontecimientos políticos de la capital, sin tener que bajar a la cancha—. Pero a la vez, y desde *El Mercurio*, corrieron hacia Compañía con Teatinos los reporteros y reporteros gráficos de batalla.

Era una gresca entre la Juventud Nacional y las Juventudes Comunistas, a propósito de las mujeres transportistas instaladas en los jardines del Congreso Nacional.

Cuando sonaron los primeros balazos, varios furgones de la Prefectura de Servicios Especiales entre-

garon a las calles su carga de carabineros y bombas lacrimógenas.

Sin saber cómo ni cuándo la periodista se vio sembrada entre los árboles del Parlamento.

Pese al tiroteo infernal y al ambiente irrespirable, las mujeres transportistas no perdían su tiempo. A la interperie planificaban la estrategia del momento:

—Pedir que renuncien el Senado y la Cámara si la DC no vota la inhabilidad presidencial. Recordarle a Jara (presidente de la Confederación Nacional del Transporte Terrestre) que se está jugando el destino de Chile y no sólo nuestros problemas laborales... Preguntarle a Tomás Pablo si está a favor o en contra del país... Hamilton, Moreno y Zaldívar son los más firmes: REAFIRMARLOS.

La impudicia femenina subía de tono a medida que se acercaba el fin de la Unidad Popular. "Ellas" eran capaces de todo. Movían parlamentarios como peones sobre un tablero; se tomaban los jardines del Congreso y pernoctaban en el Salón de Honor; pedían pañuelos blancos por entre los barrotes de esa cárcel voluntaria, obligando a los ciudadanos a pronunciarse. "Para unir a Chile con kilómetros de pañuelos", era el símbolo. Para significar que la tierra chilena, de norte a sur, estaba de pie, como los transportistas, los gremios, los estudiantes y las mujeres.

Redoblaron las bombas vomitivas por Bandera y Compañía. Gritó una:

—¡Dijo el doctor que cuando hay bombardeo hay que dentrarse!

Gritaron muchas, pegadas a la reja del lugar de los hechos violentos:

—¡Chile es y será un país en libertad!

—Son indomables, oiga —terminó la que pretendía el liderazgo.

Y todas, infierno al canto, hacían declaraciones a la periodista:

—Mantenemos a la gente ocupada en comisiones: de finanzas, de política, relaciones públicas, prensa, vigilancia diurna y nocturna.

—Nosotros no queremos nivelarnos hacia abajo, sino queremos volver a que no haya colas ni ignominia. Orden es lo que queremos.

—Allende está utilizando el paro como pantalla para disimular el desabastecimiento. Sí, pues, nos utiliza. Es una pantalla que desgraciadamente le hemos hecho a este viejo desgraciado.

Erika de Pastric, esposa del presidente del Sindicato de Dueños de Camiones de Santiago, cayéndosele las lágrimas de bombardeo y despecho, contaba:

—Me fueron a allanar la casa. Es una humillación... Tengo hijas mujeres que estaban con sus pololos... ¡Nos tratan como a delincuentes!

—Me detuvieron con mi esposo y mis dos hijos. —Reciente manifestación de mujeres transportistas en la Plaza de la Constitución—. Nos hicieron entrar al "juanito" con las manos en la nuca y a mí me registraron la cartera. ¡Es una denigración! (Berta de Soler.)

—¡Los camiones no son herencia, son el fruto del sacrificio! Cuando recién teníamos el camión, hasta a mí me tocó salir a manejarlo, a las tres de la mañana, porque no nos alcanzaba la plata para pagar un chofer. Usted se imagina que me siento orgullosa, realizada como se dice, de haber surgido gracias al puro trabajo. A nosotros ningún político nos ayudó y hemos logrado tener tres hijos en la Universidad, estudiando química, sicología y matemáticas. Ellos se

han criado en un hogar de trabajo y sienten orgullo de sus padres. (Yolanda Fajardo.)

De pronto, la batalla se hace insufrible. Las señoras cantan el Himno Nacional.

Una vocifera:

—¡Que vean, que se acerquen! ¡Aquí están las viejas momias!

Clotilde Toro, llorando:

—¿Hasta cuándo vamos a sufrir? A mí ya no me importa mi vida. Yo tengo un camión que ni siquiera está en el campamento..., porque ya estaba en pana, con la falta de repuestos que hay... A mí viejo no lo tengo bien tampoco... Por eso me vine para acá.

—Mi marido trabajaba tantos años como animal... Ahora está en el campamento de Curacaví. Y pensar que todo lo hemos tenido a punta de superación: ni fiestas, ni Pascua, ni nada... (Sonia Ferrer.)

—Mi padre, por ejemplo, dejó la vida en la huella. La Pascua de mis hermanos era en los camiones; nosotras también, como mujeres, todas hemos trabajado en las máquinas. (Ana Larco.)

—En el momento en que no haya solución, nos vamos con niños y todo a los parqueaderos. Y Dios sabrá lo que pasa. (Silvia Contreras.)

Una cuenta por qué se tomó el Congreso Nacional:

—Después de asistir impotente, como mujer, a la represión de El Monte y de la Plaza de la Constitución, pensé que tenía que hacer algo... Y le juro que al tomar la decisión ¡me sentí feliz! Eramos unas 25 señoras y entramos hasta el Salón de Honor. Veníamos a apurar a los políticos para que oyeran a los gremialistas, a los trabajadores. Para que volviera el estado de derecho en Chile.

El estado de derecho, a esas alturas, era un harapo, mientras las mujeres escribían un capítulo insuperable contra el comunismo internacional. Mientras las balas inauguraban, con su silbido hipócrita, otra etapa de la ley de la selva estrenada por la Unidad Popular. Uno iniciaba el aprendizaje auditivo: de susto en susto deletreaba la diferencia entre la horrenda pero apenas ofensiva detonación de una bomba lacrimógena y el paso felino —criminal— del balazo.

—¿Usted le tiene miedo a los disparos? —preguntó una señora transportista.

—¡Cómo se le puede ocurrir! —dijo la periodista, desvelada de repente de sus divagaciones absurdas.

—Entonces, ganémonos aquí, a la sombrita...

Y así fue como, en uno de los baleos más aparatosos de las postrimerías de la Unidad Popular, la transportista y la periodista conversaban bajo la inmensa columnata del Congreso, mientras del edificio blanco de enfrente —guarida de francotiradores-funcionarios de la CORFO— granizaban proyectiles de todos los calibres.

—¡Asesinos! ¡Asesinos! —gritaba la retaguardia de las mujeres acantonadas en el Parlamento, replegándose muy a disgusto, por orden del Edecán.

—¡Que nos maten, ladrones, bandidos! —vociferaban las últimas transportistas.

Ordenó una:

—¡Vamos al Salón de Honor! Allá estaremos tranquilas.

Otra reclamó (era la una de la tarde):

—¿Y mi fondo de porotos, ¿ah? No lo voy a dejar botao, ¿no?

La señora que no le tenía miedo a las balas siguió declarando a la prensa:

—Nosotros fuimos almaceneros durante 27 años. Sí, pue, uno tiene que ir buscando nuevos horizontes, pero en este país lo están atrincando siempre a uno: le cierran una puerta, le cierran la otra. Lo que es yo, si al camión de mi hijo se lo roba el Gobierno y yo veo la máquina por ahí caminando, le juro que yo la quemo. . .

—¡Un médico! ¡Apúrate, un médico! —gritó el primer hombre aparecido por los jardines del Congreso.

Y, en la huella del médico, la periodista llegó al segundo piso. De allí bajaban, en singular cortejo de parlamentarios cejijuntos, a un muchacho inmenso, desangrándose. La periodista le sujetó sus dos gigantescos zapatos. Lo echaron a una camioneta pick-up. El asfalto de la calle Compañía quedó empantanado de sangre.

Los diputados chillaban por las veredas. Se había terminado la paciencia: o el Gobierno se iba o se iban ellos.

Las mujeres transportistas unieron así, de pañuelos blancos y de hijos ensangrentados, las voluntades libertarias del país.

HOMENAJE DE LOS HOMBRES DE CHILE A LAS MUJERES CHILENAS

Valgan algunas frases pronunciadas al calor de la Unidad Popular —y escogidas al correr de los archivos de prensa— para demostrar la inmensa admiración de los hombres chilenos por la gesta de sus mujeres.

"No es posible continuar con el espectáculo diario de la agresividad reinando en todos los niveles y en todas las actividades. Mucho menos es posible aceptar la violencia desatada contra mujeres y estudiantes, porque, además de ser una cobardía, deberíamos saber que en Chile hace ya mucho tiempo que

estamos recibiendo lecciones de hombría precisamente de las mujeres y de los jóvenes."

Orlando Sáenz, presidente de la Sociedad de Fomento Fabril.
2 de diciembre de 1971.

"Estas palabras están dirigidas a los hombres que quieren ser libres y no esclavos. A quienes sienten vergüenza de esconderse tras el coraje de las mujeres y el luminoso idealismo de los jóvenes."

Jorge Fontaine, presidente de la Confederación de la Producción y el Comercio.
9 de octubre de 1972.

"Existen dos alternativas: salvarse o caer irremediablemente bajo la dictadura marxista. Si queremos salvarnos, hay que dar la cara. Hay que hacerlo como las mujeres que están aquí presentes, dando batalla."

León Vilarín, presidente del Comando Nacional de Acción Gremial.
11 de mayo de 1973.

"Acordamos apoyar como hombres la defensa heroica, y sin parangón en nuestra historia, que nuestras mujeres y nuestras hijas hacen de los planteamientos de sus compañeros de toda una vida."

Trabajadores en huelga, Sociedad Minera El Teniente.
29 de mayo de 1973.

"Nuestras mujeres les están dando una lección al Gobierno, a los Ministros, interventores y dirigen-

tes sindicales desclasados. Una lección de responsabilidad, solidaridad y moral revolucionaria, al expresar a sus hombres en la asamblea de ayer que 'primero serán muertas antes que transar en su posición'."

Trabajadores en huelga, Sociedad Minera El Teniente.
5 de junio de 1973.

"Las mujeres chilenas se han erigido, aunque nos duela a los hombres reconocerlo, en la punta de lanza de los combatientes para sacar a Chile del marxismo."

Julio Bazán, presidente de la Confederación Unica de Profesionales de Chile.
7 de septiembre de 1973.

"Rindo homenaje a las madres chilenas, mujeres inspiradas con esa claridad divina que Dios les alberga en su corazón; ellas lucharon por el futuro de sus hijos, y por ello la Historia les reconocerá en el tiempo, cuando se estudien las páginas tristes de este pasado."

General Augusto Pinochet, Presidente de la Junta de Gobierno.
11 de octubre de 1973.

"La fuerza que posee la mujer fue una de las palancas principales que impulsaron a las Fuerzas Armadas a tomar el camino que les permitió asumir la conducción del país."

General Augusto Pinochet, Presidente de la Junta de Gobierno.
26 de febrero de 1974.

RECADO DEL 5 DE SEPTIEMBRE

PATRIA:

ERAS la criatura que conquistadores, mapuches, soldados, libertadores y héroes fueron procreando y perfeccionado al paso de la Historia.

ERAS un baluarte libertario en el corazón de América del Sur.

—Tu pobreza no fue nunca vergüenza o menoscabo frente a otras naciones. Porque tú tenías orgullo legítimo de ser, al predecir de Bolívar, la única República que permanecería incólume; la única democracia insobornable.

ERAS ese terruño remoto cuyos cuatro puntos cardinales —cordillera, mar, desierto y nieve— te dieron corazón de isla. Y pusieron, en el alma de ca-

da uno de tus hijos, nobleza suficiente como para no aceptar jamás la servidumbre.

ERAS así, patria-niña, concebida en el hondón del Arauco, cuando sangres y copihues se mezclaron para lograr un pueblo.

ERAS así, custodiadas tus fronteras por el roto hidalgo y suicida, que nunca titubeó en ganar para tí todas sus batallas.

ERAS así, cuando tus leyes nacían en orden, desgranadas como hermoso trigo en los graneros de tu Parlamento.

ERAS así, semillero de hombres rectos, de capitanes valientes, de incorruptibles jueces, de mandatarios cuya única riqueza fue un caudal de honestidad.

ERAS así. . . ERAS la hija que entre todos cuidábamos para verla crecer como un árbol bien nacido. . .

Y ahora —PATRIA—, ¿quién reconoce tu rostro destrozado?

ERES la huérfana que todo el mundo pisotea.

ERES la mujer sin apellidos que se mira con desprecio.

ERES la mendiga que arrastra su oprobio por las calles del planeta.

No eres NADIE —Patria—. Te han rebajado hasta el último peldaño de la ofensa. Se ha vuelto tu geografía una larga cola de humillación y, en ella, tu pueblo se hace más esclavo cada día.

Tu pueblo —PATRIA— sufre la peor de las miserias. Es un harapo moral, exhausto como está frente a la fuerza bruta y al cinismo.

Por eso —PATRIA— desde hace tres años las mujeres nos hemos puesto a luchar por ti.

Como estabas hija y llorosa, nos hemos vuelto madres tuya.

Como nadie peleaba por tu honor herido, nos hemos hecho soldados.

Como tus despojos parecían no causar compasión, nos hemos transformado en tu ira.

PATRIA:

Somos la voz tuya que, desde hace tres años, no calla.

Somos la encarnación de tu bravura.

Somos la mantención de tu dignidad.

Somos la prolongación de tu esperanza.

POR TI nos hemos puesto en la línea de vanguardia.

POR TI nos hemos ofrecido como carne de cañón.

POR AMOR A TI hemos hallado en nuestra fragilidad una sorprendente fortaleza.

POR TI nuestra paciencia no conoce agotamiento y somos las primeras constructoras de la resistencia civil.

POR TI nuestra voz es fecunda y poderosa. Ella exige las renuncias y las logra; ella denuncia los atropellos y es el motor de arranque para quienes pueden castigarlos.

POR TI —PATRIA— las mujeres empujan a sus hombres, aun a precio de la vida.

Y si los ven caer uno tras otro —si ven la sangre de sus hijos empapar el asfalto y los potreros—, siempre te dirán entre lágrimas —PATRIA— que tú vales la semilla de la muerte.

Que tú eres nuestra honra y nuestro premio.

PATRIA:

Las madres de los hijos de tu tierra vienen hoy a EXIGIR para ti la libertad.

¡Que se vayan los que encharcan con sangre de chilenos tus caminos!

¡Que se acabe la infamia que hoy te hambrea!

¡Que te deje en paz quien nunca supo, ni pudo, ni quiso gobernarte!

PATRIA NUESTRA:

Nos dueles, porque ya comenzamos a perderte...

Pero sobre la misma profunda dignidad de tu dolor y el nuestro venimos a jurar tu salvación.

Mujeres somos las que vigilan tus pasos de niño.

Mujeres son las que te harán crecer hasta que laves la afrenta que hoy te humilla.

(Recado escrito y leído por una mujer chilena, en representación de todas las mujeres chilenas democráticas, durante la manifestación femenina del 5 de septiembre de 1973, organizada para repudiar públicamente y por última vez al Gobierno de Salvador Allende.)

BITACORA DE LA EMBESTIDA FINAL

Un mes antes del desaparecimiento de Salvador Allende Gossens las mujeres comenzaron a molestar, en tal manera, que diariamente hacían noticia. He aquí parte de tan nutrido itinerario periodístico.

Agosto 11.— Las mujeres de los transportistas acordaron realizar mañana una manifestación en la Plaza de la Constitución (hasta que el Presidente Allende las reciba), como adhesión al paro que sus maridos iniciaron el 25 de julio porque "el Gobierno no ha cumplido ninguno de los acuerdos a que se llegó con el ex Ministro del Interior general Carlos Prats, para poner fin al paro de octubre (1972)". El movimiento femenino tiene también por finalidad protestar por los vejámenes que las mujeres transportistas sufrieron la víspera por parte de la fuerza pública, en El

Monte, localidad a la que acudieron para llevar ropa y alimentos a sus maridos allí acampados.

Agosto 12.— Varias mujeres resultaron lesionadas y con principio de asfixia luego de oponer valerosa resistencia a una inesperada intervención de carabineros con laques, carros lanzaagua y gases lacrimógenos, cuando ellas realizaban una pacífica concentración de apoyo a los transportistas en la Plaza de la Constitución. El número de las manifestantes fue calculado entre mil quinientas y dos mil, pero el buen humor de que hacían gala se esfumó con la presencia de extremistas de la Unidad Popular, quienes las provocaron profiriendo injurias. Al ser golpeada una de ellas por un joven izquierdista se armó la gresca, que el Intendente de Santiago, Julio Stuardo, aprovecharía como disculpa para utilizar una vez más al Cuerpo de Carabineros en faenas de represión femenina. Una mujer no identificada tomó de las solapas a un policía, y mientras le increpaba "por qué se ganaba la vida golpeando mujeres", le desgarró la manga del uniforme. Otras manifestantes, con las ropas empapadas, se arrojaban al suelo frente a los carros lanzaagua para inmovilizarlos.

Agosto 15.— Cuatro radioemisoras fueron ocupadas por esposas de los transportistas en huelga para pedir, a través de sus micrófonos, solución al conflicto. Unas cincuenta mujeres, capitaneadas por Lucía Saavedra, se tomaron la Radio "Ignacio Serrano", de Melipilla, y soportaron el asedio de los miembros del Partido Comunista de la ciudad, mientras recibían el apoyo solidario de todo tipo de gremios, sindicatos y agrupaciones. Las ocupantes difundieron mensajes de aliento a los transportistas ubicados en los parqueaderos de la zona y denunciaron un corte intencional de las comunicaciones telefónicas de la emi-

sora, a la vez que anunciaron la formación de un frente de mujeres democráticas.

A las 12.45, alrededor de 500 mujeres, premunidas de banderas chilenas, se tomaron los estudios de Radio "Manuel Rodríguez", de San Fernando, comenzando sus transmisiones con el Himno Nacional. Cuando terminaron de cantar, fue cortada la energía eléctrica de la emisora. Después de 20 minutos de silencio, autorizadas por el Jefe de Plaza, coronel Hernán Brantes, las transportistas continuaron su labor de radiodifusión reforzadas por mujeres comerciantes, socias de los Centros de Madres y las Juntas de Vecinos.

Radio "Yungay", de Santiago, fue tomada a las 17.05 horas. La acción tenía por objeto integrar cadena con la emisora melipillana "Ignacio Serrano", también ocupada por personal femenino.

A las 16 horas le tocó el turno a Radio "Lautaro", de Talca.

Agosto 16.— Otras tres radioemisoras, a lo largo del país, fueron tomadas por las mujeres transportistas: "Nuevo Mundo", de Santiago; "Trasandina", de Los Angeles, y "Aconcagua", de San Felipe. En los tres casos, así como en la Radio "Lautaro", de Talca, ocupada la víspera, por orden de las Intendencias respectivas, fue cortado el suministro de energía eléctrica.

Radio "Valparaíso", del puerto, también tomada, fue silenciada momentáneamente por el Servicio de Investigaciones, que procedió a retirar el "cristal" de la planta. Sin embargo, la radioemisora continuó en el aire en frecuencia modulada e integrando cadena con otras radios democráticas del país.

Alrededor de las 13.30 horas, un numeroso grupo de esposas e hijas de transportistas se apoderaron

de la Radio "Soberanía", de Linares, y comenzaron a emitir proclamas referentes al conflicto del rodado.

En Concepción, las mujeres se hicieron cargo de Radio "Interamericana".

Agosto 17.— Siete radioemisoras permanecen en poder de las mujeres transportistas, de norte a sur del país. La toma de Radio "Valparaíso" se mantiene en medio de las incomodidades que significa alimentar y dar alojamiento a un alto número de ocupantes.

Radio "La Serena", de la ciudad del mismo nombre, cayó en manos femeninas, iniciándose de inmediato los llamados a las mujeres de toda la provincia de Coquimbo para que la ciudadanía apoye a los transportistas en huelga y acuda en su ayuda. Las esposas de los huelguistas ofrecieron, a través de los micrófonos, que seguirán en su protesta hasta las últimas consecuencias.

Ciento cincuenta mujeres invadieron los estudios de Radio "Arica", ubicada en la ciudad nortina, mientras otras cuarenta se hacían cargo de la planta. Las manifestantes pertenecen al Comando Femenino de Transportistas.

Radio "San Martín", de Quillota, duró pocos minutos en el aire a cargo de personal femenino: le cortaron la energía eléctrica.

En San Carlos, las mujeres transportistas se tomaron Radio "Central".

Agosto 18.— Habiendo renunciado a su cargo de Ministro de Obras Públicas y Transportes el general del aire César Ruiz Danyau y habiéndose visto forzado a dejar, simultáneamente, la Comandancia en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile, alrededor de 150 esposas de oficiales y suboficiales de la FACH se concentraron frente a La Moneda para pedir al Presidente Allende que reconsiderara la aceptación

de la segunda renuncia del general Ruiz. Mientras las manifestantes cantaban el himno "Camaradas", mirando hacia la ventana del Gabinete presidencial, dos delegadas, que sólo se identificaron como Carmen Gloria y Sara, parlamentaron con el Ministro de Defensa, general Carlos Prats González. Luego declararon: "Hemos venido a preguntarle al Presidente de la República por qué le pidió a don César la renuncia a los dos cargos que desempeñaba él solo, mientras ahora ha nombrado a dos personas para ocuparlos". A juicio de las señoras de los aviadores, "al renunciar Ruiz al Ministerio se le pone como requisito que renuncie también a la Fuerza Aérea". Las manifestantes dijeron estar en La Moneda sin conocimiento ni autorización de sus respectivos maridos.

Agosto 20.— Cientos de mujeres organizaron una concentración de apoyo al general César Ruiz frente al Ministerio de Defensa. El sector debió ser acordonado, mientras representantes del Poder Femenino, de las mujeres transportistas, de los Centros Comunales, Centros de Madres, etc., insistían en su protesta bulliciosa que duró todo el día. Las mujeres gritaban consignas de apoyo a las Fuerzas Armadas y de repudio a la Unidad Popular y aplaudían estrepitosamente cada vez que algún aviador salía o entraba al Ministerio de Defensa.

Agosto 20.— "Sabemos lo duro que debe haber sido para usted esta determinación (su retiro de la Fuerza Aérea), pero a la larga Chile, nuestros esposos, nuestros hijos y nosotras haremos justicia para aquellos soldados que han sabido sobreponerse a presiones y actitudes ilegales en los instantes en que el país más los necesita. Usted ha tomado el camino correcto y con ello se ha ganado el aprecio de toda la democracia chilena." Así terminaba la carta de

agradecimiento y adhesión que las esposas de los transportistas en huelga, instaladas desde hace cuatro días en los jardines del Congreso Nacional, dirigieron al renunciado Ministro de Obras Públicas y Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile, César Ruiz Danyau.

Agosto 21.— Nuevamente en la noche del domingo, en toda la provincia de Valparaíso y en todos los barrios de las comunas sonaron las cacerolas, en una manifestación femenina de apoyo al movimiento de los transportistas. El "cacerolazo" estaba fijado para las 22 horas y, desde ese momento hasta casi las 23, el golpe de ollas, sartenes y otros objetos de uso frecuente en las cocinas se hizo sentir en todos los sectores. En Valparaíso la resonancia fue espectacular; debido a la conformación natural de la ciudad, el sonido de cacerola bajaba desde los cerros hacia el mar. La manifestación nocturna fue considerada como muy superior a las realizadas en otras oportunidades.

Agosto 21.— Las mujeres de los transportistas en huelga, que se encuentran acantonadas en el Congreso, enviaron una carta a los Presidentes del Senado y de la Cámara de Diputados, en la que señalan que el Gobierno "ha violado la Constitución" y piden a los parlamentarios que "usen sus facultades para encauzar el sistema de vida chileno dentro del marco jurídico del cual nunca se debió apartar". En algunos acápites, la carta dirigida a Eduardo Frei y Luis Pareto dice: "Las mujeres transportistas que ocupamos el Congreso tenemos fe y confianza en que nuestras voces serán oídas y que, a través de ustedes, se les hará justicia a nuestros maridos, padres, hermanos e hijos atropellados e injuriados salvajemente... Preguntamos: ¿Qué garantías y qué derecho tienen hoy en Chile los hombres de trabajo? ¿Es ésta la li-

bertad que el Parlamento creyó garantizar cuando hizo Presidente de la República al señor Allende? ¿Es ésta la libertad y son éstos los derechos que él prometió respetar?... Nosotros desde este recinto, baluarte de la democracia y la libertad, les pedimos en nombre de la Patria, de Dios y de nuestros hijos justicia para los hombres de trabajo, seguridad para que sus esfuerzos sean respetados, garantías para vivir y trabajar en paz".

Agosto 21.— Violentos incidentes se registraron frente a la casa del Ministro de Defensa, general de ejército Carlos Prats González, cuando la policía procedió a disolver con bombas lacrimógenas y tanquetas una manifestación de esposas de oficiales de las tres ramas de las Fuerzas Armadas, que pretendían entregar una carta a la señora del alto uniformado. Cuando alrededor de 300 mujeres procedían a retirarse de la residencia del general, sin haber logrado que doña Sofía de Prats las atendiera, un fuerte contingente de carabineros procedió a dispersarlas con singular energía, lanzando gases disuasivos contra ellas.

Días después trascendió el contenido de la carta que las manifestantes pretendían entregar. Decían a la señora del general Prats: "Como esposas de oficiales y, ante todo, como madres nos atrevemos a acercarnos hasta ti para que sirvas de portadora de un angustioso llamado que le hacemos a tu esposo. Nuestros maridos ya no pueden usar el uniforme que con tanto orgullo siempre lucieron, para evitar ser insultados. Nuestros hogares han visto llegar armas que se mantienen alertas ante un peligro y eso lo lloran nuestros hijos. Nuestros hombres salen a sus trabajos y quedamos en muda plegaria rogando porque vuelvan. El desconcierto del futuro de un país que

progresaba y sufre el descalabro económico más desastroso del mundo no nos permite ofrecer seguridad a nuestros hijos. La angustiosa rebeldía que sufren nuestros hombres, al estar sometidos a una disciplina y ver que con ella juegan. Y, por último, en este tráfago de política deben permanecer al margen de ella por su doctrina. Te rogamos, Sofía, intercedas ante tu esposo y lleves este ruego de tantas mujeres que lloran calladas".

Dos días más tarde el general Carlos Prats renunció a su doble condición de Ministro de Defensa Nacional y Comandante en Jefe del Ejército. Explicó esta determinación diciendo: "En la manifestación frente a mi casa había varias esposas de generales. No todos ellos han actuado correspondientemente. Yo no podía quebrar el Ejército. El Presidente me ha aceptado la renuncia".

Agosto 24.— "Le adjuntamos cheque por diez mil escudos. . . Comprenderá, Manuel Rodríguez, que esta suma no tiene más alcance que expresar nuestro apoyo moral. Este dinero lo hemos recolectado con donaciones de muchas mujeres, niños y hombres libres que nos han apoyado en estos días que permanecimos en el Congreso". Así escribían las integrantes del Comité Coordinador de Esposas de los Transportistas al secretario general de la Confederación Unica de Trabajadores, Provincial Santiago, proponiendo iniciar una cruzada para reconstruir la sede de esa organización, liquidada por el "vandalismo marxista".

Agosto 27.— Grupos de mujeres pertenecientes al Poder Femenino instalaron en pleno centro de Rancagua una mesa y un registro de firmas a fin de lograr la renuncia de Salvador Allende a la Presidencia de la República. Las organizadoras de esta

campaña la publicitaron con un letrero que decía: "Señora, señor, si quiere que "él" se vaya, pase a firmar". El cartel surtió inmediato efecto y se formó una cola frente al registro, cosa que enfureció a los partidarios de la Unidad Popular.

Septiembre 1.º.— El Comité Coordinador del Poder Femenino publicó en los diarios de Santiago dos inserciones. La primera se dirigía al Presidente de la República en los términos siguientes: "Usted, señor Allende, dijo: 'No dudaría un momento en renunciar si los trabajadores, campesinos, técnicos y profesionales de Chile así me lo demandaran o sugirieran'. Las mujeres chilenas que constituimos más de la mitad del pueblo de este país y que también formamos parte de los trabajadores, campesinos, técnicos y profesionales de Chile a quienes usted, señor Presidente, sugirió pidieran su renuncia para hacerla efectiva, nos sumamos al clamor general, rogándole que abandone de inmediato la Primera Magistratura de la nación, para salvar el destino de la patria".

En la segunda inserción se leía: "CONCIUDADANOS: Los hombres y mujeres libres de Chile, que representan la auténtica mayoría del pueblo, ante la acción ilegítima de la minoría marxista que ha puesto en peligro la soberanía nacional, que ha destruido el país y que pretende esclavizar a los chilenos, ACUERDAN: 1.— Declarar que el señor Allende ha quebrantado el Estado de Derecho y ha violado sistemáticamente la Constitución y la Ley, según lo han establecido el Parlamento y la Corte Suprema de Justicia. Por lo tanto, pedimos su inmediata renuncia. 2.— Declarar que la decisiva participación de las Fuerzas Armadas en la vida pública es ahora indispensable para restablecer el imperio de la Institucionalidad y devolver la confianza y la seguridad a los chilenos.

Invitamos a los partidos políticos y a las organizaciones de base a iniciar de inmediato, a lo largo de todo el país, la recolección de adhesiones al planteamiento precedente, en hojas de papel oficio foliado, consignando el nombre, célula de identidad, profesión y firma de los adherentes.

PODER FEMENINO"

Septiembre 2.— Los diarios publicaron un llamado de las "mujeres transportistas, mujeres de la Papelera, mujeres campesinas, mujeres pobladoras, estudiantes, mujeres comerciantes, mujeres secretarias, mujeres enfermeras, mujeres asistentes sociales, mujeres dueñas de casa, mujeres profesionales y mujeres gremialistas de Chile". Convocaba el aviso a reunirse —para un "compromiso de honor"— el miércoles 5 de septiembre a las 17 horas frente a la Universidad Católica, y decía: "Mujer Chilena: el señor Allende no merece ser Presidente de la República; el señor Allende ha conducido al país a la catástrofe". Enumeraba luego los siguientes problemas: "No tenemos pan para nuestros hijos; no tenemos remedios para nuestros enfermos; no tenemos ropa para abrigarnos; no tenemos techo para cobijarnos". Y terminaba diciendo: "Hemos sido vejadas, humilladas, perseguidas por defender a nuestros hijos, por solidarizar con nuestros esposos en huelga, por salir a las calles a remecer la conciencia dormida de tantos hombres".

Septiembre 5.— Una concentración que por su asistencia y entusiasmo fue parangonada a la Marcha de las Cacerolas Vacías, tuvo lugar frente a la Casa Central de la Universidad Católica, extendiéndose desde las puertas del Hospital San Borja hasta Santa Rosa, por la Alameda Bernardo O'Higgins. La

manifestación, convocada por mujeres y eminentemente femenina, perseguía la renuncia de Salvador Allende a la Presidencia de la República. —"¡Que se vaya! ¡Que se vaya!", chillaba la multitud—. Ante una gigantesca bandera chilena y sobre un proscenio monumental hizo uso de la palabra doña Eduviges Cuéllar Zamora, representante de las esposas de los transportistas, quien, en la parte medular de su intervención, se dirigió al Presidente Allende diciendo:

"Hay una forma de sentirse verdaderamente PATRIOTA y asumir la responsabilidad que le corresponde a un mandatario. Si no se siente capaz —si los problemas van más allá de su autoridad—, hay otro camino; más duro, pero más digno. No hablemos de O'Higgins ni de Balmaceda si no estamos en condiciones morales de saber imitar sus gestos y sacrificios por Chile. Esperamos una decisión de chileno de su parte."

El gentío femenino gritaba: "Allende, proceda, imite a Balmaceda" y "Allende, anuncia a Chile tu renuncia". Terminado el acto, en diversas partes de la ciudad se suscitaron encuentros violentos entre brigadas marxistas y manifestantes de la oposición. Hubo un saldo de cincuenta heridos.

Septiembre 5.— Miles de mujeres democráticas participaron en una gigantesca manifestación de repudio al Gobierno de Allende, realizada en Cautín. La policía trató de impedir por todos los medios que las manifestantes pasaran frente a la Intendencia, pero ellas se deslizaron hasta allí, formando una cadena de pañuelos blancos.

Septiembre 5.— Más de tres mil mujeres —en la mayor concentración femenina que registra la historia de la ciudad de San Felipe— se concentraron para

protestar contra el marxismo y pedirle a Salvador Allende que renuncie a la Primera Magistratura de la Nación o, en caso contrario, enmiende radicalmente el rumbo de su política.

Septiembre 5.— Más de 600 mujeres, que vestían riguroso luto "por las libertades pisoteadas y la democracia asesinada", desfilaron a través de las calles céntricas de Los Andes.

Septiembre 5.— Graves incidentes se registraron en Concepción cuando elementos extremistas provocaron a las mujeres penquistas que realizaban manifestaciones callejeras. Estas eran en apoyo a los transportistas en huelga y para pedir al Presidente Allende que renuncie a su cargo.

Septiembre 6.— Violentos incidentes produjo una marcha masiva de protesta contra el Gobierno de la Unidad Popular, realizada por mujeres democráticas y mujeres de los transportistas en Llanquihue. Hubo un saldo de 17 detenidos y varios contusos.

Septiembre 6.— Un grupo de 50 mujeres gremialistas, que representaban a 10 provincias, entregaron a los señores senadores de oposición una carta, en la cual solicitaban a la Cámara Alta que declare la inhabilidad del Presidente de la República. La carta, entre otras cosas, decía:

"Tenemos la certeza de que, aunque el señor Allende lo quisiera, no podría ya enmendar rumbos, porque el actual estado de cosas le impide retroceder y su receta para el éxito es profundizar las medidas que han deshecho la República. Nosotras, mujeres de trabajo, no podemos soportar más esta situación en la que, desde que iniciamos el día con la cola del pan, estamos en un continuo estado de tensión. Nuestra vida diaria es una constante lucha por hacer alcanzar nuestro presupuesto, fuera del esfuerzo que signifi-

ca conseguir el abastecimiento para nuestros hogares. No hay seguridad para que los niños acudan a sus escuelas, ya que es de conocimiento público que las calles, inesperadamente se convierten en verdaderos campos de batalla. Cuando llegan nuestros maridos al hogar, vemos con desesperación el sectarismo de que son víctimas y, como consecuencia, la inseguridad en sus trabajos... Llegamos a la conclusión de que la única solución para que el país pueda volver a la normalidad es que el Congreso Nacional declare la inhabilidad del Presidente, convencidas como estamos de que —aparte de la renuncia voluntaria a su cargo— no hay manera pacífica de obtener que deje el mando."

El presidente del partido Demócrata Cristiano, senador Patricio Aylwin, respondió a las mujeres gremialistas: "En este momento no creemos que la solución más conveniente y más eficaz para los intereses de Chile sea la medida que ustedes proponen... El país tiene que recuperar el poder para que el pueblo decida sobre lo que debe venir. Sea por renuncia o por inhabilidad, esto requiere una maduración previa".

Septiembre 6.— El Presidente Allende, para celebrar el primer aniversario de la Secretaría Nacional de la Mujer, pronunció un discurso, en el que anunció a sus partidarias: "No tenemos el más mínimo stock de harina. A lo sumo para tres o cuatro días más".

Septiembre 7.— Cientos de mujeres, con sus hijos en brazos, clamaron públicamente al Gobierno en Antofagasta, pidiéndole que envíe la leche que, según el Programa de la Unidad Popular, corresponde a los niños y que, en la realidad, ha desaparecido del co-

mercio. La promotora de la idea, Clara de Sierra, declaró:

"Soy una madre como muchas chilenas. No pertenezco ni a Centros de Madres ni a Juntas de Vecinos ni a ninguna clase de institución. Soy una madre que representa a su hija y que tiene el derecho a rebelarse cuando la angustia y la impotencia corroe su alma al ver llorar a su guagua porque no tiene leche. Es por eso que decidí dar este paso. Porque sé que, al igual que yo, son miles las madres chilenas que sufren lo mismo. He golpeado inútilmente las puertas de las autoridades, del comercio y de las farmacias; he golpeado en centenares de mesones de todo tipo de almacén. Me di cuenta de que, mendigando así y humillándome, no iba a conseguir nada. Por eso he lanzado esa idea. Si el Gobierno no responde a nuestro llamado y no despacha la leche que necesitamos con urgencia, estamos listas: iniciaremos nuestro llamado de auxilio al extranjero. Llamaremos a los organismos internacionales para pedirles el alimento que nuestros hijos necesitan. Hay muchos países que ayudan a los pueblos subdesarrollados y reparten alimentos. Nuestra dignidad debe quedar a un lado. Primero están nuestros hijos."

Septiembre 9.— Violenta represión por parte de Carabineros y elementos de la Unidad Popular han tenido las marchas organizadas por mujeres y juventud de oposición en Antofagasta, Calama e Iquique durante las últimas 48 horas. Las manifestaciones se iniciaron en la primera ciudad citada y estuvieron a cargo de centenares de mujeres vestidas de luto. Estas protestaban por la política "del hambre" y la campaña de odios iniciada por el Gobierno de Allende. El Intendente de la provincia, Fernando Gómez, militante comunista, ordenó a las fuerzas policiales

reprimir violentamente a las mujeres. A esta acción se sumaron militantes comunistas, del MAPU y otros sectores de la Unidad Popular, quienes lanzaban lluvias de piedras sobre las manifestantes. Las mujeres de luto, sin amedrentarse, seguían gritando sus recados al Presidente de la República: "Señor Allende, escuche: no hay carne, pollos, leche ni pan. Por Chile, RENUNCIE".

Septiembre 10.— Frente a la Casa Central de la Universidad Católica de Valparaíso tuvo lugar una impresionante concentración femenina de repudio al Gobierno de la Unidad Popular. La oradora de turno advirtió:

"Esta manifestación es la más clara expresión de que la paciencia femenina se ha agotado; no hay ya límites para tolerar tanta ignominia. Ahí están las vergonzantes colas para comprar el alimento más esencial: el pan. *Esto no se puede tolerar un día más*".

Septiembre 10.— Continuamente provocadas por elementos de la Unidad Popular con insultos y piedras, grupos de mujeres de oposición manifestaron durante toda la mañana frente al Ministerio de Defensa Nacional. Las mujeres pedían a grandes voces: "¡Fuerzas Armadas al poder!", y "Ejército, Marina y Aviación, ¡salven a la nación!"

Y LA PATRIA SE AMANECIO

A esas alturas Chile ya no tenía más palabras. Sólo le quedaba por decir, remedando a Cristo en la Cruz: "Todo está consumado".

Paralítico de norte a sur, él, que por geográfica constitución no había sido nunca de los más fuertes, magro y pobre, ya sólo ansiaba morir, estirado en el mapa, en el último recoveco de América del Sur, presa de la inanición, con sus campos secos en plena primavera, sus carreteras vacías, sus fábricas tomadas, politizadas y armadas, sus minerales dormidos, su pueblo —amargo— perdiendo el tiempo por las calles. Con su vergüenza.

Y los jerarcas del régimen mintiendo. Y los políticos bordando frases. Y las mujeres haciendo cola. Y los hombres sin trabajar.

Si no fuera por las mujeres que habían mante-

nido la caldera de los principios a todo vapor, capaz que ni siquiera los hombres hubiesen buscado el último, absolutamente postrer atajo del callejón sin salida: el de los brazos cruzados. Y los chilenos, volcados desde siempre al fatalismo, capaz que hasta hubieran comenzado a resignarse a su suerte. . .

Tan malo era el estado de ánimo de Chile cuando amaneció su martes 11 de septiembre de 1973.

Un día como todos. Otro más para profundizar los disparates que lo matarían a corto plazo.

Mucha gente ni siquiera salió a trabajar: no había en qué movilizarse y algunos no tenían nada que hacer, porque las tiendas estaban cerradas; los bancos, por el estilo; a los camiones, sus transportistas les habían metido a fondo el freno, hasta que se viniera abajo el Gobierno.

Las dueñas de casa madrugaron, con el mismo tedio de todos los días de los meses últimos de los tres años recientes. La cola de hoy era la cola del pan. (¿Que no había dicho acaso el caballero ese, el de La Moneda, que ni harina iba quedando ya?)

Pero, por primera vez en la historia de los tres años, a las dueñas de casa "otros" se las habían madrugado. Y en la cola del pan las pilló el bombardeo. Y ellas seguían aferradas a la cola del pan, porque cómo iban a perder el puesto en la cola —con el sacrificio que cuesta conseguirse un sitio con expectativas— simplemente porque pasaban tanques y se oían unos pocos balazos por aquí y otros pocos por allá.

El sentido práctico de la mujer chilena le hizo asegurar el pan del 11 de septiembre. Y con las marraquetas racionadas que alcanzaron a "tocar" bien apretadas contra el pecho, como si fueran sus hijos, se volvieron a la casa en medio del cañoneo.

Seguramente planificaban por el camino la próxima cola del día. Pero no la hubo. "Otros" se las habían madrugado a ellas y a Salvador Allende ese martes 11 de septiembre. Y esos "otros", los hombres de Chile, sus hombres uniformados, estaban salvando vertiginosamente la Patria, desde mucho antes que comenzara la cola del pan.

Y las comadres se pasaron el dato. Y pusieron sus radios. Y escucharon el Bando Número Uno. Y... se hincaron para darles gracias a Dios, a la Santísima Virgen del Carmen y a todos los santos de sus respectivas devociones (a esos que tenían atorados de mandas).

Mientras tanto, las Fuerzas Armadas tomaban entre sus manos recias la Bandera sana y salva que un corazón colectivo de mujer había mantenido al tope durante los años más negros de Chile.

Y las balas llovían en el centro de la ciudad. Las radios funcionaban a toda pala. Aún quedaba en pie una de las emisoras oficialistas: la "Magallanes". Y transmitía como loca las últimas desesperadas órdenes del Partido Comunista, la CUT, etcétera, envasadas para los trabajadores: que resistiesen ("sin dejarse masacrar", valga la metáfora en plena guerra). Pero el pueblo allendista salvó su pellejo y no salió a las calles, por muy entrenado y pertrechado que lo tuvieran los nuevos patrones, metiéndole consignas día y noche por la cabeza.

De pronto la "Magallanes" difundió el póstumo y borroso mensaje de Allende. Se despedía él, disfrazado de guerrillero, con casco, metralleta, pullover de cuello subido y demás. Su voz era la del político de siempre, ahora embarcado en el capítulo final. Su malabarismo admirable para administrar palabras sin

decir nada. Su demagogia incorregible. Su empalagosa manera de mentirle al pueblo. . .

Por mucho que llorasen las chilenas ante las telenovelas de moda, esta vez no se tragarían la patraña postrera de quien las había hecho martirizar metódicamente, con todos los vejámenes, incomodidades y faltas de respeto puestas al alcance de su mano omnipotente.

—Me dirijo sobre todo a la modesta mujer de nuestra tierra. A la campesina que creyó en nosotros. A la obrera que trabajó más. Y a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños. . .

¿Cómo podían las mujeres creer justamente lo contrario de lo que habían sufrido, ellas más que nadie, durante tres años largos? Al señor Allende se le había pasado el cuarto de hora.

Triste cosa fue el final de un hombre que, declamando con histriónica ternura, no mereció siquiera una lágrima de las mujeres de la tierra cuyos destinos rigiera. Ni siquiera un llanto de mujer el día de su muerte.

El 11 de septiembre pasó por la vida ciudadana como un borbotón de sobresaltos y alegrías. Comunicados, toque de queda, bombardeos, francotiradores, noticias, embanderamiento. . . Y la Patria, que se había amanecido, conoció una de las jornadas más honrosas de su Historia. Fue cuando sus soldados, absolutamente incólumes en la disciplina, el espíritu de cuerpo y la no deliberancia, cayeron como un solo hombre sobre un país tan largo, mancillado de marxismo. Y en pocas horas le recuperaron su dignidad perdida.

¿Quién mejor que la mujer chilena pudo aquilatar el 11 de septiembre? Hubiera salido a gritar de

buena gana, en un tropel de vecinas, si el toque de queda no la tuviese recluida.

Para no quedarse en menos y vueltas otra vez al teléfono de las órdenes "de boca en boca", las mujeres emitieron su propio bando:

"La mujer chilena, cuyos sufrimientos, humillación y heroísmo salvaguardaron para Chile la esperanza libertaria, durante casi tres años de gobierno marxista, AGRADECE con emoción a las Fuerzas Armadas que, en un nuevo aniversario de la Independencia Nacional, hayan devuelto a la Patria su libertad.

"La mujer chilena QUIERE dejar constancia, ante la faz del mundo entero —para que ojalá la experiencia no vuelva a repetirse—, del descalabro moral que significaron para Chile estos años, durante los cuales la democracia fue pisoteada y los chilenos estuvieron a punto de caer en la más ignominiosa esclavitud.

"La mujer chilena SABE que la libertad de Chile está desde hoy a salvo y mira con plena confianza el porvenir de la Patria de sus hijos.

"La mujer chilena COMPRENDE que la reconstrucción de Chile será empresa digna de un pueblo disciplinado y patriota.

"Por eso, EL PODER FEMENINO LLAMA a todas las mujeres chilenas a que, una vez más, demuestren su inagotable espíritu de sacrificio y colaboren con las Fuerzas Armadas en la forja de este Chile libre, solidario, progresista y plenamente digno de su destino."

Mientras tanto proseguía duro y parejo el baleo en el centro de Santiago. Los francotiradores mar-

xistas eran, decididamente, fanáticos del bien morir. Los helicópteros, como amas de cría, revoloteaban sin descanso, atisbando peligros hasta en los últimos rincones. Los Hawker Hunter rompían el cielo, de tanto en tanto, sembrando escalofríos. Los civiles, soterrados entre sus cuatro paredes, competían en noticias "de primera fuente", a través de los teléfonos.

(Así fue como en la imaginación telefónica popular murieron ese día decenas de jerarcas, que, a la semana siguiente, se hallaban más vivos que de costumbre, heroicamente asilados en las sedes diplomáticas.)

A eso de las cuatro de la tarde, las autoridades militares hicieron transmitir por cadena de radioemisoras que Salvador Allende Gossens, ex Presidente de la República de Chile, se había suicidado, disparándose dos balazos de una metralleta de fabricación soviética UKA, que lucía la siguiente dedicatoria:

"A Salvador, de su compañero de armas, Fidel Castro."

Las campanas de Santiago se abrieron paso por entre el tiroteo, echándose a vuelo en un canto de liberación.

Los santiaguinos, prisioneros del toque de queda, se asomaron a las ventanas para gritar (esta vez con plena certeza):

"¡Chile es y será un país en libertad!"

Y las mujeres chilenas completaron el concierto desfondando las últimas ollas intactas que aún quedaban en sus armarios.

Nunca país alguno en el mundo había celebrado

la muerte de un tirano y el nacimiento de la nueva era con una salva de cacerolas.

Porque nunca, tampoco, país alguno en el mundo había tenido mujeres de tal calibre ni ollas que, en sus manos, se transformaran en tambores.

Se dijo de las mujeres chilenas de 1810: "No tenían una patria y la crearon. Ellas hicieron de cada hombre un héroe".

Se dirá de las mujeres chilenas de 1973: Habían perdido una patria y la reencontraron. (Y el resto de la sentencia quedará prácticamente igual: "Ellas hicieron de cada hombre un héroe".)

Y se dirá además: Porque la mujer chilena desconocida no dejó de salir un solo día por las calles, con sus ollas amenazantes en esas sus manos vueltas viriles... Por eso Chile abrió para el mundo un camino original: este país esmirriado y pobre —este país que todos creímos indefenso— mereció la honra de —con sus propias fuerzas, sin ayuda de nadie, con su limpieza de corazón, con su resistencia civil, con las cacerolas de sus mujeres y el coraje de sus soldados—, mereció la honra de torcerle la mano al Comunismo. Mereció el premio de regresar desde su infierno irreversible.

Patria humilde y herida. Patria recuperada. Es el caso de decirte (otra vez parafraseando a Cristo):

Ahí tienes a tus madres.

Ellas seguirán cuidando de ti.

BIBLIOGRAFIA

Bunster, Enrique, *Casa de Antigüedades*. Santiago, 1972.

Diario *El Mercurio*. Santiago, 1970-1973.

Ecole Biblique de Jérusalem, *La Sainte Bible*. París, 1961.

Encina, Francisco Antonio, *Historia de Chile*. Santiago, 1952.

Ercilla, Alonso de, *La Araucana*. Madrid, 1966.

Eyzaguirre, Jaime, *Historia de Chile*. Santiago, 1965.

Eyzaguirre, Jaime, *Fisonomía Histórica de Chile*. Santiago, 1965.

Grez, Vicente, *Las Mujeres de la Independencia*. Santiago, 1966.

Marías, Julián, *Historia de la Filosofía*. Madrid, 1966.

Mariño de Lobera, Pedro, *Crónica del Reino de Chile*. Santiago, 1970.

Silva Castro, Raúl, *Ideas y Confesiones de Portales*. Santiago, 1969.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de la
Editora Nacional Gabriela Mistral Ltda.,
Bellavista 0151, Santiago, en el mes de abril de 1974
Hecho en Chile — Printed in Chile.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de la
Editora Nacional Gabriela Mistral Ltda.,
Bellavista 0153, Santiago, en el mes de abril de 1974.
Hecho en Chile — Printed in Chile.